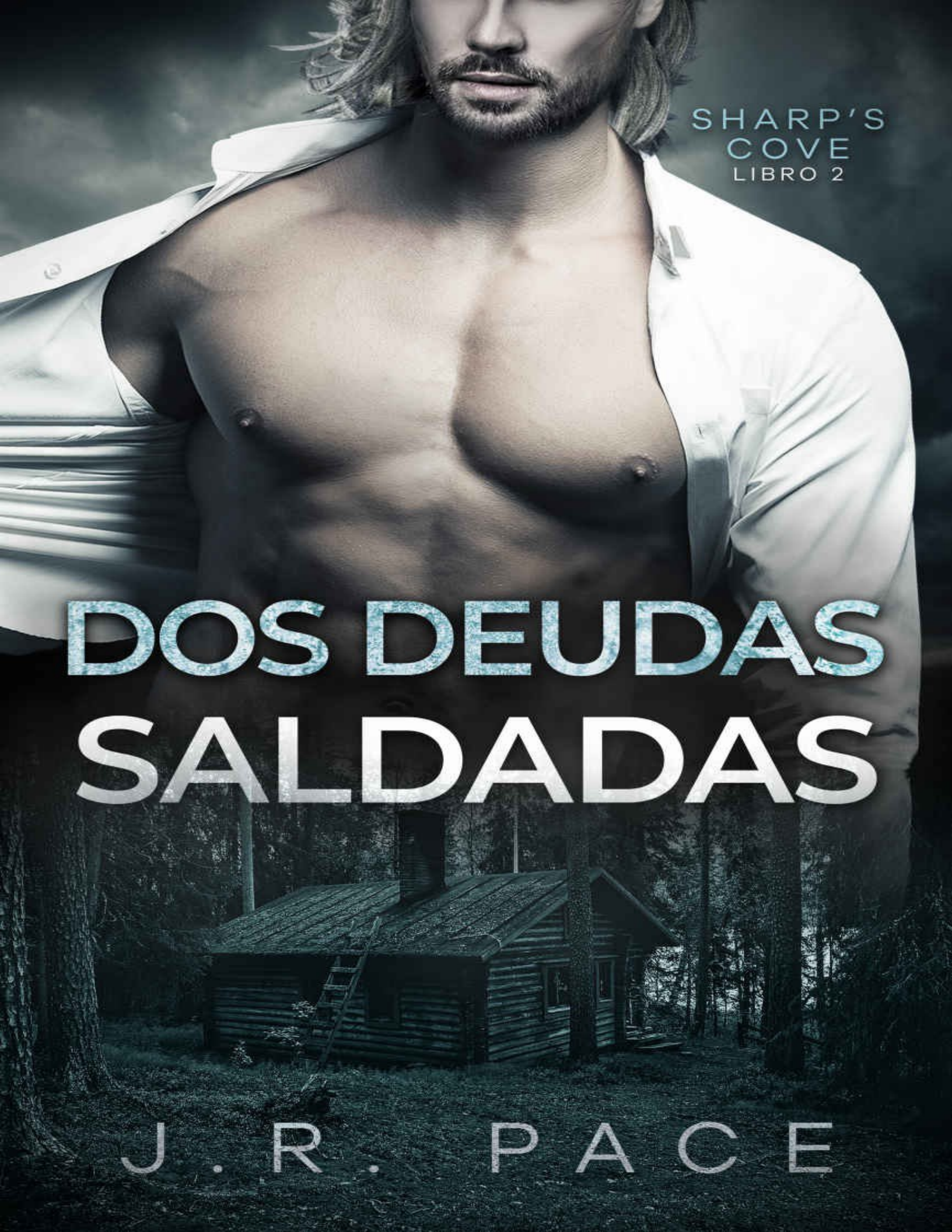




SHARP'S
COVE
LIBRO 2

DOS DEUDAS SALDADAS

J . R . P A C E

DOS DEUDAS SALDADAS

LIBRO 2 DE SHARP'S COVE

J.R. PACE

Dos deudas saldadas

Copyright 2021 J.R. Pace

Copyright 2023 J.R. Pace, por la traducción

Título original: Two Favors Repaid

Traducción de V. Sellés

Edición a cargo de Ana Vacarasu

Diseño de portada de Maria Spada

Este libro es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora o han sido utilizados de forma ficticia. Cualquier parecido con personas vivas o muertas o con hechos reales es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada o distribuida en forma digital o impresa.

Advertencia: esta es una obra para adultos. En ella aparecen temas que pueden herir la sensibilidad de algunos lectores.

ÍNDICE

Lo que ocurrió en el primer libro

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Adelanto: libro 3 de Sharp's Cove

Agradecimientos

LO QUE OCURRIÓ EN EL PRIMER LIBRO

Cuando tenía veinte años, Hunter Fowler cometió un grave error. Para proteger a su hermano de la acusación de un crimen que no cometió, Hunter fue a prisión. Aquel error de juicio le hizo perder doce años de su vida y evitó la detención del verdadero violador.

Una vez libre, tras pasar doce años en la cárcel, Hunter vuelve a Sharp's Cove, el tranquilo pueblo costero donde creció. Lo único que quiere es que le dejen vivir en paz, ayudar a su madre con la granja y cuidar de su hermano, pero no le sorprende que Sharp's Cove no le quiera de vuelta.

Natalie Bowmann, la joven a quien Hunter fue acusado de atacar, se ha convertido en la sheriff de la pequeña ciudad. Aunque no puede impedir que Hunter vuelva a vivir en Sharp's Cove, no está dispuesta a permitir que destruya la vida que tanto le ha costado construir.

Cuando otra mujer es asaltada, Natalie se da cuenta de dos cosas: que doce años atrás, un hombre inocente fue enviado a prisión y que va a tener que trabajar con Hunter para llevar al verdadero monstruo ante la justicia, un monstruo que cada vez actúa con más violencia, pues lo único que parece satisfacerle ahora es el asesinato.

Las chispas saltan entre Natalie y Hunter. Mientras la sheriff trata de olvidar el error que aquel hombre cometió años atrás, el exconvicto está decidido a hacer todo lo que haga falta para recuperar su confianza.

El asesino secuestra a Emma, la mejor amiga de Natalie, de la escuela en la que trabaja. Al ser inesperadamente descubierto, arroja su cuerpo al océano para que se ahogue. Solo gracias a la suerte y al valor mostrado por Natalie, Hunter y Rob Hope, el ayudante de la sheriff, Emma logra sobrevivir.

Natalie y Hunter prosiguen su investigación, conscientes de que el asesino no tardará demasiado en atacar de nuevo. Cuando por fin descubren la identidad del asesino, que resulta ser un miembro respetado de la comunidad, se produce una confrontación violenta entre ellos. Natalie y Hunter logran escapar, dejando atrás al asesino herido de gravedad, posiblemente muerto.

O puede que no...



Emma

Emma recorrió la sección de vinos del supermercado mientras trataba de aparentar tranquilidad. En honor a la verdad, no sabía nada de vinos, más allá del hecho de que prefería el tinto al blanco y de que quería —olvida eso, necesitaba— una botella para esa noche. Por un momento valoró la posibilidad de llevarse una de las botellas mágnun que había en el estante más alto.

«¿Cuánto es eso, como dos botellas normales enteras?».

Sacudió la cabeza y descartó la idea con rapidez. Quería olvidar lo ocurrido hacía un año, no acabar de nuevo en el hospital, esta vez con un coma etílico.

Ignoró también el resto de las botellas de aquel estante. No estaba dispuesta a gastarse cien dólares en vino; su salario de maestra no se lo permitía. El estante del medio parecía más prometedor. Pasó unos cuantos minutos observando las etiquetas. Quizá no sabía nada de vino, pero sí sabía algo de arte y le encantaba mirar los dibujos que utilizaban las bodegas para representar su marca. Pensó con nostalgia en su caballete y en sus útiles de pintura, que acumulaban polvo en un rincón de su diminuta habitación para invitados.

Odiaba a Stephen Ford. Por lo que le había hecho a su mejor amiga, Natalie; por lo que les había hecho a esas pobres chicas, Felicia y Lanie; por lo que había intentado hacerle a ella. Deseó que estuviera muerto y pudriéndose en el infierno.

Sacudió la cabeza, furiosa consigo misma. Cuando Hunter, Natalie y Rob le habían salvado la vida el verano anterior, se había prometido que no permitiría que su asaltante le quitara nada más. En cambio, allí estaba ella, un año después, todavía mirando por encima del hombro al girar una esquina y, más importante aún, incapaz de ponerse a pintar.

A Emma siempre le había encantado el verano. No porque quisiera alejarse de los niños, como asumían sus padres, sino porque tenía tiempo para crear. Todos los veranos pintaba la vida de Sharp's Cove tal y como la veía. Vivía para sus acuarelas... o al menos así era antes. Lo único que había hecho ese verano era sentir lástima de sí misma. Ni siquiera el hecho de que solo quedaran unas semanas para el inicio del curso escolar había bastado para que cogiera los lápices.

Todavía enfadada, Emma agarró una botella de vino al azar y pagó rápidamente en la caja de autoservicio. Salió a Main Street, donde brillaba el sol. Hurgó en su bolso, tratando de meter la botella y sacar las gafas de sol al mismo tiempo. Sus ojos color avellana eran sensibles a la luz y empezaban a humedecerse un poco.

Absorta como estaba en ambas tareas, no escuchó el motor que rugía acercándose hacia ella. Solo cuando notó que una sombra enorme le cubría el cielo, alzó súbitamente la cabeza y vio la camioneta negra que estaba a punto de atropellarla.

Desde ese punto, todo ocurrió como a cámara lenta. Emma abrió la boca para gritar, pero solo exhaló un gemido. La botella de vino resbaló de su mano y pareció flotar en el aire. Y durante todo ese tiempo, la camioneta se acercaba a ella más y más.

«Debería cerrar los ojos».

Algo la golpeó desde un costado, con una fuerza brutal y la envió volando hacia el escaparate de la tienda. Lo único que le resultaba extraño era que, fuera lo que fuera, lo había hecho desde la izquierda y no desde donde venía la camioneta. Oyó el sonido del metal triturado.

«Esto va a doler».

Emma esperó el momento de estrellarse contra el suelo. Cuando lo hizo, l sorprendió comprobar que este era blando. No blando como una nube, que era lo que había imaginado que

sentiría al morir, sino más bien blando como una almohada. Una almohada con un olor extraño, masculino. Alguien gruñó. Cuando abrió los ojos, descubrió que de la almohada salían unos brazos, que en ese momento acunaban su cabeza y la parte superior de su cuerpo.

A pesar de que solo quería quedarse allí, se obligó a alzar la mirada. Se encontró contemplando directamente los ojos profundos y verdes de Rob Hope. Y en aquel momento, esos ojos brillaban con preocupación.

«Vaya».

De toda la gente que podía salvarla, tenía que ser Hope, el ayudante de la sheriff.

Se había arrodillado, pero aún la acunaba con cuidado en su regazo. Emma se dio cuenta de que la manga izquierda de su camisa kaki estaba rota. Hilillos de sangre resbalaban desde su fuerte antebrazo hasta la muñeca.

Sus labios se movían y Emma sintió que tenía la obligación de prestarle atención.

—¿Emma! ¿Emma! ¿Estás bien?

Alzó la mano para retirar los mechones rubios que le caían sobre los ojos. A Emma no le gustaba aquella expresión de angustia.

—Estoy... bien —dijo con voz ronca, sorprendida al descubrir que decía la verdad. Esperaba estar muerta o herida de gravedad, pero no sentía ningún dolor. Hizo algo de fuerza con los brazos para tratar de sentarse.

—Espera, quizá no deberías moverte —la advirtió Rob, pero la presión de sus brazos cedió un poco.

Aún temblorosa, Emma se puso de rodillas. Se giró para mirar la parte frontal de la camioneta, que ya no parecía un vehículo, sino una masa de metal destrozada contra una farola. Emma tragó bilis. Ella había estado plantada justo al lado de esa farola. Si la camioneta la hubiera golpeado, la habría pulverizado.

—¿Estás bien, Emma?

—Parece que sí, gracias a ti.

La sonrisa de Rob iluminó su rostro como si fuera un árbol de navidad. Se dio cuenta de que ella misma le devolvía aquella sonrisa que parecía ser contagiosa.

—¿No me oíste? Te estaba gritando desde el otro lado de la calle.

Emma sacudió la cabeza, todavía confusa.

—¿Podrías llamar a Alma, a la comisaría, para que nos traigan una ambulancia? —preguntó Rob, poniéndose de pie.

—No necesitamos...

Se calló cuando vio que Rob se dirigía con determinación a la camioneta. No había pensado en el conductor, pero obviamente, Rob sí lo había hecho. El agente Hope era la persona más considerada y desinteresada que conocía, una de las razones por las que nunca había salido con él. No parecía que las cosas fueran a acabar bien entre ellos y no quería ser ella quien le hiciera perder su eterno optimismo.

Hizo la llamada, a toda prisa y colgó antes de que Alma pudiera sonsacarle más información. Caminó temblorosa hasta el otro lado de la camioneta, donde Rob forcejeaba con la portezuela destrozada. Los gruesos músculos de su brazo se tensaron, pero la puerta no cedió.

Emma se percató de que había un charco bajo el depósito de la parte trasera de la camioneta, que se estaba haciendo más grande. Había visto las suficientes películas, para saber que no era una buena señal.

—Oye, ¿Rob? —gruñó.

Rob alzó la mirada y siguió la dirección de su dedo. Su reacción fue instantánea.

—¡Sal de aquí, Emma! ¡Échate hacia atrás! —gritó y redobló sus esfuerzos con la puerta, golpeando el cristal con el puño—. ¡Vamos!

Emma sacudió la cabeza. Rob era más alto que ella y probablemente pesaba el doble. No creía que sus músculos fueran a ayudar en esta ocasión, pero tenía que haber algo que pudiera hacer. Miró alrededor, buscando un objeto afilado al que utilizar como palanca. Pero no había nada en el suelo.

Soltó una risita histérica.

«¿Por qué Main Street tiene que estar tan limpio?».

Entonces se le ocurrió algo. Volvió corriendo hasta el lugar donde había dejado el bolso manchado de rojo por el vino y buscó sus llaves, con cuidado de evitar los cristales rotos.

«¡Sí!».

Su amiga Natalie, que también era la sheriff de la ciudad, le había regalado un llavero multiusos las pasadas Navidades. Emma volvió corriendo hasta la camioneta, con el martillo en miniatura en la mano. Natalie le había asegurado que podía romper un cristal de seguridad en caso de emergencia. Envío una plegaria muda.

«Creo que esto puede considerarse una emergencia».

—¡Rob! —gritó.

El hombre frunció el ceño, contrariado. Emma agitó el llavero frente a su cara.

—¡Prueba con esto!

Él cogió el martillo y golpeó el cristal, con fuerza. Un golpe. Dos golpes. Al principio no ocurrió nada.

«Natalie, vas a tener que pedir que te devuelvan el dinero».

Tras el cuarto golpe, una tela de araña se dibujó en la ventana. Al principio era tan pequeña, que Emma pensó que se lo estaba imaginando, pero creció de tamaño con rapidez, hasta cubrir casi todo el cristal. Rob se echó hacia atrás, golpeó con el hombro en mitad de la grieta y logró abrir un orificio. Utilizó el pequeño martillo para agrandar el agujero, hasta que tuvo el tamaño suficiente para poder introducir la parte superior de su cuerpo.

—Por favor, Emma, retrocede. Te lo suplico —dijo Rob, devolviéndole el pequeño martillo, antes de atravesar la ventana para llegar hasta la figura que estaba en el asiento del conductor.

De puntillas, Emma estiró el cuello para echar un vistazo al interior. Reconoció a Old Joe, un pescador local. Yacía inconsciente, con la frente apoyada sobre el volante. Aún llevaba puesto el cinturón de seguridad.

Emma tomó el llavero que le había devuelto Rob y extrajo la pequeña navaja que parecía diseñada precisamente para aquella situación. Se la entregó de vuelta a Rob, que la miró con sorpresa.

—Eres como MacGyver —dijo Rob y luego volvió a introducirse en la camioneta.

Algo hizo que Emma mirase detrás de ellos, justo en el momento en el que el rastro de combustible se incendiaba, a unos pies de distancia. Observó hipnotizada cómo el fuego atravesaba la carretera en dirección a la camioneta.

—¡Fuego! ¡Sal de ahí ahora mismo, Rob! —gritó, tirando del cinturón del agente Hope. No iba a permitir que muriera abrasado.

Rob tiró del pescador inconsciente y trató de sacar su corpachón a través de la ventana. El espacio era muy justo y Emma temió que no pudiera conseguirlo. Por fin, logró salir. Rob dobló las piernas antes de erguirse de nuevo, cargando al hombre inconsciente sobre el hombro. Exhortó a Emma, que iba por delante de él, mientras se alejaba de la camioneta.

—¡Corre, Emma!

Solo habían dado unos cuantos pasos cuando Emma sintió que salía despedida por segunda vez aquel día. En esta ocasión cayó sobre algo duro y se raspó la mejilla contra el suelo. Oyó la explosión y esperaba sentir el calor en su espalda. Sin embargo, una gran figura se desplomó sobre ella.

—Emma, no te levantes —susurró Rob detrás suyo con un gemido de dolor.

Emma abrió los ojos. Joe estaba boca abajo en el suelo, junto a ella. Seguía inconsciente y su rostro curtido estaba más pálido que nunca. A su alrededor, vio cómo llovía fuego y fragmentos de metal, pero Rob se aseguró de que nada los golpeará. Emma apretó los párpados con fuerza. Por fin, notó cómo el peso que sentía en la espalda desaparecía.

—¿Emma, estás bien? —preguntó Rob, levantándola con cuidado.

Emma asintió. Se tocó la cabeza y encontró unas hojas atrapadas entre sus rizos. Sintió el deseo irresistible de echarse a reír.

—Creí haberte pedido que te echaras hacia atrás —le dijo. Sus labios carnosos estaban apretados, formando una delgada línea.

—Ya... y yo vi que no necesitabas mi ayuda para nada —murmuró mientras trataba de recuperar el aliento.

—No he dicho eso —dijo Rob—. Antes debería haberte dado las gracias.

Rob se inclinó para tomarle el pulso a Joe.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Emma. Le daba miedo la respuesta.

—Está vivo —dijo Rob con una ligera sonrisa en los labios—. ¿Dónde está esa ambulancia?

«Ha recuperado el optimismo».

Como si hubiera sido invocada por la voz de Rob, la ambulancia apareció en Main Street. El conductor y Rob subieron a toda prisa a Joe a la camilla. Emma se quedó allí, con los restos de su bolso empapado por el vino en la mano. No sabía muy bien qué hacer. Unas cuantas personas empezaron a pasearse por la zona, pero ninguna se acercó a ella.

«Supongo que parezco una persona que acaba de esquivar la muerte dos veces en los últimos diez minutos».

Por fin, la ambulancia se fue. Rob se acercó con grandes zancadas.

—¿Va a ponerse bien Joe? —preguntó Emma.

—Eso espero. Parece que ha sufrido un ataque al corazón cuando estaba al volante y ha perdido el control de la camioneta. Sabremos más cuando lo vea el médico.

—Espero que se ponga bien. Deberíamos llamar a su hijo —dijo Emma. Todo el mundo de esa ciudad, si tenía oídos, sabía que el hijo de Old Joe trabajaba como profesor de lengua y literatura en la costa oeste.

—Alma le llamará. Ven conmigo, te llevaré al hospital.

—¿Al hospital? —preguntó, sorprendida—. No necesito ir al hospital.

Si alguien tenía que ir, pensó, era él. Aparte de la sangre seca de su brazo, Rob ahora tenía nuevas manchas de sangre en la camisa, de cuando había atravesado la ventanilla del vehículo.

—Solo para que te echen un vistazo. Hazlo por mí, ¿vale? —dijo tratando de sonar esperanzado.

Emma estuvo a punto de iniciar una discusión, pero decidió seguirle la corriente.

—Vale, pero estoy bien.

—Perfecto. Vamos a llevarte al hospital para que la doctora Leroy pueda confirmarlo.

—Iré contigo, pero con una condición.

—¿Qué condición? —preguntó Rob, con recelo.

—Que te examinen a ti también, por supuesto —dijo ella.

—Pero yo estoy...

—Bien. Sí, lo sé. Yo también. —Le dedicó una sonrisa radiante.

La risa de Rob era un sonido fuerte, pero hermoso.

—¿Qué estabas haciendo aquí a esta hora? —le dijo.

—Comprando algo para la cena.

Rob alzó una ceja en dirección a la botella de vino hecha añicos y la evidente ausencia de otros alimentos.

—La cena, ¿eh?

—La cena —repitió ella con cabezonería.

«Genial. Ahora va a pensar que me alimento solo de vino».

Los ojos verdes de Rob se encontraron con los de Emma durante un momento, como si tratara de analizarla. Ella mantuvo una expresión neutra. Por fin, cejó en su empeño, se giró y empezó a caminar hacia el coche patrulla. Se le encogió el estómago cuando vio las quemaduras de su camisa, allí donde algo había golpeado su espalda.

Abrió la puerta del asiento del pasajero y entró con rapidez, antes de que Rob pudiera ayudarla. No se veía capaz de aceptar más gestos amables de aquel hombre.

Encendió el motor muy rápido.

—Sabía que todo iba a salir bien —dijo ella.

—¿Lo sabías? —dijo sorprendido.

—Por supuesto: después de todo, eres «Lucky Rob», ¿no?

Aunque solo trataba de aligerar el ambiente, la mirada de Rob perdió el brillo cuando oyó la mención a su viejo apodo de la universidad. Emma bajó la vista y se concentró en sus manos, odiándose por ello.



Rob

Tan pronto como la puerta de la comisaría se hubo cerrado tras él, Rob bajó la guardia. Alma solo trabajaba durante las mañanas y Susan debía de estar fuera patrullando, así que no esperaba encontrarse a nadie allí.

Renqueó hasta su escritorio. En los buenos viejos tiempos, cuando acababa de unirse al Departamento del Sheriff de Sharp's Cove, Aaron Bowmann siempre guardaba una botella de whisky barato en el cajón de su mesa. Pese a que en aquel momento a Rob le apetecía un trago, sabía que no encontraría nada allí. El alcohol había desaparecido unos años atrás, el día que Natalie Bowmann, la hija de Aaron, había sido nombrada sheriff y se había hecho cargo del departamento.

«Natalie, antes tendría un lagarto vivo en ese cajón, que una botella de whisky».

El pensamiento le hizo sonreír un poco, pero Rob sabía perfectamente el motivo por el que Natalie no bebía. Había sido asaltada en una ocasión cuando era joven, al salir de un bar. En aquella época, Rob todavía era un novato. Había sido su primera escena del crimen y nunca la olvidaría. Catorce años después, Rob todavía no era capaz de entender cómo Aaron Bowmann no había perdido la cabeza, tras encontrar a su hija en aquel callejón oscuro.

Desde luego, cuanto más pensaba en ello, más respetaba Rob a su antiguo jefe. Los errores que se habían cometido en aquel caso no habían sido culpa del sheriff, aunque Rob aún se preguntaba si había algo que él hubiera podido hacer para evitar los malentendidos y los errores que se habían producido en ese caso.

Solo podía alegrarse de que aquellas equivocaciones hubieran sido enmendadas el año pasado y que Natalie y Hunter Fowler, el hombre que al principio había sido condenado por el crimen, estuvieran de luna de miel en Santa Lucía y a pocos meses de traer un niño al mundo.

Rob se sentó y la vieja silla crujió. Aún le faltaban unos meses para cumplir treinta y cinco, pero ya se sentía como un viejo.

—¿Un día interesante, Rob? —dijo Susan Lopes, saliendo de la cocina. Llevaba una taza humeante en la mano, pese a ser la primera hora de la tarde. Susan, la agente más reciente del departamento, había llegado a Sharp's Cove solo un año y medio antes, pero su adicción a la cafeína ya se había vuelto legendaria en la ciudad. Tenía el pelo liso y negro, una piel que se bronceaba con facilidad y un ligero acento musical, que Rob sabía que protegía con celo, pues era un recuerdo de su madre mexicana.

—Ha estado bien —dijo despacio y sonrió—. ¿Qué estás haciendo aquí, Susan?

—Terminé mis rondas y volví para rellenar los datos de unas cuantas multas de aparcamiento. He oído que te peleaste con una camioneta.

«Así que la historia se está propagando por la ciudad».

—También he oído que Emma estaba allí —le dijo. La voz de Susan adoptó un tono inocente y ella guiñó sus ojos oscuros. Sabía perfectamente lo que Rob sentía hacia Emma.

—Oyes un montón de cosas, Susan.

—¿Por qué no te quitas esa camisa rota y ensangrentada? Vamos, tiene que haber algo en tu taquilla que te valga.

Rob permitió que Susan le llevara hasta su taquilla. Allí guardaba una camisa extra. Puede que, si se cambiaba, dejara de sentirse como el superviviente de alguna suerte de catástrofe natural.

—Toma —dijo Susan y le ayudó a quitarse la camisa—. Guau.

Rob bajó la mirada para ver a qué se estaba refiriendo. No vio nada fuera de lo normal, más allá de una pequeña sección bajo sus costillas, donde se había hecho una herida con un cristal roto, que había precisado de algunos puntos de sutura. Pero eso no parecía ser lo que estaba mirando Susan.

—Unos abdominales impresionantes, señor Hope. Creo que tendrías mucha más suerte con Emma si te quitaras la camisa de vez en cuando, ¿no crees? No sabe lo que se está perdiendo.

—Dame eso —dijo cogiendo la camisa limpia. Después de ponérsela, cerró los botones a toda prisa.

—Relájate, Rob, no eres mi tipo —le dijo—. A mí me van los chicos malos y me temo que tú eres todo lo contrario. Pero eso no significa que también sea ciega.

—Vuelve al trabajo, agente Lopes —dijo Rob, ahora riendo—. Seguro que tienes cosas mejores que hacer.

El teléfono móvil de Rob sonó mientras él volvía a su escritorio. Era del hospital para informarle de que Joe se había despertado y se iba a recuperar por completo. Rob sonrió al escuchar las noticias.

Su alegría palideció tras pasar la mayor parte de la tarde lidiando con el papeleo del incidente de la mañana. Por fin, justo antes de irse a casa, llamó al concesionario de Jimmy.

—¡Agente Hope! ¡Me alegro de hablar con el héroe del día! —Jimmy gritaba para hacerse oír por encima del ruido de un motor. Rob apartó el teléfono de su oreja.

—Qué tal, Jimmy. Solo te llamaba para preguntarte cómo van las cosas.

—Van bien. Hemos limpiado todo y remolcado la camioneta, o lo que quedaba de ella, de vuelta al local. ¿Cómo está Joe? ¿Se va a poner bien?

—Eso creo. Probablemente no esté muy contento con el estado de su vehículo.

—¡No lo dudes! —dijo Jimmy soltando una risa—. Pero la alternativa sería mucho peor.

—Desde luego —convino Rob—. Gracias por hacerte cargo del asunto, con tanta rapidez, Jimmy.

Colgó y se reclinó en la silla. Al hacerlo, sintió cómo cada uno de los músculos de su espalda protestaba.

Confiaba en que nadie llamaría a la sheriff para informarle del incidente. Le había prometido a Natalie que se haría cargo de todo durante un par de semanas, mientras Hunter y ella disfrutaban de su luna de miel. Y quería hacer honor a su promesa.

Volvió a pensar en Emma. Esperaba que no estuviera tan dolorida como él. Había mantenido su parte del trato al permitirle que la llevara al hospital, pero se había ido antes de que a Rob le dieran el alta. Aún estaba algo enfadado con ella, por su negativa a apartarse cuando se lo había pedido. Sin embargo, también sabía que, si Emma le hubiera hecho caso, tanto Joe como él podrían haber muerto.

Sonó el teléfono. Durante un momento, jugueteó con la absurda idea de que podía tratarse de Emma. Justo antes de que su mano se dirigiera al aparato, se fijó en la pantalla y vio que se trataba de un número desconocido.

«No es Emma».

Maldiciéndose por su estupidez, pulsó el botón verde.

—Al habla Hope —dijo con voz grave.

—Rob. —A pesar de que no habían hablado en más de nueve meses, reconoció la voz áspera de Lorraine Vasquez. Se inclinó hacia delante en la silla, olvidando de pronto todos sus dolores. La psicóloga del FBI no le llamaría, a menos que hubiera ocurrido algo importante.

—Lorraine —dijo a modo de saludo. Luego esperó a que la mujer hablara. En las

conversaciones que habían mantenido en el pasado habían acabado tratándose de tú a tú. Estas habían estado centradas en la búsqueda del doctor Stephen Ford, el violador que se había transformado en asesino, había aterrorizado a todo Sharp's Cove y había estado a punto de matar a Emma, hacía un año.

—Siento llamarte de pronto, sin más, pero Natalie me dijo la semana pasada que por fin se iba de luna de miel y que, si algo pasaba, tenía que hablar contigo.

—Has hecho bien. ¿Qué pasa, Lorraine?

Su voz sonaba tranquila, pero en su interior estaba gritando. Apretó el teléfono con tanta fuerza que lo escuchó crujir. Supo lo que iba a decir, antes de que las palabras salieran de su boca.

—Lo hemos encontrado, Rob. —Lorraine tragó saliva antes de volver a hablar—. Hemos localizado a Ford.



Emma

Decir que le dolía todo era quedarse corta. Le habría gustado volver al supermercado a por otra botella de vino, pero no estaba dispuesta a salir de casa otra vez. Aunque eran solo las siete de la tarde, estaba ya en pijama.

Se detuvo para mirarse en el espejo de cuerpo entero que había en el interior de su armario. Sonrió al ver la tela de algodón morada y verde chillón. Había leído en alguna parte que los colores desvaídos y pastel eran ideales para garantizar una noche de descanso, pero nunca había sido esa clase de persona. Veía la vida en color y le encantaba rodearse de las tonalidades más intensas que podía encontrar.

Se pasó la mano por los bucles del cabello en un intento de alisarlos. En cuanto volvió a bajarla, cada rizo retornó a su posición inicial. Suspiró mientras observaba el resultado —un caos de rizos— y de pronto se encontró mirándose el moratón que crecía en su mejilla. Lo presionó con cautela.

«Ouch».

Pensó que un poco de té le haría sentir mejor, así que se dirigió a la pequeña cocina. El timbre del portero automático sonó cuando había elegido del cajón una bolsita de una variedad sin teína y tenía la tetera en la mano. Pegó un brinco y luego rio, agradecida de que no hubiera nadie allí para verla.

—¿Sí? —dijo con calma.

—¿Emma? Soy Rob.

Emma le dejó entrar en el portal y luego abrió la puerta de su piso. Fue incapaz de disimular su sorpresa cuando le vio aparecer por las escaleras. No había estado nunca allí. Ni siquiera sabía que estuviera al tanto de su dirección.

Como siempre, su corazón se aceleró al verle. Con su pelo rubio y ojos verdes, Rob tendría que haber sido atractivo, pero sus rasgos eran demasiado duros y tenía pinta de haberse roto demasiadas veces aquella nariz romana. En ese preciso instante, además, su expresión denotaba una extrema desaprobación.

—¿Qué ocurre? —preguntó Emma.

—Deberías haber esperado antes de abrir la puerta —dijo—, para asegurarte de que era yo.

—Te he reconocido por la voz, Rob. Sabía que eras tú.

La nuez de Rob subió y bajó varias veces, como si estuviera tragando saliva.

—¿Puedo entrar? —preguntó.

Emma caminó hasta su salón con cocina americana y dejó que fuese él quien cerrara la puerta al pasar. Se dio cuenta de que todavía tenía la tetera en la mano, la llenó con un poco más de agua y la puso al fuego antes de mirarle otra vez. Sentía curiosidad por saber qué pensaba de su apartamento. No era un lugar apto para cardíacos: todas las paredes tenían cuadros enormes y tanto el sofá como el diván eran de un naranja intenso. Lo que ella definía como un estilo «bohemian chic», suponía que, al policía, probablemente le daría escalofríos. Emma apostaría lo que fuera a que la casa de Rob estaba decorada en múltiples tonos de gris.

Rob la pilló observándole y la confrontó directamente.

—Un lugar acogedor —dijo, intrigado. Sus labios formaron una ligera sonrisa que se desvaneció enseguida. Emma vio cómo temblaban. Se preguntó qué era lo que le había disgustado tanto.

«Quizá le ha pasado algo a Old Joe».

—¿Qué tal está Joe? ¿Se encuentra bien?

Rob asintió con rapidez.

—Sí, está bien. Todavía en el hospital, pero bien. Su hijo está viniendo en avión. Debería de llegar pronto.

—Me alegro. —La tetera silbó tras ella y Emma comenzó a preparar la bebida—. ¿Te gustaría tomar un té, Rob?

—Claro —dijo él, aunque tenía la mente en otra parte. Ni siquiera le dedicó un vistazo a la taza cuando la dejó frente a él.

Emma sostuvo su propia taza a la espera de que comenzara a hablar, pero no dijo nada.

—¿Y la camioneta, está bien?

—Básicamente ha sido un siniestro total, pero Jimmy la tiene en el taller.

—¿Y la farola? —continuó ella.

Rob asintió.

Como parecía reacio a continuar la conversación, Emma decidió hablar.

—Hoy me he dado cuenta de una cosa. —Rob enarcó las cejas al escuchar estas palabras, pero no dijo nada—. No puedo seguir esperando a que suceda algo en mi vida. He elaborado un plan en tres pasos para recuperar mi «mojo». ¿Quieres saber en qué consiste?

Rob asintió sin convicción.

—En primer lugar, quiero aprender a defenderme. En segundo lugar, voy a volver a meterme de nuevo en el agua. En un barco de verdad. Confío en que puedas ayudarme con ambas cosas.

Rob asintió, pero no había alegría en su mirada.

—No pareces muy feliz con la idea. —Emma rio.

—Perdona, Emma, claro que voy a ayudarte. ¿Cuál es el tercer paso?

—Olvida el tercer paso —dijo. No pensaba contarle de ninguna manera que, tras un año entero dándose placer a sí misma, había decidido por fin buscar un hombre con el que mantener relaciones.

—¿Por qué no me dices qué haces aquí, Rob? Está claro que algo te preocupa. Si no es Joe, ni la camioneta, ni la farola, ¿qué pasa?

Rob contrajo su mandíbula cuadrada.

—No sé cómo decirte esto, Emma. —Ella recordó el aspecto que tenía Rob un año atrás, la noche que se enfrentó a una tormenta para rescatarla y sacarla del océano. En aquella ocasión sus ojos verdes brillaron con ferocidad. Los mismos ojos que ahora la miraban con preocupación.

—Rob, me estás asustando. —Emma dejó la taza en la encimera con manos temblorosas—. ¿Natalie y Hunter están bien?

Rob alzó las manos en un gesto tranquilizador.

—Sí, sí, están bien. Mira, estoy liándolo más, así que mejor lo digo y punto: Lorraine Vasquez, del FBI, me ha llamado esta tarde. Hace varios días atraparon a Stephen Ford.

Emma suspiró con fuerza hasta agotar el aire de sus pulmones. Tuvo que recordarle a su cuerpo que debía respirar de nuevo.

—¿Dónde? —dijo con voz trémula.

—Está en Redham.

—Eso está a tres horas de aquí. —Emma respiró y apartó las manos temblorosas de la encimera para que Rob no pudiera ver lo nerviosa que estaba.

Rob asintió. Ahora que por fin lo había soltado, casi parecía aliviado.

—Son... Son buenas noticias, ¿no? —preguntó. No le gustaba la debilidad de su voz.

—Lo son —concedió Rob, pero sus ojos verdes chispearon.

—Hay algo más —dijo Emma.

—No va a revelar la localización de sus dos últimas víctimas.

—Ha matado de nuevo —concluyó ella.

«Por supuesto que lo ha hecho».

—Dos chicas jóvenes. Amigas. Se las llevó juntas. El FBI cree que ambas están muertas. Han descubierto su sangre en el maletero de su coche, pero la policía no ha sido capaz de encontrar los cuerpos.

Al mencionar la palabra «maletero», Emma sintió cómo la sangre abandonaba su rostro. Le hizo rememorar aquella fatídica tarde. De pronto, estaba de vuelta en el maletero donde Ford la había encerrado. Podía sentir cada uno de los baches de la carretera. Sus fosas nasales se inundaron de un olor a cuero viejo y gasolina. Emma sintió que oscilaba y comprendió que iba a caerse.

Un momento después, los brazos de Rob la envolvieron. Sintió cómo la levantaba y la llevaba hasta el sofá. Emma tocó el tapizado de terciopelo naranja con la esperanza de que le ayudara a recuperar la estabilidad.

—Lo siento, yo no...

—No pasa nada —le dijo, con ojos brillantes. Se arrodilló junto a ella—. No tienes que disculparte conmigo, jamás.

«Aquí hay algo más».

—Por favor, Rob, cuéntamelo todo —le suplicó. Se aferró a su brazo como si fuera un ancla.

—No está dispuesto a revelar la localización de las dos chicas a nadie... excepto a ti o a Natalie.

Emma inhaló con fuerza.

—No vamos a llamar a Natalie bajo ningún concepto —dijo con intención de protegerla. Pensó en la barriga de su amiga, que hacía poco había comenzado a redondearse—. Esto es lo último que necesita ahora mismo.

—Lo sé, pero tampoco quiero que tú vayas a verle —dijo Rob en voz baja.

—Pero crees que, si lo hago, ¿me diría dónde están?

Rob se encogió de hombros.

—Eso dice. Pero no me fío de él. Y no quiero que esté cerca de ti.

—Pero serviría para que sus familias pudieran pasar página.

Rob suspiró con fuerza.

—La elección es tuya, Emma. Haz lo que hagas, te apoyaré.

Emma alzó la vista. Se dio cuenta de que Rob la *había* apoyado todos los días durante el último año, desde el momento en el que había salido del hospital.

—Si lo hago, ¿vendrás conmigo? —preguntó.

—Jamás podrías convencerme de que me quedara al margen. — Rob apoyó la mano sobre su rodilla y Emma sintió la fuerza y el calor que desprendía. En cierto modo, aquel contacto la devolvió a la realidad—. Pero no tienes por qué ir, Emma.

Ella sacudió la cabeza. Lo había decidido. Haría lo que fuera necesario para que aquellas familias pudieran tener un momento de paz.

—Quiero hacerlo. Ford ya ha causado demasiado dolor. ¿Cuándo han dicho que vayamos?



Rob

—¿Cuál era el tercer paso? —dijo Rob sin apartar la vista de la carretera.

—¿El tercer paso? —preguntó Emma.

Por el rabillo del ojo, la vio quitarse una pelusa de su vestido de flores moradas y rojas.

—Dijiste que tenías un plan con tres pasos.

Emma sacudió la cabeza y emitió un sonido ahogado.

—¿Eso dije? Quería decir «dos pasos» —dijo sin convicción.

«Está mintiendo».

Era una de las cosas que le gustaban de Emma: era tan directa que resultaba relativamente fácil saber cuándo ocultaba algo. Rob tuvo aún más ganas de averiguar en qué consistía ese «tercer paso», pero no insistió.

—Casi hemos llegado —dijo.

—No sé si quiero entrar.

—Aún podemos darnos la vuelta. Lo entenderían.

—No. *Tengo* que hacerlo, Rob. Es lo correcto... y también lo que Natalie haría.

—Primero iremos a registrarnos al hotel. Luego te llevaré a la cárcel.

—¿Así, sin más?

—Así, sin más. Nos están esperando.

—Mejor vamos directamente a la cárcel. Podemos registrarnos en el hotel después. —Emma indicó la siguiente salida—. Cógela. Me cambiaré en la gasolinera.

Rob hizo lo que le pedía y redujo la velocidad del SUV para tomar el desvío. Estaban usando su coche particular, porque él no quería utilizar el patrullero en aquel viaje. No tenía sentido llamar tanto la atención.

Llenó el depósito rápidamente y luego se sentó a esperar sin perder de vista los servicios. No podía evitarlo. No le gustaba imaginarse a Emma sola allí dentro.

Por fin, Emma salió con el colorido vestido en la mano. Se había puesto un par de vaqueros azul oscuro y una blusa blanca y se había recogido el pelo en una especie de moño ondulado. Estaba encantadora. En cualquier otra mujer, aquel atuendo habría podido parecer clásico y elegante, pero Rob comprendió que Emma lo había elegido por ser un estilo que no llamaba la atención. Para esconderse. Aunque le dieron ganas de golpear el volante, se limitó a apretarlo con fuerza para no asustarla.

—Espero no haber tardado mucho —le dijo mientras se impulsaba hasta el asiento del SUV. A Rob siempre se le olvidaba la enorme diferencia de altura entre ambos hasta que hacía cosas así.

—Vamos bien.

—Entonces, adelante —dijo, decidida. Parecía fuerte y cargada de determinación, pero lo único que Rob quería era alejarla de allí. Tenía suficiente gasolina para hacer el viaje de vuelta a Sharp's Cove. Entonces pensó en las familias de esas dos pobres chicas, que contaban con Emma, y siguió conduciendo.

—Todo va a ir bien —dijo Emma pasado un rato, rompiendo el silencio.

«Ahora está intentando hacerme sentir mejor».

—Lo sé. No voy a dejar que te ocurra nada.

—¿Estarás allí conmigo? —dijo con un hilo de voz.

—Ford quería reunirse contigo a solas, pero la habitación tendrá un espejo unidireccional.

Lorraine y yo estaremos viéndoos todo el rato y habrá guardias junto a la puerta. —Se detuvo. Sonaba como si no solo tratara de convencer a Emma, también a sí mismo—. Nunca más volverá a tocarte. Te lo prometo.

—Sabes que confío en ti, Rob.

A lo lejos apareció la prisión. Allí era donde su amigo Hunter, el marido de Natalie, había pasado doce años de su vida, condenado por un crimen que no cometió. Observó a Emma de soslayo. Tenía la boca abierta y Rob podía entenderlo: era una visión imponente. La mayor parte de la gente sabía que las prisiones tenían vallas muy altas. Podían incluso haberlas visto de cerca en programas de televisión, pero era muy distinto encontrarse en persona frente a una valla de quince pies.

Rob no le dijo a Emma que aquella valla estaba electrificada de forma letal y no letal. Había sido un proyecto controvertido años atrás, que al final había sido aprobado. Con el primer contacto, la valla producía un shock eléctrico no letal. Sin embargo, cualquier persona que lo tocara por segunda vez en un corto periodo de tiempo, recibiría una descarga mortal de alto voltaje.

Rob ignoró los enormes carteles que señalaban al parking de visitantes y se abrió camino hasta la zona de aparcamiento más pequeña, reservada a los empleados. Solo había unos diez coches allí. Buscó un lugar apartado para aparcar.

Lorraine y su pareja —un hombre alto, de poco más de treinta años, de cabello negro engominado — esperaban junto a la entrada. Ambos llevaban trajes oscuros muy similares: con falda en el caso de ella y pantalones en el de él.

Rob dio un paso al frente y estrechó las manos de ambos.

—Emma, te presento a los agentes especiales Lorraine Vasquez y James Ramsay. Llevan más de un año trabajando en el caso.

—Señorita Farley, gracias por venir —dijo Lorraine. Sus ojos profundos e inteligentes brillaron con simpatía—. Sé que esto no debe de ser fácil para usted.

—Por favor, llámame Emma. Yo... quiero ayudar, pero... nunca he estado en una situación parecida —dijo Emma. Sus suaves ojos color avellana se abrieron en una expresión de miedo y esperanza.

Rob se imaginó echándose a Emma sobre el hombro y cargando con ella de vuelta al coche. Sin embargo, se limitó a hundir las manos en los bolsillos de sus vaqueros y siguió a los demás al interior de la prisión.



Emma

A Emma le pareció que el pasillo no se iba a acabar nunca. Cuanto más caminaban, más cargada se volvía la atmósfera, hasta que Emma sintió que se ahogaba.

Rob se acercó y posó una mano sobre su hombro.

—Inspiraciones lentas y profundas, Emma —susurró.

Ella asintió y trató de seguir sus instrucciones, empleando el diafragma, en lugar del pecho. Se dio cuenta de que le resultaba un poco más fácil respirar. El simple recordatorio de que Rob estaba allí sirvió para tranquilizarla.

Cerró las manos en forma de puño y siguió avanzando, concentrada en el sonido constante de los tacones de la agente sobre el linóleo desgastado. Deseó haber traído tacones también, o cualquier calzado que no fueran las zapatillas que se había puesto y que ahora le hacían sentir como una niña pequeña.

Por fin, los agentes especiales se detuvieron frente a una puerta de acero cerrada. Un guardia corpulento permanecía junto a ella, observándoles.

Emma tragó saliva para aclararse la garganta.

—¿Esta...? ¿Está Ford ahí dentro?

No era su intención susurrar, pero su voz no parecía obedecerla.

Lorraine asintió con amabilidad.

—Está esposado a la mesa por tobillos y muñecas. No podrá alejarse de ella y tampoco tocarte mientras te quedes en tu lado de la mesa. Nosotros lo veremos y lo escucharemos todo desde ahí —dijo señalando la siguiente puerta del pasillo—. Si dice algo que te hace sentir incómoda, llévate la mano derecha a los ojos y entraremos.

—Define «incómoda» —dijo Emma. Vio cómo Rob se pasaba la mano por el pelo y comprendió que con esa actitud no estaba facilitándole las cosas a nadie—. No importa, ya veré. ¿Pero qué voy a decirle? ¿No deberíais darme un pinganillo o algo así?

James Ramsay la miró con el ceño fruncido. Emma sintió cómo se ruborizaba.

«Definitivamente, he visto demasiadas películas».

Al menos la voz de Lorraine fue amable cuando contestó:

—Pidió específicamente hablar contigo a solas. Nada de pinganillos. Queremos respetar todos los términos del acuerdo... y esperamos que él haga lo mismo. No lo antagonices y no pierdas de vista el objetivo, Emma. Todo lo que necesitas de ese cabrón es una dirección y no tendrás que volver a verlo nunca más.

Emma tenía la garganta reseca.

—¿Cuáles...? ¿Cuáles son sus nombres?

—Chloe y Fiona —dijo Lorraine en voz baja.

Emma repitió ambos nombres para sí, decidida a no llorar.

—De acuerdo, vamos con ello. —Se irguió, deseando ser más alta para que supusiera alguna diferencia. Cuando Lorraine asintió, el guardia habló a través de su micrófono y procedió a abrir la puerta, que se deslizó con un chirrido metálico.

Emma entró. Lo primero en lo que se fijó fue en los gruesos barrotes de la pequeña ventana, que parecían bloquear la mayor parte de la luz del exterior. Unos halógenos iluminaban la habitación con una luz fuerte. La pared opuesta estaba cubierta casi por completo por el espejo falso. El cuarto estaba vacío, a excepción de una mesa rectangular con dos sillas. Cogió fuerzas antes de alzar la mirada para confrontar a la figura sentada en uno de los extremos.

Incluso ahora, muchos meses después de que su licencia médica hubiera sido revocada, Emma aún pensaba en él como en el doctor Ford. A pesar de que se había estado preparando, le impactó verle cara a cara. Ford parecía... Tenía casi exactamente la misma apariencia que cuando vivía en Sharp's Cove, excepto que se había teñido el cabello rubio de un color oscuro. El tono más claro empezaba a asomar en las raíces. Emma volvió a mirarle y detectó un par de diferencias más: el hombre que había conocido nunca habría elegido un traje naranja. Su estilo, bajo la bata de médico, había sido siempre más parecido al de un miembro del típico club de campo.

Sin embargo, sus ojos sí eran los mismos: tan azules que casi parecían líquidos. Emma se preguntó cómo era posible que nunca antes se hubiera fijado en la crueldad que destilaban. Quizá antes la escondía mejor.

Aquellos ojos azules estaban ahora fijos en ella.

—Emma, sabía que vendrías. Es un placer verte de nuevo, ángel mío. —Su rostro se iluminó de satisfacción.

Emma se obligó a dar un paso al frente, ignorando el comentario burlón. «Ángel» era el término que había utilizado para referirse a ella antes de arrojarla por un acantilado a cien pies de altura. Alcanzó la mesa y se aseguró de que Ford estaba retenido por la muñeca, antes de sentarse en el extremo opuesto.

Durante un momento no dijo nada. Se limitó a permanecer sentada observando al monstruo.

—Chs, Chs —comenzó Ford, que parecía molesto—. Así no es como vamos a hacer las cosas, ángel mío. Si no me da la impresión de que hemos mantenido una agradable conversación juntos, te irás con las manos vacías. ¿Te gustaría? ¿Qué dirían entonces los padres de Chloe y Fiona?

—¿De qué quieres hablar, Ford? —preguntó Emma.

—Hay tantas cosas de las que podríamos hablar... De Natalie, por ejemplo. ¿Cómo le va a mi querida sheriff? Me sorprende que te haya enviado, en lugar de acudir ella misma, la verdad.

Emma casi tuvo que morderse la lengua para no contestarle.

—No vamos a hablar de Natalie —dijo en voz baja.

—De acuerdo —dijo con amabilidad—. Entonces hablemos sobre ti. ¿Cómo van las pesadillas? ¿Has podido acercarte al agua sin pensar en mí, ángel mío?

En su mente, Emma estaba cayendo de nuevo, como lo había hecho aquella noche. Sus ojos se llenaron de lágrimas con aquel recuerdo.

—Ah. Sigues pensando en mí.

«Esperaba que dijeras eso».

—Solo cuando saco la basura —le dijo, enseñando los dientes.

Ford rio y sus carrillos se sacudieron.

—Sabía que me echabas de menos.

—¿Por qué estoy aquí, Ford?

—Pensaba que la sheriff o uno de sus siervos te lo habrían explicado. Está ahí, ¿verdad? Detrás del cristal. —Se la quedó mirando un momento—. No, Natalie no ha venido. Sin duda, te habría evitado este tormento si hubiera podido. Hay un motivo por el que no está aquí... Espero que no le haya ocurrido nada.

Emma rechinó los dientes, tan fuerte que acabó convencida de que la mandíbula le dolería aquella noche.

—No voy a hablar de Natalie. Y si no cambias de tema, me levantaré y me iré.

—¡La profesora saca las uñas! —Sacudió la cabeza y, por un momento, pareció meditar—.

Si Natalie no está aquí, entonces quizá ha venido el bueno y viejo Rob. Lleva toda la vida besando el suelo que pisas. Como un perrito. Aún recuerdo la manera en la que ideaba excusas para venir al hospital cuando estabas allí, sin llegar a entrar nunca a verte. Sabes, la primera vez que despertaste, me preocupó que me reconocieras, a pesar de que nunca llegaste a ver mi rostro.

«¿Pude hacerlo? ¿Habría logrado evitar que atacara a Natalie y a Hunter?».

Aquel pensamiento doloroso le hizo cerrar los ojos.

—Sabes por qué estoy aquí, Ford. Hablemos de las chicas. ¿Dónde están?

—Ambas eran... encantadoras. Nunca había atrapado a dos chicas a la vez, pero las vi en el centro comercial y... simplemente, no fui capaz de decidirme.

—¿Dónde están los cuerpos? Dímelos y seguiremos hablando.

Ford se llevó la mano a la barbilla y pareció ponderar la oferta.

—No, no vamos a hacerlo así. Primero me vas a contar algunas cosas sobre ti. Últimamente tengo muy pocas oportunidades para charlar.

Emma miró al espejo. Pudo sentir la presencia de Rob al otro lado.

—Sharp's Cove es Sharp's Cove. Las cosas están siempre igual. Desearía poder decirte que te echamos de menos, pero, para hacer honor a la verdad, nadie ha notado tu ausencia.

—Estoy seguro de que en el hospital lo saben. ¿Cómo pueden esos idiotas mantener el ritmo?

—Supongo que la carga de trabajo se ha reducido, ahora que no estás tú para hacerle daño a nadie.

Sus ojos se tornaron fríos y Emma se dio cuenta de que se había extralimitado.

«Contrólate. Recuerda que necesitas su ayuda».

Forzó una leve sonrisa.

—Escucha, Ford. No he venido aquí para discutir. Dijiste que querías hablar conmigo, así que aquí estoy.

Ford asintió. Cuando la miró de nuevo, volvía a ser el atractivo médico que solía ver por la ciudad.

—No debería haberte secuestrado. Todo iba muy bien hasta entonces. Creo que con tu secuestro comenzó mi racha de mala suerte —empezó—. Espero que puedas perdonarme.

La mano de Emma tembló. Apretó las manos, hundiendo las uñas en la carne, mientras sentía el sabor de la bilis en la garganta.

—Puedo perdonarte por lo que me hiciste, Ford, pero no por lo que les hiciste a todas esas chicas. Eres un asesino.

—Lo soy. —Asintió, de forma casi amigable—. Pero dormiré mejor esta noche, sabiendo que no me guardas rencor.

Sus ojos glaciales no parpadeaban.

«No le importa el perdón. Hay algo que se nos escapa».

A Emma le pareció que se quedaba sin oxígeno.

—Solo puedo estar dos minutos más —mintió—. ¿Dónde están las chicas, Ford?

—Si te lo digo, ¿volverás a visitarme?

—Dímelos y lo consideraré.

Los ojos de Ford se desviaron al espejo.

—En Raven Forest, bajo Oak Bridge.

Emma conocía el lugar. Había hecho senderismo por allí en una ocasión, años atrás. Cuando pensó en las chicas enterradas en aquel lugar le entraron ganas de llorar, pero no quería darle esa satisfacción.

—¿Están ambas allí? —preguntó.

—Oh, sí. Están juntas. Pensé que era lo apropiado —se regodeó.

«Maldito psicópata».

Haciendo esfuerzos por mantener una expresión seria, Emma alzó la mano en la señal acordada.

Por primera vez, Ford se mostró inquieto.

—He mantenido mi parte del trato. Volverás a verme, ¿verdad?

—¿Cómo pudiste hacerles daño a esas chicas? Hiciste el juramento hipocrático.

La fuerte risa de Ford le hizo daño en los oídos.

—Ah, querida Emma, has estado pensando mucho en mi a lo largo de este año, ¿verdad? Me entenece. Ven a verme otra vez y puede que hablemos un poco más de todo eso.

Emma sacudió la cabeza.

—No. No quiero volver a verte jamás, Ford.

Con sus ojos azules brillando, Ford se incorporó súbitamente y se lanzó hacia ella tan lejos como le permitieron los grilletes. El instinto de Emma fue echar a correr, pero no lo hizo. Ford se acercó para susurrarle algo. Estaba tan cerca que podía sentir su aliento cálido en la piel.

—La próxima vez que nos encontremos, espero que seas más educada y me preguntes qué tal estoy, Emma.

Emma se echó hacia atrás, alarmada, pero en ese momento se abrió la puerta de la celda. El mismo guardia de antes le hizo una señal. Se fue sin mirar atrás, para no darle a Ford esa satisfacción.



Rob

Mientras conducía, Rob echó un vistazo a Emma, que estaba sentada junto a él. Empezaba a preocuparse. Apenas había abierto la boca desde que habían abandonado la prisión. Sabía que no había sido fácil para ella. Para él había supuesto un infierno y ni siquiera se había metido en la habitación con Ford.

Pensó en Lorraine. La habían dejado junto a su compañero, montando la operación para recuperar los cadáveres. Rob rezó para que los agentes del FBI pudieran localizarlos.

—¿Cómo pudo hacer esas cosas? —dijo Emma con suavidad—. Eso es en lo único en lo que he pensado durante el último año, pero cuando se lo pregunté simplemente se rio.

—He leído los informes del FBI, Emma. Stephen Ford es un psicópata de manual. No puedes creerte nada de lo que dice.

—Pero era médico...

—Fue capaz de ocultárselo a todo el mundo. —Forzó su voz para que sonara casual—. Emma, ¿qué fue lo que te susurró al final?

Emma se encogió, como si le doliera recordarlo. Rob sintió cómo su pulso subía a la estratosfera y apretó el volante con más fuerza.

—¿Te amenazó?

—Quería que volviera a visitarlo. Dijo que la próxima vez que nos encontráramos debía preguntarle qué tal estaba.

—Cabrón narcisista. No te preocupes, Emma, no vas a volver allí.

—No —confirmó ella—. No voy a volver. Me siento tan... sucia.

Rob detuvo el coche a un lado de la carretera, encendió los intermitentes y se giró hacia ella.

—Él es quien debe sentirse así. Lo que has hecho hoy, Emma, ha sido poco menos que extraordinario.

—¿Crees que nos ha dicho la verdad? ¿Realmente enterró a esas pobres chicas allí?

Rob recordó el momento en el que Ford había hablado de aquel tema. Sus ojos color hielo se habían clavado en el espejo, como si pudiera verle a él y a los agentes del FBI que le acompañaban.

—Eso espero. Mañana lo sabremos seguro.

—¿Y nosotros? ¿Qué hacemos ahora?

—Tenemos un par de habitaciones reservadas en la ciudad. Puedes descansar allí esta noche y te llevaré de vuelta a Sharp's Cove mañana por la mañana.

Emma sacudió la cabeza y su cabello ondulado osciló.

—No quiero pasar la noche en la ciudad, Rob. ¿Podríamos volver directamente?

—Para cuando lleguemos será medianoche y tienes que comer antes.

—Podemos parar a tomar algo por el camino. Quiero volver a casa esta noche, no me importa la hora. Si estás cansado, puedo conducir yo —se ofreció.

«Siempre intentando cuidar de los demás antes que de ti misma».

Rob se tragó el comentario. Sabía que Emma no se tomaría bien que mencionase su personalidad maternal.

—No pasa nada. Te llevaré a casa. Descansa un poco y te despertaré para cenar. —Sin apartar la mirada, palpó el asiento trasero hasta que encontró su chaqueta negra de cuero y se la ofreció.

Emma parecía querer discutir con él, pero por fin se relajó y apoyó la chaqueta contra el

cristal para usarla como almohada. Rob dio media vuelta con el coche y comenzó a conducir hacia Sharp's Cove. Unos minutos después, sus suaves ronquidos le indicaron que estaba dormida.

«Estoy bien jodido si me gusta hasta el sonido de sus ronquidos».

En ese momento, Rob odió a Stephen Ford con todas sus fuerzas. Él no era un hombre violento. De joven había concentrado su energía en el deporte y siempre se había enorgullecido de haberla canalizado hacia algo bueno. Esa misma energía le había permitido liderar a su equipo universitario de waterpolo hasta el campeonato y ganarse el apodo «Lucky Rob», que todavía le acompañaba hasta el día de hoy, a pesar de que hacía mucho que no se sentía afortunado.

En aquellos momentos era incapaz de canalizar esa misma energía. Si le dieran la oportunidad, sabía que sería capaz de matar a aquel hombre sin sentir remordimiento alguno.

Al oeste, los últimos momentos tras el ocaso tornaron el cielo de un naranja intenso y las nubes se volvieron púrpuras. Rob se acomodó en el asiento y se concentró en la carretera.

Conocía mejor que nadie los peligros de distraerse al volante. Tantos años atrás... No recordaba por qué se estaban riendo sus amigos —tenía algo que ver con un pase fácil que Ryland no había sido capaz de recibir—, pero si no hubieran montado ese jaleo en la parte trasera de la camioneta, quizá su amigo habría visto el camión descontrolado y habría podido reaccionar antes de que les golpeará.

«Quizá».

No recordaba mucho del accidente o de los días siguientes, solo salir volando, la caída y luego la oscuridad. El resto de la historia la había tenido que reconstruir con la ayuda de los supervivientes del equipo. De los seis que habían viajado en la camioneta, solo tres habían sobrevivido. Se había despertado en un mundo en el que tres de sus mejores amigos ya no existían.

Apenas recordaba nada de los meses siguientes. Le habían permitido mantener su beca incluso a pesar de haber dejado el equipo. Con algo de ayuda de sus profesores, consiguió incluso graduarse a tiempo. En retrospectiva, todos debían pensar que seguir un año más en el campus no le haría ningún bien.

Su madre le había sugerido que se marchara a vivir con ella en Nueva York. Su último marido conocía a gente... que conocía a gente que podría llevarle a los Juegos Olímpicos, pero Rob sabía que no volvería a jugar. De pronto, encontró una oferta de empleo en el departamento del sheriff de una ciudad pequeña y decidió apuntarse.

No tenía ni idea de lo que iba a hacer con su vida. Solo gracias al apoyo del sheriff Aaron Bowmann logró encontrar su vocación.

Ahora no podía imaginarse marchándose de Sharp's Cove. Amaba la pequeña ciudad y cada una de sus calles. La amaba en invierno, cuando era fría y letárgica y también en verano, cuando se convertía en el destino turístico de urbanitas que anhelaban descubrir un modo de vida más pausado. Amaba a la gente de Sharp's Cove, tanto a los *covies* de toda la vida como a aquellos que la habían descubierto más tarde y que, como él, tampoco se querían marchar.

Un reflejo súbito en el retrovisor le hizo desviar la mirada hacia la carretera de la que venían. A lo lejos, vio un coche que no estaba antes. Rob se puso tenso de nuevo, pero se autoconvenció de tranquilizarse. Estaba demasiado estresado. Había un montón de razones por las que alguien podía tomar esa carretera en particular y no quería decir que les estuvieran siguiendo. Sin embargo, una hora más tarde el coche seguía allí y mantenía la misma distancia. Por tanto, no solo iban en la misma dirección, también a la misma velocidad. Eso ya era algo más improbable.

La preocupación de Rob aumentó. Miró al espacio entre los asientos donde guardaba el arma.

Podía cogerla en cuestión de segundos. Y no tendría problemas en utilizarla. Protegería a Emma hasta la muerte.

Miró el reloj. Faltaba poco para las diez. Era hora de parar para cenar, en cualquier caso, antes de que cerraran todo. Unos minutos más tarde vio un cartel de neón que anunciaba un *diner* junto a la carretera. Aguardó hasta el último segundo para dar las luces y se fijó en si alguien tomaba la misma salida, pero no fue así. Suspiró. Se estaba dejando llevar por la paranoia.

Mientras pisaba el freno, sintió la mirada de Emma clavada en él.

—Rob, ¿estás bien? Pareces serio —le dijo. Se mordió el labio inferior con los dientes. Rob no estaba seguro de que ella supiera lo sexy que resultaba aquel gesto.

—Me pongo así cuando tengo hambre —le dijo, en un intento por distraerla—. Vamos, este parece un buen sitio para comer.

—¡Espero que tengan gofres! —dijo y sonrió bajo las luces de neón.

—¿Gofres? ¿Para cenar?

—Los gofres son buenos para desayunar, comer y cenar. Son prácticamente un grupo de alimentos completo.

Rob captó el brillo en sus ojos y se dio cuenta de que era Emma quien intentaba distraerle para que se sintiera mejor. Decidió seguirle el juego.

—En cuanto a eso... No creo que te contraten para actualizar la pirámide nutricional. Espero que no les enseñes esto a los niños en clase.

Emma rio. Estaba claro que le encantaba pensar en los niños.

—Yo como un montón de fruta en la escuela. Lo de los gofres será nuestro secreto.

—Entonces, vamos. A ver si pueden echar unos arándanos por encima, por lo menos.



Emma

Rob sujetó la puerta del *diner* para que pasara y echó un vistazo detrás de ellos, al aparcamiento vacío, antes de acompañarla al interior.

«Siempre ejerciendo su papel de protector».

Emma lo siguió hasta una mesa en un rincón, donde Rob eligió el sitio para poder controlar la puerta. Se preguntó si estaba especialmente alerta en aquel momento o si siempre se comportaba así. Era la primera vez que comían juntos.

Pensó en la oscura razón que los había llevado hasta allí. Cuanto más se alejaban de la prisión, menos real parecía la conversación con Ford. Desde luego, los cuerpos enterrados de aquellas chicas eran muy reales. Vio cómo Rob miraba subrepticamente al teléfono. Sin duda, él también estaba esperando a recibir noticias.

—Por favor, no intentes ocultármelo —le dijo—. Quiero saber cuándo encuentran a las chicas.

Rob se ruborizó.

—Lo siento, aún no hay nada. Pero en cuanto Lorraine contacte conmigo, te lo haré saber.

Una camarera joven les sirvió los dos pedidos de gofres, un café solo para Rob y uno con leche para ella.

—¿Seguro que es buena idea tomar café ahora? —preguntó Rob, enarcando una ceja.

—Me sentiré mejor si no me quedo dormida durante todo el viaje de vuelta —respondió.

Miró los dos gofres de su plato. A pesar de sus palabras, no sabía si sería capaz de probarlos.

Cogió el cuchillo y el tenedor para cortar un pedacito de gofre. Estaba crujiente por fuera y tierno por dentro, justo como le gustaba. En cualquier otro momento, sin aquel nudo en el estómago, probablemente habría dejado el plato limpio.

—Intenta darle un mordisco o dos —dijo Rob, comprensivo. Sus rasgos rudos se suavizaron—. A ver cómo te sienta.

Él también le daba vueltas a los gofres en el plato sin llegar a probarlos.

—¿Cómo lo haces? —le preguntó Emma—. ¿Cómo eres capaz de lidiar con todo esto?

—No creo que le estés preguntando a la persona indicada. Este tipo de cosas no suceden en Sharp's Cove. Stephen Ford es el primer asesino en serie que ha habido en la ciudad y ojalá sea el último. Pero mi forma de seguir adelante es recordar por qué estoy haciendo esto. En este caso, para ayudar a que las familias de las víctimas puedan pasar página. Y también para asegurarme de que Stephen Ford jamás vuelve a poner un pie fuera de la cárcel.

—Escuché al alcalde y al director Reynolds hablando la semana pasada. Parece que el número de visitantes ha subido este año y esperan que la tendencia continúe. Todo el mundo quiere ver dónde ocurrió. Probablemente también quieran sacarse un *selfie*. —Sacudió la cabeza—. ¿Qué le pasa a la gente?

—Ese comportamiento no significa nada. Lo que Ford ha hecho, simplemente es algo que no forma parte de las experiencias que vive la gente corriente. Este verano han salido en busca de lo extraordinario. No comprenden lo horrible... —A Rob le falló la voz. Sus mejillas enrojecieron cuando se dio cuenta de que quizá había hablado demasiado—. Lo siento, Emma.

—Por favor, no te disculpes. Estoy harta de que la gente me trate como si fuera de cristal.

Rob asintió, se llevó el tenedor con un pedazo de gofre a la boca y lo masticó despacio.

—¿Sabes?, creo que tienes razón. Voy a empezar a cenar gofres más a menudo.

Emma miró su gofre mutilado y seleccionó el trocito más pequeño de la carnicería que había

desatado en el plato. Lo metió en la boca y masticó. Estaba delicioso. Después de tragar cogió otro trozo.

—Te lo dije. Los gofres funcionan a cualquier hora del día o de la noche.

El corazón de Rob se puso a cien y su fuerte mandíbula tembló con la mención de la palabra «noche». La idea pareció flotar en el aire, entre ellos, durante un momento muy largo. Era una idea que daba a entender que en algún otro universo podrían estar comiendo gofres juntos en mitad de la noche. Un instante después ambos bajaron la vista hacia sus platos y el momento pasó. Comieron en silencio durante un rato. De vez en cuando, Emma pillaba a Rob dirigiendo la mirada más allá de la mesa, a la entrada vacía del local.

—No creo que pueda comer más —le dijo apartando el plato, que había dejado a medias.

—Pediré la cuenta y que nos pongan los cafés para llevar —respondió Rob con rapidez. Había comido un poco más que ella, pero ni por asomo se había terminado el plato.

—Hace tanto frío —dijo Emma frotándose los brazos.

—Son casi las once de la noche. Encenderé la calefacción del coche.

Cinco minutos más tarde, Emma se dio cuenta de que no debería habérselo permitido. A pesar del café, sus párpados le pesaban por el cansancio. Quería cerrar los ojos, aunque solo fuera unos minutos, pero trató de resistir la tentación.

Tenía que permanecer despierta.

—No tienes por qué quedarte despierta, Emma. Lo sabes, ¿verdad? —Rob habló como si le hubiera leído la mente.

—No quiero que sientas que estás solo en el coche.

—Jamás podría sentirme solo cuando estoy contigo. Además, tus ronquidos me resultan entrañables.

Emma giró la cabeza hacia él a toda prisa.

—¿Mis qué? Te garantizo que yo no ronco.

—Error mío, entonces —A Rob se le escapó una risita—. Duerme un rato. Te despertaré cuando lleguemos.

Aquel era un día de «primeras veces». No había dormido en presencia de nadie más desde el incidente con Ford y mucho menos en un vehículo en marcha, pero en compañía de Rob se sentía lo bastante segura como para hacerlo de nuevo.

Le parecía que acababa de cerrar los ojos cuando sintió un leve peso en el brazo.

—¿Emma? Ya hemos llegado —dijo Rob en voz baja y suave.

—¿A mi casa? —Se incorporó y, a escondidas, se frotó los ojos y la boca.

«Una cosa es roncar, pero espero no haber estado babeando».

—Sí. Vamos, te acompañaré arriba.

—No hace falta. Si te quedas aquí, me verás encender la luz de la cocina.

—Por favor, déjame hacerlo —insistió, al tiempo que abría la puerta del coche y le daba la mano. Ella la tomó agradecida, casi mareada por el agotamiento.

Rob esperó pacientemente mientras trataba de introducir la llave de la puerta principal en la cerradura y luego la condujo por las escaleras hasta la puerta de su apartamento.

—¿Quieres entrar? —le preguntó Emma, indecisa. No sabía si prefería que respondiera que sí o que no.

Los ojos verdes de Rob brillaron. Por un instante, la imagen profesional que proyectaba se derrumbó y Emma pudo ver al hombre que había detrás. No le quedó la menor duda de que la deseaba. Luego Rob parpadeó y el momento pasó. La preocupación seguía allí, flotando en su mirada, pero ya no era capaz de percibir el deseo que hacía un momento había ardido con tanta

intensidad.

—Entonces, ¿te veré mañana por la mañana? —dijo Rob—. ¿A las siete?

Emma lo miró sin comprender.

—¿Mañana por la mañana?

—Para tu primera clase de defensa personal, por supuesto.

Emma sintió una oleada de placer al descubrir que Rob se acordaba y que la estaba tomando en serio.



Emma

«Quizá esto no sea tan buena idea, después de todo».

Todavía se lo parecía a las siete de la mañana, cuando Rob había pasado a recogerla. Por supuesto, él parecía completamente descansado y relajado. Ella, en cambio, daba la impresión de haber estado dando vueltas en la cama durante horas antes de sumirse por fin en un sueño intermitente. Que, de hecho, era lo que había ocurrido.

Las cejas de Rob se elevaron cuando vio el conjunto que había elegido. Por un momento, pareció ansioso.

«¿Siempre ha tenido los ojos así de verdes?».

Rob parpadeó.

—¿Vas a estar cómoda con esa ropa? —le preguntó en voz baja.

Emma bajó la mirada hacia sus pantalones de yoga azules y violetas y su top a juego. No es que quisiera impresionarle ni nada parecido, pero había dedicado bastante tiempo a vestirse. Sabía que, siendo tan bajita, aquella combinación acentuaba sus curvas en los lugares adecuados.

—Es mi ropa de hacer ejercicio. Pensaba que íbamos a hacer ejercicio, ¿no?

Rob se dio la vuelta y caminó hasta el coche, esperando que le siguiera. Para cuando Emma llegó, ya le había abierto la puerta para que entrara.

—Entonces, ¿adónde vamos? Espero que sea a un sitio donde nadie pueda ver mi humillación. —Sonrió, pero deseó que Rob se diera cuenta de que solo bromeaba a medias.

—¿Confías en mí? —le preguntó con voz muy seria.

—Por supuesto, Rob. Lo sabes.

—Entonces, vamos a hacer esto en los acantilados —le dijo. Sus ojos se encontraron y sostuvo su mirada.

—¿Los acantilados? —preguntó. Deseaba haberle entendido mal, pero sabía que no era el caso.

—Cumple con uno de tus criterios. No debería de haber nadie por allí a estas horas de la mañana. Y también cumple uno de los míos.

—¿Y qué criterio es ese? —susurró Emma.

—Recordarte lo fuerte que eres.

—No puedo hacerlo. No he vuelto allí desde que... —Emma bajó la mirada y parpadeó para contener las lágrimas. Quería ser fuerte, pero cada vez se encogía más en el asiento.

—Lo entiendo —le dijo—. La elección es tuya. Aún pienso que es el lugar adecuado para dejar esto atrás. Para dejar atrás a Ford de una vez por todas.

Permanecieron sentados en el coche, en silencio, durante lo que pareció una eternidad.

—¿No vas a intentar convencerme? —preguntó Emma por fin.

—Te prometo que te protegeré, Emma. Nada te hará daño mientras estés conmigo. Pero la elección debe ser tuya.

Los ojos de Emma se llenaron otra vez de lágrimas. Quería —necesitaba— sentirse normal otra vez.

—De acuerdo. Estoy dispuesta a intentarlo.

Rob asintió y encendió el motor del coche. Condujeron en silencio hasta llegar casi al mismo sitio en el que Emma supuso que Hunter y Natalie habían estado un año atrás. El sitio desde donde la habían visto ser arrojada al agua y desde donde Hunter se había tirado desde un acantilado a cien pies de altura para salvarla.

Salió del coche. Hacía viento. Siempre hacía viento junto a los acantilados.

—No puedo recordar gran cosa, ¿sabes? Desde luego, no recuerdo lo que pasó aquí. Todo lo que recuerdo es una sensación de miedo y el frío. No sabía que Hunter había saltado detrás de mí. Pensé que iba a morir sola.

Rob asintió, sin interrumpirla. Un músculo palpitó tras su mandíbula.

Emma tomó una profunda bocanada de aire.

—Muy bien, supongamos que estoy lista. ¿Cómo lo hacemos?

—La primera regla de la defensa personal es no verte envuelta en una situación en la que necesites usarla.

—Eh, Rob, por si no lo has notado, soy una mujer. Vamos por parejas y visitamos juntas el baño. Mi mejor amiga fue violada cuando éramos jóvenes. ¿No crees que eso ya lo sé? Me he pasado casi toda la vida tratando de evitar los problemas y aun así me han encontrado.

Rob alzó una mano, fuerte y áspera.

—Ojalá no hubiera sido así, Emma. Daría lo que fuera para que eso no hubiera ocurrido. Pero lo que voy a decir se aplica a todos. También a mí.

Emma le miró sin convicción.

—La mejor forma de ganar una pelea es no tenerla —insistió Rob.

—Pero supón que la tengo.

—En ese caso, te enseñaré cómo ganarla. —La camiseta era del mismo verde imposible que sus ojos. Cuando flexionó los músculos, las mangas se ciñeron a sus brazos—. Si haces lo que te digo, no importará lo grande o fuerte que sea tu adversario. Tendrás una oportunidad de ganar.

—¿Incluso si mide una cabeza más que yo? —preguntó, mientras remarcaba con una mirada significativa la diferencia de altura entre ellos.

Rob asintió.

—¿Y crees que puedes enseñarme eso a *mí*? —preguntó, mientras se observaba a sí misma. Ahora se arrepentía de haber elegido aquel conjunto. A pesar de los colores atrevidos que había elegido, le pareció que transmitía una impresión de demasiada... ¿inocencia?

—Sí, pero no va a ser agradable. Esto no es taekwondo. Si lo prefieres, puedes ir al gimnasio a que te den una clase. Lo que yo voy a enseñarte es la clase de movimientos que necesitas para dejar a alguien fuera de combate, ¿de acuerdo?

Ella asintió con entusiasmo.

«Por fin estamos llegando a alguna parte».

—Esa es la segunda regla de la defensa personal, para cuando la primera no funciona: no existe el «juego sucio». Así que, si te ves obligada a luchar, morderás, le darás un rodillazo en la entrepierna y le sacarás los ojos con las uñas. Harás lo que sea necesario para neutralizar la amenaza.

Un escalofrío recorrió la espalda de Emma. Era una persona pacífica y no le gustaba imaginarse haciéndole algo así a otro ser humano. Pero luego pensó en Ford. Sus víctimas probablemente se habían sentido así y ahora estaban casi todas muertas.

Rob se inclinó, tomó su mano y la apretó con suavidad.

—Respira, Emma, respira. Podemos tomarnos todo el tiempo que necesites.

Emma asintió mientras tragaba aire.

—Estoy lista. Cuéntame la tercera regla.

—La tercera regla de la defensa personal: sigue luchando. Una vez que tu oponente está en el suelo, no esperes a que vuelva a levantarse. No eches a correr con la esperanza de que no te alcance. Sigue luchando.

—¿Así que le muerdo otra vez?

—O le das un rodillazo en la entrepierna, o le golpeas con algo. Pero sigues luchando hasta que esté fuera de combate.

—De acuerdo. ¿Y cuándo ponemos esto en práctica?

En lugar de responder, Rob la tomó por los hombros y la hizo girar para que apoyara la espalda contra su pecho y poder así agarrarla del cuello por detrás. A pesar de que Emma tenía una confianza absoluta en él y sabía que Rob nunca le haría daño, la súbita sensación de indefensión fue demasiado para ella. Comenzó a hiperventilar.

—Relájate, Emma —susurró Rob en su oído—. Puedes salir de un agarre como este.

Su voz la trajo de vuelta de aquel conato de pánico.

—¿Cómo? —preguntó, deseando que su voz no sonara como un gimoteo. Trató de liberarse del brazo que la asfixiaba, pero solo consiguió incrementar la presión.

—No —le dijo—. Tengo ambas manos entrelazadas. No puedes ganar contra mis dos brazos.

—¿Entonces qué hago? —Emma resopló. Ya estaba exhausta.

—Baja la barbilla —dijo él.

Aquel leve movimiento redujo de inmediato la presión de su garganta. Agradecida, Emma tomó una profunda bocanada de aire.

—Bien —le dijo—. Ahora necesitas desestabilizarme, así que písame el pie tan fuerte como puedas.

«Ni siquiera sé dónde están tus pies».

Comenzó a dar pisotones en plan salvaje, como si bailara. Por fin encontró el pie derecho de Rob, pero se deslizó y solo logró pisarle parcialmente.

—Más fuerte. Cuando veas mi pie, pisotéalo como si tu vida dependiera de ello.

Su respiración ni siquiera se había acelerado y sintió un arrebato de furia. Se inclinó hacia un lado y luego pisó su pie con todas sus fuerzas. Fue recompensada con un súbito jadeo.

Rob la liberó momentáneamente. Emma aprovechó la oportunidad para tratar de deslizarse por debajo de sus brazos, pero el hombre incrementó la presión de nuevo.

—No —le dijo—. Eso estuvo bien. Ahora dame un codazo en las costillas.

—No sé cómo hacerlo.

—Coloca tu brazo frente a ti y échalo hacia atrás tan fuerte como puedas. Si puedes hundirlo bajo mis costillas mejor todavía... ¡Ay!

Rob aflojó el agarre de nuevo y Emma pudo por fin escurrirse entre sus brazos. Se echó hacia atrás y buscó algo que pudiera usar para defenderse.

—Bien —le dijo—. No has echado a correr. Estás buscando algo que puedas usar para hacerme daño.

Durante la siguiente media hora, Rob le enseñó técnicas y tácticas simples. Eran cosas que ya conocía, pero que nunca había practicado: atacar partes blandas como los ojos, la garganta y la entrepierna, o luchar con los pies desde el suelo. El corazón de Emma latía el doble de rápido, y tenía el cabello pegado a la frente por el sudor, pero se sentía con mucha más energía que cuando había empezado.

—De acuerdo —dijo Rob, levantando las palmas de las manos—. Creo que es suficiente por hoy.

Se agachó para frotarse la espinilla, donde Emma le había lanzado un golpe particularmente violento.

—¿En serio? ¿Eso es todo? ¿No vas a enseñarme proyecciones y barridos? —le preguntó antes de tomar un largo trago de agua de su botella morada—. La verdad es que pensé que era

eso lo que íbamos a hacer esta mañana.

Las pupilas de Rob se dilataron.

—Me encantaría enseñarte una proyección y un barrido —le dijo. Sus ojos brillaban mientras se acercaba. Emma experimentó una oleada de deseo tan intensa que estuvo a punto de abalanzarse sobre él en aquel momento.

Rob la agarró por los hombros y Emma sintió cómo su pierna se trababa tras su rodilla. Habría perdido el equilibrio si no fuera porque Rob la sujetó para mantenerla en el sitio. Bajó la cabeza hacia ella hasta que estuvo tan cerca que pudo ver puntitos dorados en sus profundos ojos verdes. Contuvo el aliento mientras su rostro se acercaba aún más. Sus labios se tocaron. Su pulso se puso por las nubes. Emma abrió los labios para dejarle entrar. Él exploró su boca con suavidad durante un largo instante, sin incrementar la intensidad.

Fue el momento más íntimo que Emma había experimentado jamás. Su sabor era fresco y salado... y deseaba más. Exhaló un gemido. Le habría gustado que durara para siempre.

Por desgracia, Rob eligió aquel preciso momento para terminar el beso. Estiró los brazos y la apartó, sin dejar de sujetarla.

—Lo siento —dijo—. No pretendía...

—Yo sí —dijo ella, aún sin aliento. Se puso de puntillas y se acercó a él, presionando sus brazos. Estaba lo bastante cerca para sentir el latido de su corazón. Él estaba de todo menos tranquilo. No se resistió cuando sus bocas volvieron a encontrarse. El segundo beso fue tan delicioso como el primero y prosiguió hasta que ambos tuvieron que romperlo para coger aire. Por fin, Emma se echó hacia atrás. Sus rodillas temblaban.

—Ha sido... —Rob parecía alterado.

—Ha sido —le dijo, asintiendo—. Pero ahora tengo que volver a la ciudad.

—Te llevaré en coche.



Rob

Había sido una mañana rutinaria, incluso para los estándares de Sharp's Cove, así que Rob había tenido tiempo de sobra para revivir aquel beso una y otra vez. Echó media mañana tratando de convencer al felino de la señora Robinson para que bajara del árbol y quizá habría invertido en eso todo el día, si el gato no hubiera acabado aburriéndose y no hubiera saltado al tejado.

Una parte de él se negaba a sentirse culpable por el mejor beso que había experimentado en su vida. Ambos eran adultos capaces de tomar sus propias decisiones y él había admirado a Emma desde lejos durante años. Estaba tan guapa aquella mañana que había sido incapaz de resistir la tentación.

Sin embargo, otra parte de él sabía que no podía ocurrir de nuevo. Emma había vivido un evento traumático el año anterior. Necesitaba a alguien que la ayudara a superarlo. Necesitaba que Rob fuese su amigo, no... otra cosa.

Así que no podía pasar otra vez.

Alma llamó justo cuando Rob estaba preparándose para hacer la pausa de la comida. Suspiró mientras escuchaba a la operadora de la centralita. La comida iba a tener que esperar. Condujo hasta los muelles y aparcó el coche patrulla en el embarcadero que se encontraba más al este, cerca del lugar donde solía aparcar todas las noches para luego dirigirse a su barco.

Hacía casi tres años que había comprado aquel viejo bote, que tenía unos treinta años. Se había pasado el primer año restaurándolo hasta dejarlo como nuevo. En cuanto estuvo listo, le devolvió al casero las llaves de su apartamento. Nunca se había arrepentido. Quizá ya no pasaba tanto tiempo en el mar como antes, pero todavía le encantaba la sensación del agua bajo sus pies.

Pasó de largo frente a su bote y a los otros barcos locales y se dirigió al extremo más alejado, donde estaban atracadas las embarcaciones de lujo más grandes. Se detuvo en el número 33 para admirar el precioso velero.

«Es una lástima que el dueño sea tan capullo».

Como si aquel pensamiento lo hubiera invocado, un hombre apareció en la cubierta superior. Jeff Carlysle estaba en la cincuentena, pero se mantenía en forma y lucía un bronceado que atentaba contra el sentido común. Como de costumbre, vestía pantalones chinos beige y una camisa de lino azul marino algo arrugada. Parecía tener una colección interminable de ambas prendas.

Una parte de Rob no podía evitar admirar a Carlysle, un hombre que para cuando cumplió los treinta ya había ganado su primer millón. Él había crecido en la pobreza. Sabía lo que era irse a la cama sin cenar y también que había cosas mucho peores que el hambre, por ejemplo, ver cómo lo padecían aquellos a los que amabas. En su caso, a su hermana pequeña.

Así que... sí, podía admirar a Carlysle por su éxito, pero ese no dejaba de ser un capullo que gastaba su dinero a espuestas en la ciudad y aprovechaba su amistad con el alcalde, para intentar conseguir un trato especial de la oficina del sheriff.

—Ah, Hope —dijo el hombre en voz muy alta y jovial—, ya era hora de que apareciera.

«Para ti es agente Hope... y han pasado menos de quince minutos desde que hablaste con Alma».

Rob estuvo a punto de soltarle aquella réplica mezquina. En cambio, se limitó a asentir sin comprometerse.

—Señor Carlysle, ¿qué puedo hacer por usted?

El hombre atravesó la plataforma y saltó al muelle.

—Alguien estaba merodeando junto a mi bote anoche.

Rob le miró sin comprender. Hasta donde él sabía, Carlisle aún no era el propietario del muelle.

—Es temporada alta, señor Carlisle. Quizá el propietario de algún vehículo cercano estaba...

—No sea idiota, Hope. Fue a las cuatro de la mañana. Miré a través de la ventana y vi a un hombre delgado dando vueltas por aquí. Desde luego, no parecía ser el dueño de ninguno de estos barcos.

Rob inhaló en silencio. En momentos como aquel echaba de menos a Natalie.

El hombre sacudió las manos con furia frente a su cara.

—¿Me está escuchando?

«Ojalá no tuviera que hacerlo».

—Le escucho, señor Carlisle. Entonces, ¿qué quiere que hagamos?

—Bueno, pues investigar, por supuesto. ¿No ha venido usted a eso?

Rob decidió contar hasta diez. Si todavía tenía ganas de darle un puñetazo cuando terminara, quizá se diera el gusto. A la mierda las consecuencias.

«Siete, ocho, nueve».

Entonces oyó una alegre voz femenina a sus espaldas.

—Buenas tardes, señor Carlisle, agente Hope. Me preguntaba si alguno de los dos podría ayudarme. Mi coche no funciona y realmente necesito llevar estas cacas de tiburón al laboratorio.

Rob observó divertido cómo Carlisle retrocedía físicamente al oír las palabras de la mujer. No necesitaba girarse para saber quién era. Solo había una persona en Sharp's Cove que hablara de la materia fecal de los tiburones en semejantes términos: la doctora Jessy Long.

—Doctora Long, siempre es un placer verla —dijo Carlisle con astucia—. Tengo que volver al trabajo, pero estoy seguro de que el agente Hope podrá ayudarla. Nosotros podemos terminar nuestra conversación más tarde —añadió, lanzando a Rob lo que este imaginó que pretendía ser una mirada significativa.

Rob acompañó a la mujer en dirección al aparcamiento antes de que el millonario pudiera cambiar de opinión.

—¿Qué problema tienes con el coche, Jessy? —le preguntó.

—¿Mi coche? —replicó—. Mi coche está perfectamente, Rob, pero pensé que necesitabas ayuda para librarte de ese capullo pomposo.

—Lo sospechaba. Sabes mucho más de coches que yo. Eres una mentirosa convincente —le dijo.

Ella evaluó sus palabras por un momento. Se inclinó hacia atrás para pasarse el cabello negro y liso por detrás de las orejas.

—Supongo. Pero no miento a mis amigos. —Sus ojos almendrados brillaron como diamantes—. Y somos amigos, ¿verdad que sí, Rob? Dado que has rechazado mi ofrecimiento de convertirnos en algo más.

Rob sonrió y sacudió la cabeza.

—Definitivamente amigos, Jessy.

—Hemos llegado —le dijo mientras se acercaba a un elegante Audi pequeño y negro, del mismo color que su ropa. Jessy parecía preferir el negro a cualquier otro color.

Presionó con impaciencia el botón de apertura de su llavero remoto.

—Bueno, me encantaría quedarme a charlar, pero de veras tengo que llevar esta muestra refrigerada al laboratorio esta noche.

—No bromeabas con respecto a la caca de tiburón.

—Nunca lo hago cuando hablo de escualos. De verdad, no tienes ni idea de lo difícil que es conseguir este tipo de muestra. He tenido suerte esta mañana.

Rob arrugó la nariz mientras sostenía la puerta para que la científica entrara.

—Preferiría no pensar en ello. ¿Debería preguntar siquiera... qué es lo que esperas encontrar? Ya sabes lo que comen los tiburones.

—Te sorprendería lo mucho que se puede aprender de las heces de tiburón.

—Tendré que creerte. Conduce con cuidado, ¿vale? El viaje a la ciudad es largo.

—¿Estás preocupado por mí? —le preguntó. Unas arrugas se dibujaron en las comisuras de sus ojos oscuros, las únicas en su piel por lo demás inmaculada—. Qué dulce.

—¿Para qué están los amigos? —preguntó.

Rob observó el vehículo mientras se alejaba. Jessy Long era inteligente, hermosa y mordaz. Exactamente el tipo de mujer hacia la que podría haberse sentido atraído, en otra vida. Su mente volvió a concentrarse en otra mujer hermosa, una que veía el mundo en colores chillones y cuya bondad y *joie de vivre* le había robado el corazón.

Rob pensó en regresar a su bote, pero prefirió pasar antes por la comisaría. No había hablado con Susan en todo el día y quería verla antes de dar por finalizada la jornada. No se dio cuenta de que algo iba mal, hasta que aparcó detrás de un sedán oscuro que no pertenecía a Sharp's Cove.



Rob

—¿Susan? ¿Alma? ¿Va todo bien? —preguntó Rob mientras irrumpía en la comisaría.
—¡Rob! ¡Me alegro mucho de que hayas vuelto! ¿Estás bien? —Susan corrió hacia él.

—¿Por qué no iba a estar bien?

Las palabras murieron en sus labios cuando reparó en la figura que había detrás de Susan. El agente especial James Ramsay se quitó las gafas y se frotó el puente de la nariz. Rob ni siquiera se había dado cuenta de que el hombre llevaba gafas hasta aquel momento.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó Rob, mirando a su alrededor. La agente especial Vasquez apareció con una taza humeante en la mano—. ¿Lorraine? ¿Qué está pasando?

Los labios de Lorraine formaron una línea fina y pálida.

—Rob, tenemos malas noticias. Stephen Ford ha estado recibiendo cartas de alguien. Creemos que tiene un compinche.

El corazón de Rob se detuvo un instante al recordar las luces que había visto a lo lejos en su viaje de vuelta desde la prisión.

—¿Quién?

—No lo sabemos, por eso hemos venido.

—¿Habéis avisado a Emma? Tengo que ir a buscarla.

—Espera, Rob. Tenemos que hablar —dijo Lorraine.

Rob estaba ya de camino a la puerta.

—Podemos hablar de camino a su casa.

Para cuando Lorraine abrió la portezuela del acompañante, Rob ya estaba sentado en el coche patrulla, con la mano en el contacto. Esperó a que entrara.

—¿No va a venir tu compañero? —le preguntó mientras giraba la llave en el contacto.

Lorraine sacudió la cabeza.

—Se quedará con tu agente y le hará un resumen de la situación. ¡Qué diablos, Rob! Trata de no estrellarte, ¿vale?

—¿Cómo demonios no lo habéis descubierto antes, Lorraine? ¿No leíais su correo?

—No los mensajes que compartía con su abogado —le explicó Lorraine con paciencia—. Creemos que es así como Ford ha estado recibiendo las cartas. Uno de los guardias encontró una nota en un libro de la biblioteca. Lograron averiguar que pertenecía a Ford.

—¿Y no tienes ni idea de quién es?

—Firma las cartas como «Robin».

Rob tragó saliva al escuchar un nombre tan similar al suyo.

—¿Robin? —preguntó por fin, sintiendo cómo la maquinaria de su cerebro empezaba a girar—. ¿Cómo en «Batman y Robin»?

—Sí —dijo Lorraine hablando entre dientes—. Está jugando con nosotros.

—¿Qué dicen las cartas?

—En la que hemos leído habla sobre los últimos asesinatos con bastante detalle como para hacernos creer que esta persona podría... Podría haber estado allí también.

—Joder. Llama a Emma —le dijo, desbloqueando su teléfono y entregándoselo a la agente del FBI.

—Estoy segura de que no hay nada que...

—Llámala ahora, Lorraine —gritó. Cogió aire profundamente y luego lo expulsó—. Lo

siento. Por favor, llámala. Dile que cierre la puerta y que estamos de camino.

Lorraine le miró y asintió. Rob escuchó el teléfono sonar. Cada uno de los tonos parecía más largo que el anterior.

«Cógelo, Emma. Cógelo».

—No lo coge —dijo Lorraine, de forma innecesaria.

—Dios. Quizá le he conducido directamente hasta Emma.

—Seguiré intentándolo —dijo Lorraine.

Rob encendió la sirena y hundió el pie en el acelerador, sin importarle que ya superaran el límite de velocidad en veinte millas por hora.

Detuvo el coche junto al bloque de apartamentos de Emma y sin dedicar ni dos segundos a aparcar en condiciones, salió de un salto y corrió a toda prisa hacia la puerta.

La entrada estaba cerrada. Con el corazón palpitando con fuerza en su pecho, presionó el botón del telefonillo de la primera planta.

«Por favor, que esté bien. Por favor, Emma».

Cuando no obtuvo respuesta, golpeó los botones de los otros cinco apartamentos.

—¡Oficina del sheriff, abra la puerta! —El aliento pareció agriársele en la boca—. ¿Dónde demonios está todo el mundo? La vecina que vive encima de Emma tiene setenta y cinco años. Siempre está en casa.

—Déjame que...

Pero Rob ya no escuchaba. Su corazón le decía que Emma podía necesitarle y no estaba dispuesto a esperar ni un segundo más.

—Apártate, Lorraine —le dijo. Levantó el pie y golpeó la puerta con la bota. La madera crujió, pero la cerradura aguantó.

«Otra vez».

Rob tomó una profunda bocanada y apuntó al mismo sitio. Lo intentó una y otra vez. La cerradura estaba debilitada y cedió a la cuarta patada. La puerta se abrió de golpe y chocó con la pared que había detrás.

Rob subió los escalones que conducían a la primera planta de cuatro en cuatro. Tocó a la puerta del apartamento de Emma con el puño. Sabía que se estaba comportando como un chiflado, pero no le importaba lo más mínimo.

—¡Abre, Emma! ¡Soy Rob!

«¿Dónde diablos está?».

Dio un paso atrás, dispuesto a darle a aquella puerta el mismo tratamiento que ya le había administrado a la del piso de abajo. Instantes antes de que propinara el primer golpe, escuchó unos pasos suaves al otro lado, seguidos por el sonido de un cerrojo descorriéndose.

La puerta se abrió despacio y el lado izquierdo del rostro de Emma apareció por el resquicio. Las rodillas de Rob flaqueaban de alivio; tanto, que tuvo que apoyarse en la pared para recuperar el equilibrio.

—¿Qué...? ¿Qué está pasando, Rob?

—Emma, ¿podemos entrar? —preguntó, intentando que no le temblara la voz. No quería asustarla, aunque no iba a aceptar un “no” por respuesta.

De pronto, se produjo una conmoción abajo, en las escaleras. Una señora mayor empezó a gritar enfadada. Emma se asomó un poco más.

—¿Qué ocurre?

—Una de tus vecinas, probablemente acaba de descubrir lo que Rob le ha hecho a vuestra puerta de entrada —dijo Lorraine, hablando por primera vez—. Deberías llamar a un cerrajero,

hombretón.

Cuando se percató de la presencia de Lorraine, los ojos azules de Emma se agrandaron.

—Agente especial Vasquez...

—Lorraine. Déjanos entrar, Emma. Te lo explicaremos todo cuando estemos dentro.

Emma abrió la puerta y se echó a un lado para permitirles el paso. Rob casi se atraganta al ver su atuendo. La mujer terminó de ceñirse el albornoz de color verde intenso. Sus piernas estaban desnudas y había pisadas húmedas en el suelo de madera del salón.

«Estaba en la ducha. Por eso no había contestado».

Rob trató de no pensar en lo que había —o no había— bajo aquel albornoz.

—Gracias por dejarnos entrar, Emma. Siento haber irrumpido de esta manera, pero no cogías el teléfono.

Emma miró distraída a su alrededor y luego señaló la encimera de la cocina, donde estaban las llaves y el teléfono.

—Estaba en el baño, no quería... No importa. ¿Puedes explicarme qué está pasando? Lorraine no ha venido hasta Sharp's Cove un jueves por la noche solo para saludar.

—Es verdad —confirmó Lorraine—. ¿Me permites?

Señaló el sofá. Su técnica para recuperar el control de la situación era perfecta.

—Por supuesto —dijo Emma de forma automática—. Dame un segundo para cambiarme.

Dos minutos después Emma regresó a la habitación, ahora vestida con unos leggins negros y una sudadera de un vistoso azul. Se sentó en el sillón frente a la agente.

Rob prefirió quedarse de pie, de cara a la puerta. Escribió un mensaje rápido para Susan. Con suerte, podría localizar a un cerrajero que arreglara pronto la puerta. En realidad, no se arrepentía en absoluto de lo que había hecho.

—Hemos descubierto que Ford tiene un compinche —dijo Lorraine sin más.

«No es el tipo de persona que edulcora las cosas».

—¿En la prisión? —preguntó Emma, asustada. Era una mujer inteligente. Sabía que Lorraine no estaría allí si pudieran haberlo discutido en una llamada telefónica.

—No, esta persona está fuera. Pero se han estado comunicando y tenemos razones fundadas para creer que ahora él puede saber de tu existencia.

—¿Crees que estoy en peligro?

—No lo sabemos, pero Ford tiene una clara personalidad obsesiva. No podemos correr el riesgo.

—Desde luego, no podemos —dijo Rob mientras se cruzaba de brazos.

Emma se puso en pie y comenzó a pasearse por el salón. Parecía estar a punto de perder los papeles.

—¿Y qué queréis que haga?

Rob dio un paso en su dirección. Quería abrazarla para darle confianza y decirle que no permitiría que le ocurriera nada malo. Que no le pasaría nada mientras él viviera y respirara. Pero esperó a que Lorraine hablara para ofrecerle las opciones que habían estado discutiendo de camino.

—Creo que debes volver a la ciudad conmigo y mi compañero. Allí tendrás un guardaespaldas, al menos durante las próximas semanas.

—¡Semanas! —chilló Emma—. No. Esta es mi casa y quiero quedarme aquí. No puedes obligarme a ir a ninguna parte.

Lorraine miró a Rob, sopesando sus siguientes palabras con cautela.

—Tienes razón, Emma. No podemos obligarte a ir a ninguna parte. Pero queremos que estés

a salvo. Tenemos razones para creer que este hombre ha podido ayudar a Ford en sus dos últimos asesinatos. Podría saber quién eres y dónde vives.

—No quiero irme de Sharp's Cove —dijo Emma con los ojos llenos de lágrimas. Se las limpió con rabia—. No estoy llorando, solo estoy frustrada —siseó.

—Es lógico estar enfadada —dijo Lorraine—. En la ciudad, con nosotros, estarás a salvo.

—Pero la ciudad está llena de gente —dijo Emma.

—También lo está Sharp's Cove. Es verano. Hay turistas y extraños por todas partes. Estarás más segura con nosotros.

Emma se acercó a la ventana. Rob estaba a punto de pedirle que se apartara, pero no quería asustarla aún más. Se aproximó a ella y echó un vistazo desde atrás en dirección a la calle desierta.

Por fin, tras lo que parecía una eternidad, Emma habló. Su voz era suave, pero estaba cargada de determinación.

—No voy a irme de Sharp's Cove. Ford no va a conseguir nada más de mí. Podéis protegerme aquí, ¿no? —preguntó mientras lanzaba a Rob una mirada implorante.

Rob tragó saliva con fuerza.

Lorraine se aclaró la garganta.

—No puedo obligarte a que nos acompañes, Emma. Ni siquiera sabemos si de verdad estás en peligro. Por supuesto, si el agente Hope está de acuerdo, puedes quedarte con él.

La agente miró a Rob. Él asintió, completamente consciente de la responsabilidad que adquiriría con aquel gesto.

—Me quedaré con Emma. Te llamaremos si sucede algo.

—Entonces espero no saber nada de vosotros en un tiempo —dijo Lorraine—. Si me disculpáis, voy a pedir al agente Ramsay que me recoja y nos pondremos de camino. ¿Te importa acompañarme a la puerta, Rob?

En cuanto se alejaron lo suficiente de Emma, la voz de Lorraine dejó de ser suave.

—No creo que seas consciente del peligro en el que se encuentra, Rob.

—No la perderé de vista.

—En algún momento tienes que dormir —dijo la agente del FBI, con sensatez.

—Deja que sea yo el que se preocupe por eso. Tú céntrate en conseguir más información sobre ese hombre. Haz lo que tengas que hacer para descubrir quién es. Emma y Natalie no estarán a salvo hasta que lo sepamos.

—¿Cuándo vuelve Natalie?

—Dentro de diez días.

Lorraine asintió.

—Ten cuidado, Rob... y llámame si algo te da mala espina. Lo que sea.



Emma

Emma miró a Rob mientras este daba vueltas por el apartamento. Aunque nunca había pensado que su piso fuera pequeño, la figura de Rob parecía ocupar todo el espacio disponible. De vez en cuando, el policía chasqueaba la lengua. Ahora veía el apartamento como lo habría hecho él: cada una de las cosas que le gustaban, como la ventana grande del mirador del salón, podía ser un peligro potencial.

Por fin, Rob suspiró.

—¿Qué ocurre? —preguntó Emma—. Puedes decírmelo.

—No puedo mantenerte a salvo aquí —dijo en voz baja—. Tendrás que venir a vivir conmigo. Allí estarás segura, te lo prometo.

Emma asintió. Ya se había esperado algo así y era preferible a la alternativa.

Le costó un siglo preparar el equipaje. No sabía qué cosas coger y cuáles dejar detrás. Ignoró la enorme maleta que tenía bajo la cama. No estaba planeando un largo tour por Europa. Por algún motivo, la mochila que utilizaba cuando hacía senderismo le parecía más apropiada. Era algo que podía llevar ella misma con facilidad.

—¿Para cuánto tiempo debo prepararme?

—Limítate a coger lo necesario para los próximos días —dijo Rob. Parecía sorprendido, como si hubiera esperado más oposición por su parte.

«¿Qué clase de loca cree que soy?».

Mientras Rob daba vueltas por el apartamento, comenzó a colocar cosas sobre la cama. Primero dispuso la ropa interior y los calcetines. Dudó frente al cajón de la ropa interior. Las prendas viejas y cómodas resultaban las más apropiadas para alguien que estuviera huyendo. Las de colores intensos y sexy parecían más necesarias para cumplir el tercer objetivo de su lista: tener de nuevo una relación sexual.

Cogió prendas de ambos tipos y luego se acercó al armario, donde rápidamente se hizo con varios pares de pantalones cortos y camisetas y con un vestido de verano. Ver el conjunto de colores sobre la cama la hizo sentirse un poco más valiente. En un arrebato, decidió añadir su paleta para acuarelas Schminke y su cuaderno de dibujo.

—¿Podré volver si necesito algo?

—Si hay algo que de verdad necesitas, vendré yo a cogerlo, o podemos comprarlo.

Rob esperó pacientemente a su lado sin dejar de recorrer el cuarto con la mirada.

—Crees que este hombre va detrás de mí, ¿no?

Rob empezó a sacudir la cabeza, pero terminó asintiendo.

—No necesariamente. Pero no podemos correr ese riesgo, Emma.

Menos de diez minutos después, se encontraban en el coche patrulla. En un par de ocasiones, Emma estuvo a punto de iniciar una conversación casual, pero Rob parecía sumido en sus pensamientos y prefirió no decir nada. Sin embargo, al final le vio tomar el giro en dirección al muelle y pensó que todavía no había terminado su jornada.

—¿Dónde vamos? Puedo esperar en el coche si aún tienes que trabajar.

Rob soltó una corta risotada divertida y sus ojos se llenaron de arrugas.

—No, es que vivo aquí.

Aparcó el coche y la ayudó a salir para llevarla hacia su bote, que era pequeño y compacto. Emma no sabía gran cosa sobre barcos, pero fue capaz de interpretar el evidente orgullo en la cara de Rob mientras lo miraba.

—Hermoso, ¿verdad? Es mío. Lo arreglé yo, me llevó un año entero. Ahora estoy ahorrando para comprar uno de vela, pero no sé si seré capaz de dejar marchar a Fley, cuando llegue el momento.

Emma repitió despacio aquel nombre tan extraño.

—Fley. ¿Qué significa?

—Es un tipo de embarcación vikinga. —Se encogió de hombros, un poco avergonzado—. Era el nombre que tenía y... no me pareció bien cambiarlo.

—Es un buen nombre —dijo ella. El peso de la mochila cada vez le cargaba más los hombros—. Supongo que deberíamos entrar.

—Por favor —dijo él. La sonrisa murió en sus labios y echó un vistazo a su alrededor como si acabara de recordar el riesgo que corrían.

Emma subió a bordo y descendió un pequeño tramo de escaleras hasta una sala de estar con la cocina integrada. Todo estaba limpio como una patena. Trató de no arrugar la nariz al ver los distintos tonos de azul oscuro, gris y blanco; no había ningún otro color.

—Este es el salón y la cocina —dijo Rob. Señaló dos puertas que se abrían a otras zonas—. Ahí está el baño. Y ahí, mi cuarto.

Su dormitorio tenía una cama doble y poco más. La colcha era suave, de color azul marino y la cama había sido hecha con precisión militar. Por un instante, Emma fantaseó con la idea de tumbarse sobre ella.

Después se quitó la idea de la cabeza.

«Es su cama. No va a ofrecerte compartirla con él».

Rob la miró y de pronto pareció mucho menos confiado.

—Es pequeño —le dijo—. Pero tiene un buen sistema de seguridad. Lo instalé yo mismo. Si alguien pone un pie en el pontón, lo sabremos en un segundo.

«Quiere que le dé mi opinión».

—Es bonito —le dijo. Mientras hablaba, sintió que el suelo se movía bajo ellos. Fue un movimiento casi imperceptible, pero estuvo a punto de entrar en pánico.

«Estás en el muelle. Es como si ni siquiera estuvieras en el agua. Relájate».

—Y este es tu cuarto —le dijo Rob, abriendo la última puerta. Emma vio una pulcra cama individual en un rincón. Tenía un edredón blanco sin una sola arruga. El resto de la habitación estaba ocupada por un escritorio pequeño y una silla. Era obvio que Rob la utilizaba como oficina.

—¿Está bien? No es tan espaciosa como tu habitación, lo sé —se disculpó.

—Es perfecta. Es solo que no quiero molestar.

—No molestas. No creo que entiendas... lo importante que es para mí que estés segura.

—Lo entiendo —le dijo—. Es tu trabajo.

Asintió, pero sus ojos centellearon.

—Sí, es mi trabajo. Lo haría por cualquier otro en la ciudad. Pero creo que es justo que te advierta de que... para mí, tú no eres «cualquiera».

Normalmente, Emma se habría tomado a broma el comentario. Estaba acostumbrada a que los hombres se interesaran por ella. No era una belleza en el sentido convencional, pero sabía que a muchos hombres les resultaba atractiva. Sin embargo, a los veinticinco años había dejado de tener interés en los líos de una noche. Por supuesto, desde lo de Ford, los hombres también habían perdido el interés en ella. Últimamente, los habitantes de Sharp's Cove la miraban con lástima en vez de con deseo. Emma lo odiaba.

Alzó la mirada, buscando esa lástima en la expresión de Rob, pero no la encontró. En

cambio, vio deseo y algo más. Rob parecía... genuinamente interesado en ella. Nunca le había dado una oportunidad porque le parecía demasiado serio, demasiado vulnerable. Pero podía ser la respuesta a todos sus problemas, el final de su periodo de sequía.

Dudó. No quería hacerle daño. Si pudiera acostarse con él, pero sin darle falsas esperanzas, ambos estarían contentos.

Rob dio un paso atrás.

—Vale, de acuerdo. ¿Por qué no sacas tus cosas y te pones cómoda? ¿Has comido ya? Tiene que haber algo que pueda cocinar.

Rob parecía incómodo con su presencia allí. Emma sacudió la cabeza con rapidez.

—He cenado pronto. Creo que desharé el equipaje y me iré a la cama, si no te importa.

Rob asintió.

—Por supuesto. Buenas noches, Emma.



Rob

Rob sacudió la cabeza. Sacó una cazuela para cocinar la pasta.

«¿Podría haber sido un poco más idiota? Ahora Emma debe de pensar que eres incapaz de hacer la cena».

No es que Rob fuera un gran cocinero, pero tenía más de veinte años de experiencia alimentándose a sí mismo, por lo que no había ningún motivo para pensar que preparar la cena para ambos fuera a costar mucho trabajo.

Comió con rapidez y limpió la pequeña cocina. Le gustaba tener las cosas ordenadas. Echó un vistazo anhelante a la puerta que conducía a la habitación de su invitada. ¿De verdad Emma ya estaba dormida?

Llamó por teléfono a Susan, tratando de no hablar muy alto.

—¿Susan? Siento llamarte tan tarde —le dijo.

—Hola, Rob. Acabo de llegar a casa. La puerta está arreglada pero el cerrajero nos va a cobrar un pastón por la reparación. Lo hizo fuera de su horario de trabajo y además, la vecina nos estuvo gritando todo el tiempo. El agente especial Ramsay me dijo que te harías cargo de la factura, ¿verdad?

Rob casi pudo oír cómo la sonrisa se dibujaba en el rostro de la agente.

—Supongo que es lo menos que puedo hacer —replicó. Sus músculos se estremecieron cuando recordó el pánico que había sentido en aquellos momentos.

—Me alegro de que Emma esté bien. Está contigo, ¿no?

—Sí, se va a quedar conmigo al menos durante los próximos días. —Rob bajó aún más la voz. No quería que Emma escuchara esa parte de la conversación—. Ese tal Robin... Necesitamos llegar al fondo de este asunto, Susan. Hay demasiados turistas en verano en Sharp's Cove. No podemos empezar a sospechar de cada forastero que aparezca por aquí.

—James... Quiero decir, el agente especial Ramsay, prometió que llamaría mañana después de visitar al abogado de Ford. Está bastante claro que Ford ha estado abusando de sus privilegios en lo que se refiere a sus comunicaciones legales, pero probarlo no va a resultar tan sencillo.

—Esperemos que consiga sacarle un nombre.

—¿Qué vas a hacer mientras tanto, Rob?

—Emma estará a salvo en el bote. Solo necesito convencerla de que se quede aquí mientras estoy fuera.

Susan emitió una especie de gorgoteo.

—¿Qué te hace pensar que hará lo que le digas?

—Encontraré la forma de convencerla. *Tengo* que mantenerla a salvo, Susan.

—Lo entiendo. Sabes que puedes contar conmigo. —En esta ocasión, la joven agente habló con seriedad, algo poco característico en ella.

—Gracias, Susan. Y gracias por lo de la cerradura. Te veré mañana por la mañana.

—Duerme bien, jefe —dijo Susan.

Rob ignoró el sarcasmo.

«Algo de razón tiene. ¿Cómo diablos voy a conseguir dormir con Emma en la habitación de al lado?».

Se dio una ducha rápida, asegurándose de no usar toda el agua caliente por si Emma quería ducharse después. La había pillado saliendo del baño aquella misma tarde, así que probablemente no se ducharía otra vez hasta la mañana siguiente.

Salió de la ducha con una toalla en la cadera y se encontró con Emma, que estaba de puntillas en la cocina, tratando de alcanzar un vaso del armario. Él la vio antes y se quedó congelado. Emma llevaba un camisón de color turquesa. Aunque casi le llegaba hasta las rodillas, por la forma en la que se ceñía a sus formas por detrás le dejó sin aliento. Se moría por tocarla.

Emma se dio la vuelta y al verle, casi suelta el vaso.

Rob se llevó la mano a la toalla, preocupado por si se había deslizado, pero todavía seguía en torno a su cadera.

—Lo siento —le dijo—. Tendría que haberme llevado la ropa al baño. No estoy acostumbrado a...

—¿Compartir tu espacio? —dijo con suavidad—. No te preocupes, sé a lo que te refieres. Yo también estoy acostumbrada a vivir sola.

—¿Necesitas algo? —preguntó.

Sus grandes ojos seguían fijos en la toalla y sus labios se habían curvado en una pequeña sonrisa. Rob no estaba seguro de si le preocupaba que se cayera o si deseaba que lo hiciera. Por un momento consideró quitársela, pero enseguida ganó el sentido común.

—Dime si necesitas algo, Emma —dijo y acto seguido, se retiró con rapidez.

«Muy sutil, tío, muy sutil».

Ya en su habitación, se puso unos bóxers y una camiseta y se tumbó en la cama. Oyó los pasos ligeros de Emma en dirección a su cuarto. Sintióse como un imbécil lascivo, cogió un libro y releyó cinco veces la misma frase antes de darlo por imposible.

«¿A quién pretendo engañar?».

La idea de Emma durmiendo al lado suyo no le iba a permitir conciliar el sueño. Salió otra vez y volvió a comprobar el sistema de alarma. Todo parecía funcionar correctamente. Emma estaba a salvo. Volvió a su cuarto y cerró la puerta con tanta suavidad como fue capaz. El bote se mecía mansamente, pero Rob tardó mucho tiempo en conciliar el sueño.



Emma

Emma tomó asiento junto a la pequeña mesa de la cocina. Dio sorbos al café con leche, mientras pensaba en la extraña escena doméstica que ella y Rob habían compartido aquella mañana y en las promesas que ambos se habían hecho. Rob le había asegurado que volvería al mediodía para ver cómo estaba y para comer; ella le había prometido no moverse del bote.

Rob le había enseñado cómo conectar y desconectar la alarma y cómo comprobar las cámaras. Todavía podía sentir en el dorso de la mano el punto exacto donde la había tocado.

Había estado a punto de saltar sobre Rob y él ni siquiera se había dado cuenta. La noche anterior, cuando había salido de la ducha con esa toalla alrededor de las caderas, Emma no tuvo duda alguna. Él la deseaba.

Había esperado tumbada en la pequeña cama, imaginándose lo que haría si Rob llamara a la puerta. Pero eso no había ocurrido.

Y esa mañana, cuando Rob salió del diminuto baño con el uniforme ya puesto, su actitud era otra vez amigable y cordial. Como si las chispas de la noche anterior no hubieran existido, a excepción de aquel breve momento en el que había tocado su mano y de nuevo había saltado algo entre ellos.

Emma se había dado una ducha rápida, tratando de no pensar en lo íntimo que era utilizar el jabón de Rob y sabiendo que iba a oler como él durante todo el día. Luego se había puesto un par de cómodos shorts y una camiseta naranja chillón.

Bajó la vista a la taza de café que tenía en las manos y le dio un sorbo.

Sonrió. Como profesora, se había acostumbrado a beber café tibio durante el curso escolar, hasta el punto de que, durante el verano, casi lo echaba de menos.

«¿Qué hago ahora?».

Había prometido quedarse allí hasta que Rob volviera y quería hacer honor a su palabra.

Con una mano temblorosa, cogió sus útiles de pintura y subió a cubierta. Era una mañana agradable. El sol brillaba sobre el agua y los barcos y todo resplandecía. Su corazón golpeó con fuerza su pecho mientras se sentaba y extendía todo el material. Ahora era cuando recuperaba la inspiración, cuando le demostraba a Ford...

«No», se corrigió. «Que le jodan a Ford».

...cuando se demostraba a sí misma que era capaz de recuperar su vida.

Empezó con la primera capa, usando un pincel grueso y un poco de azul cobalto, tratando de crear algo de textura para el mar y el cielo. Cuando el papel se secó, planificó el resto de la pintura por encima. Algunos árboles al fondo, como los que había visto a lo lejos y, flotando en el centro de la hoja, un velero. Se sentía inspirada y comenzó a pintar el barco de vela, una mancha de madera oscura y brillante surgiendo del océano. Luego dibujó a las personas con una única pincelada. No quería que se vieran sus caras, le bastaba saber que estaban disfrutando de un cálido día de verano en el mar.

Cuando apartó de nuevo la vista de la pintura, habían transcurrido dos horas. Resistió a la tentación de añadir más forma y estructura al velero. Sabía lo fácil que resultaba excederse con los detalles en una pintura y que acabara perdiendo su espíritu. Se estiró para relajar un nudo de su espalda.

«He recuperado mi mojo».

Estaba tan excitada con su trabajo, que estuvo a punto de no oír el zumbido del teléfono. Lo cogió al sexto o séptimo tono, tras dudar al ver un número desconocido.

—¿Hola?

—Hola, ¿hablo con la señorita Farley?

Emma asintió estúpidamente antes de recordar que necesitaba utilizar la voz.

—Sí. ¿Con quién estoy hablando? —Sonaba como un hombre mayor. No lo reconoció.

—Soy del equipo de mantenimiento de la escuela primaria de Sunburn. Estaba haciendo unos arreglos en la puerta principal y ha venido un niño por aquí preguntando por usted.

—¿Un niño? ¿Cómo se llama?

—Dice que su nombre es Jonas. Tiene pinta de estar solo, dice que es importante que hable contigo.

—¿Está solo? —Jonas era uno de sus estudiantes de primaria y vivía en el otro extremo de la ciudad; no tendría que estar por la escuela en verano y menos aún, estar solo—. ¿Se encuentra bien?

—Eso creo, señora, pero insiste en que es importante. Por eso busqué su teléfono en el listín. Puedo estar con él un rato, pero necesito terminar el trabajo. Aún tengo que cambiar unas luces en el gimnasio antes de la hora de comer.

Emma ya se había puesto en marcha.

—Gracias por llamarme. Iré enseguida.

Corrió de vuelta al interior del barco a buscar sus sandalias y su bolso. Se detuvo a observar la *tablet* sobre la encimera. ¿Qué le había dicho Rob sobre desconectar la alarma del pontón? Pulsó el código y lo vio cambiar a verde.

«Allá vamos».

Pensó en dejarle a Rob una nota y luego se dio cuenta de que solo eran las once de la mañana. Estaría de vuelta mucho antes de que él volviera.

Emma salió a toda prisa, preocupada por Jonas. Era un niño pequeño para su edad, pero amable, inteligente y popular entre sus compañeros de clase. Emma no sabía que tuviera problemas en casa. La última vez que había visto a su madre, estaba embarazada de otro bebé. Quizá había pasado algo.

Solo al llegar al parking, Emma se dio cuenta de que su coche aún seguía aparcado frente a su apartamento.

«Mierda».

Iba a tener que llamar a un taxi.

—Oye, Emma —dijo una voz—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Emma alzó la vista y vio a Jessy, una bióloga marina que había llegado a la ciudad hacía un montón de meses para estudiar los hábitos de los tiburones. Jessy y Emma habían salido de fiesta con el mismo grupo en bastantes ocasiones, pero no tenían la suficiente confianza como para compartir confidencias.

«Tampoco es que haya mucho que decir sobre mi noche con Rob».

—Hola, Jessy —respondió Emma—. Siento no poder quedarme a charlar. Necesito ir a la escuela.

—¿Va todo bien?

—No lo sé —respondió Emma, ausente—. Eso espero.

Agitó el teléfono como una loca, preguntándose por qué no recibía señal.

Jessy no hizo más preguntas.

—Puedo llevarte —le dijo—. Tengo las llaves del coche aquí mismo. Espera a que meta esto en el maletero —dijo mientras arrastraba una bolsa enorme. Emma no estaba segura de querer saber lo que contenía. Jessy estaba obsesionada con los tiburones.

Emma entró en el vehículo y se puso el cinturón. Se imaginaba y no tardó en comprobar que tenía razón, que Jessy conduciría rápido.

—¿Qué ocurre? No ando muy pendiente del calendario, pero ¿no estamos a mitad de verano?

—Um, sí, es que... recibí una llamada. Creo que uno de mis estudiantes me está buscando.

—¿En la escuela? —Jessy frunció el ceño—. Bueno, llegaremos en unos minutos. Está en la próxima calle, ¿verdad?

Emma recordó que Jessy no había crecido en Sharp's Cove.

—Sí, coge la primera a la derecha y luego gira a la izquierda al final de la calle.

Por fin vieron el edificio de la escuela. Al principio, a Emma le sorprendió que no hubiera nadie en la puerta principal. Entonces recordó lo que el empleado de mantenimiento le había dicho por teléfono: que tenía que hacer algo en el gimnasio. Emma le dio las gracias a Jessy y salió del coche.

—Oye —dijo Jessy—. ¿Estás segura de que la escuela está abierta? Parece desierta.

—Probablemente están en el gimnasio. Gracias por traerme, Jessy.

—Espera, ¿cómo piensas volver?

—Mi apartamento está a pocos minutos andando de aquí y he traído las llaves del coche. Hablamos luego, gracias otra vez —dijo Emma, deseosa de entrar en la escuela.

—Vale, ¡te veré más tarde! —dijo la mujer, agitando la mano. Emma vio cómo el estilizado Audi deportivo de Jessy abandonaba el parking. Se acercó a la cerradura electrónica. Era miembro del claustro, así que conocía el código de ocho dígitos. Sin embargo, antes de que pudiera introducirlo, se dio cuenta de que la cerradura estaba desconectada. La puerta estaba abierta, sacudida por el viento.

Sintió una punzada de miedo y se estremeció. Estaba dejándose llevar por la paranoia. El trabajador de mantenimiento le había dicho que estaba arreglando algo en la puerta cuando había llegado Jonas. Probablemente no le había dado tiempo a terminar.

Atravesó el patio a paso rápido, ignorando la entrada principal y dirigiéndose a la puerta lateral, que conducía hacia el gimnasio. La escuela no era grande, pero para ella era el lugar más feliz de Sharp's Cove, o al menos lo era cuando había docenas de niños correteando por allí. Ahora el patio parecía triste y solitario.

La puerta lateral estaba abierta de par en par. La luz se derramaba por el pasillo desierto.

—¿Hola? ¿Jonas? —dijo alzando la voz. No recibió respuesta.

Emma entró y comenzó a andar hacia el gimnasio. Al principio solo oyó sus propios pasos, que sonaban bastante poco, porque llevaba sandalias con suela de goma. De pronto, escuchó otro sonido, camuflado por el ruido de sus pisadas. Cuando se detuvo, el otro sonido paró también. Pensó que se lo estaba imaginando e intentó convencerse para seguir adelante, pero se le erizó el vello de los brazos. Súbitamente, cayó en la cuenta: estaba actuando como un personaje de una película de terror conocida. No como la protagonista que acababa descubriendo al asesino, sino como la rubia que moría en los primeros noventa segundos del metraje.

Hurgó en su bolsa buscando el teléfono. Era momento de llamar a Rob y...

El ruido se reanudó y esta vez Emma supo que no se lo estaba imaginando. Apretó el bolso con más fuerza contra su hombro —porque, maldita sea, su teléfono estaba dentro y necesitaba encontrarlo— y se giró. Corrió tan rápido como le permitían sus piernas hacia la salida, que ahora parecía a millas de distancia.

Escuchó sus propios pasos —que ya no eran suaves— y los de alguien tras ella. Pero estaba cerca de la puerta, tan cerca que estaba segura de que conseguiría llegar. De pronto sonó un «pop» y sintió un dolor agudo en el brazo derecho. Fue un sonido apagado que no se parecía en

nada al que esperaba que hiciera un disparo, pero la evidencia era incontestable.

«Alguien me está disparando».

Su brazo ardía, aunque el dolor no era incapacitante.

«Quizá estoy en shock».

«Puedes entrar en shock después».

«Ahora, corre».

Corrió. No iba a dejar que todo acabase aquí. Quizá había tenido un año difícil, pero había empezado a pintar otra vez. Había estado cerca —no tanto como le gustaría, pero cerca en todo caso— de tener sexo con Rob y, maldita sea, iba a hacer todo lo posible para tener otra oportunidad.

Justo cuando estaba llegando a la puerta, tropezó con algo. Logró evitar la caída, pero terminó golpeándose el hombro contra la puerta y haciéndose daño en el brazo herido. El súbito estallido de dolor la dejó sin aliento.

«Ignóralo. ¡Corre!».

Corrió hacia la luz del sol justo cuando sonó otro «pop», aunque esta vez no sintió nada. No pudo evitar mirar hacia atrás. En el pasillo, una figura entre sombras sostenía algo en la mano.

El camino empedrado que conducía a la puerta principal parecía estar a millas de distancia.

«Jamás podré llegar».

«Claro que vas a llegar».

Emma corrió mientras aferraba el bolso. Tenía que llamar a Rob, pero no podía pararse a buscar el teléfono. Se prometió a sí misma que, si salía de esta, empezaría a llevar el móvil en un bolsillo, un lugar fácil de alcanzar.

Sin aliento y mareada por el dolor y el miedo, siguió corriendo.

—¡Emma! —dijo una voz femenina. Emma alzó la vista y vio a Jessy. La bióloga marina estaba en la puerta, con cara de preocupación.

—Jessy, márchate de aquí. ¡Tiene una pistola!

Jessy miraba más allá de Emma mientras caminaba hacia ella.

—No hay nadie, Emma. No pasa nada. Estás bien.

El miedo y el alivio cuando llegó hasta Jessy la hicieron estremecerse.

—Mierda, ¿eso es sangre? ¿Qué ha pasado?

—Había alguien ahí. Me ha disparado. ¿Le viste?

—No vi a nadie. Solo a ti, corriendo.

—¿Qué hacías todavía aquí?

—No me parecía bien dejarte sola y decidí esperarte.

Emma miró hacia atrás.

—Llama a Rob... Necesitamos encontrar a Jonas.

Notó los brazos de Jessy abrazándola y luego no sintió nada más.



Rob

—¿E n qué demonios estabas pensando, Emma? —gruñó, apoyado en el marco de la puerta. Le habían dicho que estaba bien, pero necesitaba verlo con sus propios ojos. Casi se había desmayado de alivio al verla sentada en la cama de acero inoxidable de la sala de emergencias. Cuando vio sus enormes ojos anegados en lágrimas, se detuvo en seco. No quería causarle ningún dolor.

—Lo siento —dijo con rapidez—.

Emma sacudió la cabeza con violencia. El broche que mantenía en su sitio sus rizos osciló precariamente sobre su cabeza.

—No estoy enfadada contigo, Rob. Simplemente, me he dado cuenta de lo estúpido que fue lo que hice. Si Jessy no hubiera estado allí... Pero solo podía pensar en Jonas. Me preocupé al escuchar que había aparecido por la escuela. Y eso era exactamente lo que quería el cabrón que me disparó. Me generó tal ansiedad que dejé de pensar con claridad y caí por completo en su trampa. —Sus manos formaron puños sobre su regazo.

La boca de Rob se abrió con sorpresa cuando oyó el análisis que Emma hacía de la situación. Había poco más que él pudiera decir.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó, girándose para incluir a la doctora Leroy en la conversación, que acababa de entrar por la puerta y le miraba con recelo.

—Mi paciente necesita descansar, agente Hope, no que le hagan más preguntas. ¿No deberías estar ahí fuera tratando de buscar al responsable de esto?

La expresión de Rob se ensombreció. Ya había visitado la escuela y no había ni rastro de la persona que había atacado a Emma o del supuesto trabajador de mantenimiento.

—No pasa nada, Barbara. No está aquí para interrogarme. Estoy viviendo con él hasta que todo esto acabe.

—Entiendo. —Los ojos cansados de la doctora se suavizaron—. Aún no puede marcharse a casa. Primero quiero que descanse un poco, así que no te quedes demasiado. Emma, volveré en un rato.

Rob cruzo la habitación y se acercó a ella. Quería tomarla entre sus brazos y consolarla, pero le daba miedo hacerle daño. Emma abrió los brazos y le hizo señas para que se acercara y, sin más, él salvó la distancia que los separaba y la abrazó.

—Dios, Emma, he pasado tanto miedo. Te dejé sola y...

—No vamos a hacer eso, Rob —dijo ella sacudiendo la cabeza.

—¿A qué te refieres?

—No vamos a cuestionar todo lo que hicimos desde que nos levantamos por la mañana.

—Me alegro mucho de que estés bien. —Seguía abrazándola. Tuvo cuidado de no apretar demasiado, pero era incapaz de romper el abrazo.

—Estoy bien —dijo ella para tranquilizarle. Rob sintió vergüenza. Era él quien debía hacer que ella se sintiera mejor, no al revés. Pero cuando había recibido la llamada de Jessy, su corazón había estado a punto de estallar.

—No pude verle bien —susurró—. Empezó a disparar y simplemente... corrí.

«Dios, voy a matar a ese cabrón».

—Hiciste lo correcto, Emma.

Al final, fue el teléfono de Rob lo que los separó. Lo cogió al tercer toque y farfulló su nombre a través del auricular, mientras se alejaba de Emma. No quería que escuchara aquella

conversación.

—¿Lorraine? Sí. Te he dejado un mensaje. Alguien atrajo a Emma hasta la escuela y la atacó. La disparó en el brazo, pero solo le hizo un rasguño. Gracias a Dios, se encuentra bien. —Cerró los ojos mientras pensaba en el brazo vendado de Emma.

«Podía haber sido mucho peor».

—James y yo estamos en Alabama, Rob. Estamos trabajando en otro caso distinto. No podremos volver a Sharp's Cove hasta mañana a última hora de la tarde, como muy pronto. —Hizo una pausa—. Puedo buscar a alguien más que se quede con vosotros hasta entonces.

Rob consideró la idea. Pero alguien que no supiera nada sobre Ford o sobre el caso no les sería de ninguna utilidad.

—No te preocupes, os esperaremos. No perderé a Emma de vista hasta entonces —prometió.

—De acuerdo. Debe de saber que vas a por él. Eso tendría que volverlo más cauteloso.

—¿Conseguisteis algo de Ford o de su abogado, Lorraine? ¿Tenéis idea de quién puede ser ese hombre? Aquí vienen un montón de turistas durante el verano y Emma no pudo verle bien. Solo le dio la impresión de que se trataba de alguien de altura media y vestido de negro.

—Era un callejón sin salida. El abogado no sabía nada del asunto. Creemos que alguien ha estado interceptando el correo legal, después de que el abogado lo enviara. Ahora lo estamos monitorizando, pero Ford es inteligente. Podría no volver a emplear el mismo método.

Rob soltó un suspiro de frustración.

—Estaremos allí tan pronto como podamos, Rob. Te informaré de los detalles del vuelo.

—Gracias, Lorraine.

Rob colgó el teléfono y consideró sus opciones. Su prioridad era mantener a Emma a salvo, pero tenía que volver a la escena del crimen. Necesitaba descubrir más cosas sobre aquel hombre.

Cogió de nuevo el teléfono.

—Susan, ¿dónde estás?

—Acabo de llegar al hospital, jefe. Estaré en urgencias en un minuto.

—Muy bien. Te espero aquí. —Se acercó a Emma otra vez—. Emma, Susan está de camino. Se quedará contigo hasta que te den el alta.

—Esto es un hospital, Rob. Aquí estoy completamente a salvo. Seguro que Susan tiene...

—Por favor —dijo bajando la voz—. En cuanto te den el alta, volveré a recogerte. Pero hasta entonces, necesito saber que estás a salvo.

Emma dudó, pero terminó asintiendo. Mordió su labio inferior con los dientes y lo que Rob más deseaba en aquel momento era besarla.

—De acuerdo, Rob, lo haremos a tu manera. Vas a volver allí, ¿verdad?

—Tendré cuidado, lo prometo —le dijo—. No iré solo.

Susan asomó la cabeza en ese momento.

—Emma, ¿cómo te encuentras? Me alegra oír que estás bien.

—Envíame un mensaje en cuanto sepas la hora a la que Emma va a recibir el alta, Susan. Volveré a recogeros a ambas.

—Suenas bien, jefe —dijo Susan con tono despreocupado. En voz más baja, añadió—: no me moveré de aquí.

—Gracias, Susan —dijo Rob. De camino al exterior, se encontró con Jessy. La bióloga marina tenía una Coca-Cola Light en la mano y parecía fresca como una lechuga.

—Gracias, Jessy —empezó—. Te debo... Te debo una muy gorda.

Jessy enarcó sus cejas delgadas y perfiladas. Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios.

—Así que es Emma, ¿eh? He descubierto tu gran secreto, Rob.

Rob iba a negarlo, pero se encogió de hombros.

—Supongo que sí. Vas a tener que contarnos todos los detalles otra vez. Susan está con Emma, si ahora tienes tiempo. También podemos reunirnos más tarde, aquí o en comisaría.

Sacudió la mano en su dirección.

—Discutiré los pormenores con Susan. Tenía pensado pasar un rato con Emma, de todas formas.

Rob se sentía mejor ahora que Emma estaba a salvo, así que caminó de vuelta al coche patrulla. Buscó en la lista de contactos de su teléfono hasta que localizó a Darryl Berner, el jefe del cuerpo de bomberos y uno de los cuatro bomberos profesionales de Sharp's Cove.

El alcalde seguía tratando de recortar el número a dos, alegando limitaciones presupuestarias, pero aún no lo había conseguido. Rob esperaba que los estándares de la IAFF, los cuales requerían dos bomberos por camión y dos por escalera como mínimo, no cambiaran. El departamento del sheriff y el de bomberos colaboraban a menudo cuando un trabajo requería más personas de las que tenían en plantilla, así que la reducción de una u otra les daría problemas.

—Darryl, necesito tu ayuda. —Rob no dijo su nombre. Sabía que su número aparecería en la pantalla.

—¿Dónde? —preguntó Darryl.

—En la escuela.

—Me he enterado de lo que ha ocurrido esta mañana. ¿De verdad fuiste allí tú solo? Menuda estupidez, Rob. Natalie pediría tu cabeza.

Rob asintió antes de darse cuenta de que Darryl no podía verle.

—Lo sé. Es que... hizo daño a Emma y estaba tan furioso que supongo que no me paré a pensarlo. Pero se había largado ya.

—Y quieres echar otro vistazo. Lo entiendo. ¿Emma está bien?

—Sí, solo ha sido un rasguño. Ha tenido suerte. —Rob se estremeció. Oyó ruidos al fondo y luego el sonido de un maletero cerrándose de golpe.

—Me reuniré contigo en la puerta de la escuela, dentro de quince minutos. No entres sin mí, Rob. Lo digo en serio.

—Gracias, Darryl.



—¿Qué dice el manual sobre esto, Darryl?

—¿Sobre entrar a un edificio en el que hay un criminal armado? —Darryl sonrió, revelando unos dientes muy blancos. La piel alrededor de sus cálidos ojos castaños se arrugó. Darryl pasaba mucho tiempo fuera, por eso conservaba el bronceado durante todo el año—. No he tenido tiempo para actualizarlo para esta situación en concreto, pero me pondré a ello cuando tenga un rato libre.

Rob se arrodilló junto a la puerta. La zona en torno a la cerradura estaba raspada. Alguien había empleado algo afilado para forzarla.

Junto a él, Darryl flexionó los grandes músculos de sus brazos. Aunque Rob no era ningún debilucho y siempre cuidaba su condición física, sabía que nunca tendría la fuerza de Darryl.

—¿Así que Jessy también estuvo aquí? —preguntó Darryl en tono casual.

—Sí, fue ella la que trajo a Emma en coche. Se despidieron, pero por algún motivo regresó y esperó a que Emma saliera.

Rob no iba a olvidarlo en la vida. Le debía mucho. Jessy podía llamarle cuando hubiera cumplido noventa años y él iría corriendo tan rápido como le permitieran sus piernas artríticas.

Darryl se rascó el cráneo rapado, meditabundo.

Juntos, ambos hombres reprodujeron los pasos de Emma hasta llegar a la entrada lateral. La parte superior de la puerta estaba rota, destrozada por una bala.

—¿Encontraste los casquillos? —dijo Darryl, arrodillándose junto a la puerta.

—Aún no.

Darryl encogió uno de sus hombros descomunales.

—¿Emma cree que la estaba disparando a ella o solo trataba de asustarla?

—No lo sabe, pero el primer disparo la alcanzó en el brazo. Podría haberla matado con facilidad.

—¿Cómo ha podido este tipo unir fuerzas con Ford, si es que es eso lo que están haciendo? ¿Dónde se conocieron?

—Yo también me lo he preguntado. No sabemos nada sobre él. La hipótesis de Lorraine es que pudo encontrarse con Ford mientras cometía uno de sus asesinatos y... simplemente le gustó lo que vio.

Rob se tragó la repugnancia que sentía.

—Ese cabrón pudo haber matado a Emma y a Jessy.

—Espera. —Rob se arrodilló mirando debajo de una de las mesas, cogió un casquillo de bala y lo guardó en una pequeña bolsa de plástico, teniendo cuidado de no tocarlo con la mano—. Parece un calibre 22. Lo confirmará el laboratorio.

Terminaron la exploración de la escuela en silencio y encontraron otro casquillo dentro de una de las aulas. El atacante, probablemente se había escondido allí a esperar a que Emma apareciera.

—Gracias a Dios que Emma no siguió caminando. De haber estado más cerca, seguro que no habría errado el tiro.

Regresaron despacio por el mismo camino, hasta que llegaron a la puerta principal. Rob tomó nota mental de volver a llamar al cerrajero. Iba a tener que darle muchas explicaciones a Natalie y al alcalde durante la próxima reunión de presupuestos.

—¿Cómo puedo ayudarte? —preguntó Darryl. Rob miró a su amigo, agradecido. Darryl podía ser un hombre de pocas palabras, pero conseguía que cada una importase.

—Voy a ir a buscar a Emma al hospital y pegarme a ella como una lapa, hasta que el FBI venga y atrape a este hijo de puta.

—Qué imagen tan atractiva, tío. Gracias —dijo Darryl, sonriendo. Luego volvió a ponerse serio—. Explicaré al resto del equipo lo que está pasando. Nos coordinaremos con Susan y Alma y echaremos un ojo por la ciudad, por si vemos algo sospechoso. Si nos necesitas, sabes que puedes contar con nosotros.

—Gracias, Darryl, aprecio el gesto. —Rob pensó en el grupo de Darryl. Adrian Walsh, el irlandés cabezota que llevaba la brigada de bomberos voluntarios y Jack y Alex Miller, los dos miembros más recientes, que además eran hermanos—. Por favor, dales las gracias también a los demás.

—¿Necesitas que te acompañe de vuelta al hospital?

—Creo que podré apañármelas —dijo Rob. Solo quería volver a ver a Emma.



Emma

Si un día antes alguien le hubiera dicho que se alegraría de poner el pie en un barco, no se lo habría creído.

Pasó frente al lugar donde había dejado olvidados sus útiles de pintura en la urgencia de encontrarse con Jonas. La pintura del velero todavía seguía allí, pero era casi irreconocible. En algún momento, el viento o quizá una gaviota, había volcado la pequeña taza de agua sobre la hoja antes de que se secara, manchando el dibujo.

Apretó los párpados y esperó a que las ganas de llorar se desvanecieran. No tenía nada que ver con la pintura. Sabía que podía rehacerla sin problemas. Y tampoco tenía que ver solo con su brazo, a pesar de que el dolor era muy real. Lo que le daba rabia era haberse dejado engañar tan fácilmente y estar otra vez en una situación en la que no tenía ningún control.

—Es una hermosa pintura —dijo Rob tras ella.

Emma pegó un brinco. Casi había olvidado de su presencia. Pero estaba allí, por supuesto. Ya no confiaba en ella lo suficiente como para dejarla sola.

«¿Cómo he podido ser tan estúpida?».

Habían llamado a los padres de Jonas y habían averiguado que toda la familia estaba en Florida visitando a los abuelos. Lo que no podía entender era cómo alguien había descubierto el nombre de «Jonas».

Miró a Rob, que había perdido su aire afable. Su mandíbula cuadrada estaba rígida y todo su cuerpo permanecía en tensión. Pero Emma sabía que no iba a pagarlo con ella.

—¿Estás bien? —preguntó Rob con delicadeza.

—Estoy bien —repitió ella, envarada. Dejó que la escoltara hacia la cabina, consciente de que no dejaba de observar los alrededores mientras lo hacía.

En la pequeña sala de estar, Emma se giró.

—Estoy bien. —Esta vez lo dijo más fuerte.

—¿Y si yo no? —dijo él. Sus ojos verdes brillaban. Se acercó y la abrazó con fuerza, todavía con cuidado de no apretar su brazo—. Estaba tan asustado, Emma...

—Estoy bien. Debes de pensar que soy imbécil. No sé por qué hice...

—Oye —le dijo, tomándola de la barbilla y alzando su rostro con delicadeza hasta que sus miradas se encontraron—. Jamás voy a pensar que eres imbécil.

—Pero debería haber sido más lista y haber sabido...

—Nadie podría haber estado preparado para lo que te ha pasado hoy. —Relajó la presión para separarse un poco—. ¿Qué necesitas, Emma? ¿Quieres descansar un rato?

—Lo que estabas haciendo ahora mismo estaba bien —susurró.

—Lo que estaba haciendo... —De pronto se dio cuenta de que se refería al abrazo y la envolvió de nuevo con sus brazos. Emma captó el aroma de su jabón, pero también algo distinto, terroso y fresco, que era genuinamente suyo. Enterró la cara en su camisa, sintiendo sus fuertes músculos y los latidos de su corazón.

—Vamos —la tranquilizó. Tenía la palma de la mano sobre su espalda—. Todo va a ir bien. No voy a dejar que te ocurra nada.

Emma le rodeó con su brazo bueno y le apretó con fuerza, deseando que el momento durara para siempre. Por fin, rompió el abrazo y retrocedió, pero él mantuvo la mano en su espalda. A Emma le gustó el gesto.

—Debería preparar algo de comida —dijo Rob.

—¿Comida? —Emma arrugó el ceño. Había perdido por completo la noción del tiempo.

—Es bien entrada la tarde. Estoy seguro de que no has comido mucho en el hospital. Podemos cenar pronto.

Emma estaba pensando en una réplica ingeniosa, algo sobre... que no estaba hambrienta precisamente de comida, cuando su estómago comenzó a rugir ruidosamente. Rob sonrió.

—Decidido, entonces. ¿Qué te apetece?

—Nachos —dijo ella y luego se cubrió la mano con la boca—. Perdona. Cualquier cosa estará bien. Como de todo menos alcachofas. Tienen algo que no...

—Entiendo, nada de alcachofas. —Ella echó un vistazo a su culo mientras Rob daba vueltas por la pequeña cocina, maravillada por la cantidad de cosas que había logrado almacenar allí. Por fin, cogió una lata de alubias, un bote de jalapeños, otro de salsa y una bolsa de nachos. Del frigorífico sacó un trozo pequeño de cheddar.

—Bingo —dijo, mostrándole el queso.

Emma rio, impresionada.

—Puedo ayudarte —le dijo. Quería estar cerca de él otra vez. Rob le ofreció un rayador y el trozo de queso.

—Esta no es la única comida que puedo hacer, ¿sabes? —dijo a la defensiva mientras cortaba con pericia los jalapeños.

—Seguro que no —dijo ella y se echó algunos mechones rizados hacia adelante. Se percató de que sonreía de nuevo.

—¿Te importa si me doy una ducha mientras esperamos a que esté listo?

—Claro. Por favor, no cierres la puerta. Prometo no entrar, pero así podré oírte si necesitas algo.

—¿Y si quiero que entres? —susurró Emma.

«¿Cuántas pistas necesita este hombre?».

La expresión de Rob se oscureció y sus pupilas se dilataron. Agarró el borde de la encimera de la cocina que tenía detrás.

—Ve a la ducha, Emma. Hoy has pasado por una experiencia dura y estoy intentando con todas mis fuerzas hacer las cosas bien.

«Como quieras».

Emma bajó la mirada y entró en el baño.

Quince minutos después, salió envuelta en una toalla grande y esponjosa que la cubría del pecho hasta más allá de las rodillas. Le encantaban las toallas de baño extragrandes y se había asegurado de traer la suya de casa. Mientras cerraba la puerta de su habitación, oyó cómo Rob gemía.

«Al menos no es de piedra».

Rápidamente, se vistió con unas braguitas y un sujetador a juego, ambos de un bonito turquesa. Le encantaba la ropa interior colorida, pero no era fácil encontrarla en prendas de algodón y le gustaba el tacto del algodón en su piel. Quería ambas cosas. Lo quería todo. Quizá era una especie de metáfora para su vida.

Había tenido tiempo de sobra para pensar mientras estaba en la ducha. Rob se equivocaba si creía que solo quería llevarle a la cama por el trauma que había sufrido antes. Había tenido la misma idea la noche anterior. Le deseaba y claramente él también a ella. Eran dos adultos solteros.

«Solo tengo que hacerle ver que no hay ningún problema en que nos deseemos mutuamente».

A toda prisa, Emma se puso un vestido de verano azul oscuro con diminutas flores rosas.

Caía holgadamente en torno a sus caderas y su culo, pero se ceñía a su pecho y cintura. Era uno de sus vestidos favoritos y se alegraba de haberlo incluido en el equipaje.

Salió, dispuesta a explicarle a Rob exactamente lo que pensaba sobre pasar un rato juntos, cuando fue asaltada por el intenso aroma de los nachos al grill. Su boca empezó a salivar.

—Guau —exclamó—. Supongo que *tengo* hambre.

—Señorita. —Rob hizo una reverencia y señaló la gran bandeja sobre la mesa de la cocina—. Sus nachos.

El primer mordisco fue como saborear el Cielo, si este hubiera estado condensado en un triángulo perfecto y crujiente. Emma había logrado poner todos los ingredientes encima: frijoles, queso, salsa y una pequeña rodaja de jalapeño. Gimió de placer.

—¿No vas a coger ninguno? —preguntó—. Tú tampoco debes de haber tenido mucho tiempo para comer hoy.

Rob asintió, pero sus ojos estaban clavados en ella, no en la comida. Eligió un nacho y se lo metió en la boca.

—¿A que no están mal?

—No creo que te haga falta un chute de autoestima, pero preparas unos nachos bestiales —le dijo sonriente, antes de pegar otro mordisco.

Comieron juntos en silencio y Emma se preguntó cómo podía sentirse tan cómoda en su presencia y al mismo tiempo tan nerviosa.

—No creo que pueda comer más —dijo mientras se alejaba de la bandeja. Rob enarcó una ceja.

Emma se preguntó cuál sería la mejor forma de dejarle claro que estaba preparada para pasar a la siguiente actividad de la tarde.

«¿Debería ser sutil? ¿Debería ser directa?».

Rob tomó la decisión por ella cuando la tomó de la mano izquierda y la guio con delicadeza desde detrás de la mesa.

—Emma —dijo con voz ronca—. Necesito saber si antes hablabas en serio. Sobre que deseabas... esto.

La atrajo hacia él. La acarició desde la mejilla hasta la barbilla. Luego pasó al cuello y deslizó la mano hacia abajo, limitándose a rozar sus senos y su cintura.

La piel de Emma ardía en los lugares donde había sentido el contacto de sus dedos. Alzó la mirada para confrontarle directamente. No quería que hubiera ningún malentendido entre ellos.

—Deseo esto, Rob. Te deseo a ti.

Rob gimió en voz baja y la alzó por la cintura para sentarla sobre la mesa de la cocina. Se inclinó sobre ella y la besó, primero con suavidad y luego con más urgencia. Los labios de Emma se abrieron para permitirle entrar y sus lenguas se encontraron en una danza eterna. Emma podría haberle besado durante toda la noche, pero era codiciosa y quería más, mucho más.

Tiró de la camisa de Rob para liberarla de los pantalones y luego desabrochó los botones uno a uno. Le llevó un tiempo, porque todavía estaban besándose y le resultaba difícil concentrarse en cualquier otra cosa. Por fin, soltó todos los botones y le pudo quitar la camisa, exponiendo su torso musculoso.

Al contrario que otros hombres, que llevaban la ropa muy ceñida para marcar sus músculos, Rob solía vestir con ropa holgada. Pero ahora, sin camisa, sus músculos eran una obra de arte. Admirada, recorrió sus hombros anchos y fuertes con las manos y luego descendió hasta los músculos de su pecho y de su vientre plano.

«Dios, menuda tableta de chocolate».

Rob se estremeció a medida que las manos de Emma acariciaban su cintura por delante y por detrás, rozando ligeramente su cinturón. Emma nunca se había sentido tan poderosa.



Rob

Rob estaba alucinando y ni siquiera se habían quitado la ropa aún. El contacto de las manos de Emma sobre su cuerpo —pues esta era la Emma real, no la de sus sueños— era más de lo que podía soportar.

Se mordió el labio inferior y se inclinó sobre su cuello. Se detuvo al percibir cómo se quedaba sin aliento y la mordisqueó con suavidad. Quería hacerla gemir de placer.

—Quítamelo —dijo Emma, retirando las manos de su cintura para moverlas hasta la parte trasera de su vestido. A Rob le gustó que Emma estuviera lo bastante cómoda como para decirle lo que quería.

Rob bajó la cremallera con facilidad mientras seguía mordisqueando su cuello. Y luego se detuvo, pues Emma estaba desnuda de cintura para arriba y nunca antes había experimentado una visión tan hermosa. Su piel clara resaltaba contra el sujetador de color turquesa tan «suyo» que le entraron ganas de llorar.

Pudo ver cómo sus pezones se endurecían con su mirada. Movié los pulgares para acariciarlos y recibió un gemido como recompensa. Bajó las copas del sujetador para liberar sus senos. La prenda aún los presionaba ligeramente hacia arriba y Emma se inclinó para ofrecerle sus pezones.

—Chúpamelos, por favor.

—A tus órdenes —susurró, riendo. Bajó la cabeza y respiró con suavidad sobre su pezón derecho, viendo cómo crecía todavía más. Por fin empezó a chupar, despacio al principio y luego con algo más de agresividad. Observó su reacción atentamente para apreciar cuánto placer experimentaba.

La respiración de Emma se volvió más trabajosa. Se agarró el otro seno con la mano y pellizcó el pezón con el pulgar y el índice, reproduciendo el gesto que él hacía con la boca.

—Permíteme —le dijo y apartó su mano con suavidad para tomar el control. Pellizcó su pezón como había hecho ella y luego siguió con algo más de fuerza.

—Dios, sí, no pares —suplicó Emma. Tras un corto espacio de tiempo, Rob concentró su atención en el otro pecho.

Emma gimió en voz baja y agarró la mano libre de Rob para ponerla sobre su cadera.

—¿Qué quieres, Emma, cariño?

—Por favor... Te necesito dentro de mí —le suplicó. Sus ojos eran como dos estanques cristalinos que reflejaban su deseo. Parecía inocente y lasciva al mismo tiempo y él quería darle todo lo que necesitaba, todo lo que deseaba.

—No me metas prisa, Emma. Tenemos un montón de tiempo y quiero recordar este momento siempre.

—Pero necesito...

Sus palabras murieron cuando él alzó su vestido por encima de su cintura. Su mano grande y recia ascendió por su muslo hacia sus bragas, que eran del mismo atrevido color que su sujetador.

—¿Me necesitas por aquí? —le preguntó. Su dedo estaba acariciando el montículo por encima del algodón suave de las bragas. Emma levantó las caderas para recibirlo.

Ella asintió rápidamente y él cumplió, echando a un lado el delgado tejido para tocarla. Con suavidad, introdujo un dedo en la cavidad húmeda. Era un espacio muy estrecho, incluso para un solo dedo. Su miembro presionó la bragueta de sus pantalones.

Rob la provocó un poco más, pero necesitaba un acceso mejor, tenía que quitarle las bragas. Emma se agarró a él enroscando las piernas en torno a su cintura. Era una presión maravillosa, pero Rob se dio cuenta de que tenía que llevarla hasta su cama. No quería que su primera vez fuera sobre la mesa de la cocina. Cargando con ella con cuidado, se dio la vuelta y caminó hasta su dormitorio, depositándola sobre la cama. Le quitó el vestido, que para entonces apenas cubría su cuerpo y se tomó un segundo para admirar su figura bajo la suave luz de la luna que penetraba a través de la ventana. Pequeña pero voluptuosa y con esa piel suave y sedosa que era imposible no acariciar. Recorrió su cuerpo con la mano desde el cuello hasta la punta de sus pies, tratando de memorizar todo sobre ella.

Su mano se detuvo cuando se acercó al brazo herido.

—¿Seguro que estás bien?

—No, Rob —le dijo y luego añadió con rapidez—: quiero que vuelvas a hacer lo mismo que hace un momento. Pero primero quítate el resto de la ropa —suplicó.

«Mandona».

Rob se quitó la ropa en un tiempo récord. Luego se observaron durante un momento. Siempre le había gustado tener un cuerpo fuerte, esbelto y eficiente, pero nadie le había mirado hasta entonces como ella lo estaba haciendo. Sintió que su miembro se hinchaba bajo aquel escrutinio.

—Eres tan grande —susurró—. Ven aquí.

—Shh... Aún no es momento para eso. —Rob abrió las piernas de Emma y admiró los suaves rizos rubios alrededor de su sexo rosado. Introdujo dos dedos en su interior. Ella gimió y se aferró a su espalda. Rob comenzó a marcar un ritmo lento, en busca de gemidos que le indicaran que su placer aumentaba. Por fin, ella llegó al hermoso momento de no retorno.

Su boca formó una «o» y gritó de alivio. Su sexo se estremeció alrededor de sus dedos.

—Guau. —Emma se echó hacia atrás, sonriendo de oreja a oreja—. *Eso ha sido increíble.* Dame un momento para recuperarme.

—Eres maravillosa —susurró Rob.

Rob la besó como mucha suavidad mientras ella reposaba un poco. Su miembro presionaba su muslo, pero estaba disfrutando tanto con su placer que no le importaba. Al principio ella yacía inmóvil y sonriente en sus brazos, pero tras un corto espacio de tiempo, empezó a frotarse contra él.

—Ahora me siento tan vacía —susurró en su oído. Rob no sabía qué le excitaba más, si sus palabras o su aliento junto a su oreja. Manióbró para colocarse sobre ella, con cuidado de cargar el peso de la parte superior de su cuerpo sobre sus codos para no aplastarla y empujó con las rodillas para abrirla de piernas.

Era como si su miembro ansiara su calor. Y de pronto, con un movimiento lento y suave, estaba dentro. El placer fue tan intenso que tuvo que detenerse.

—Lo siento —dijo mientras cerraba los ojos—. Dame un momento. Estoy a punto de correrme.

—No pasa nada —le provocó Emma—. Yo ya me he corrido una vez.

—Dame un segundo —dijo Rob, apoyando su frente contra la suya—. Vamos a ver si podemos mejorar esa estadística.

Por fin logró recuperar el control lo suficiente para empezar a moverse otra vez. Ella alzó las caderas, permitiéndole penetrarla aún más profundo.

Pronto, ambos estaban gimiendo de placer. Rob la observó mientras su respiración se volvía más entrecortada, dispuesto a intentar que fuera tan bueno para ella como lo estaba siendo para

él. Por fin, Emma se dejó ir con un pequeño grito de placer. Su sexo se contrajo contra el miembro de Rob, llevándole a él también al orgasmo.

Rob se quedó tendido sobre ella, incapaz de soportar el peso de su propio cuerpo. Sintió su corazón y otro latido, más rápido todavía, que pertenecía a Emma. Por fin, se echó a un lado.

—Ha sido... —comenzó.

—Ha sido —confirmó ella y luego le silenció con un beso.



Emma

Emma despertó, sorprendida de haber dormido tan profundamente. Por la luz que entraba a través del ojo de buey, dedujo que ya era por la mañana.

Bajó la mirada y descubrió que estaba abrazada al cuerpo musculoso de Rob y que su cabeza descansaba sobre su hombro. Ambos estaban completamente desnudos.

«Puede que también haya estado babeando sobre él».

Se apartó con cuidado de no despertarle. Dormido era tan atractivo que casi dolía mirarle. Resistió al impulso de darle un beso, pues sabía que aquello les llevaría a acostarse de nuevo y antes necesitaba un café. Y un baño.

«Probablemente, no en ese orden».

Sonriendo, buscó su ropa interior turquesa y se vistió con rapidez. Vio su vestido a los pies de la cama. Estaba a punto de ponérselo, pero un instinto femenino la impulsó, en cambio, a coger la camisa de Rob. Nunca se había puesto la camisa de un hombre, pero tampoco había experimentado antes dos orgasmos tan extraordinarios. La camisa kaki le llegaba hasta la mitad de los muslos. Se la abotonó en silencio, fascinada por lo bien que le hacía sentir ponerse su ropa.

Tras hacer sus necesidades, se pasó un minuto mirándose al espejo. Sus rizos caían tan salvajes como siempre, pero nada podía ocultar su sonrisa de satisfacción.

Decidió ir a la cocina para prepararle un café a Rob y llevárselo a la cama. Quizá entonces podrían hacerlo una segunda vez y...

—¡Ahhh! —gritó al encontrarse cara a cara con una persona en la cocina. Su primer pensamiento no fue más que una sensación de pánico puro y sin adulterar.

Entonces se dio cuenta de que la mujer —pues era una mujer— no parecía peligrosa. En la mano llevaba dos vasos de cartón llenos de café humeante. Era atractiva e iba muy arreglada, incluso a esa hora de la mañana. Emma no pudo evitar fijarse en su mano izquierda, donde un diamante enorme lanzaba destellos bajo la luz del sol.

«Oh, Dios. ¿Está prometido?».

Emma comenzó a temblar. ¿Podía haber malinterpretado tanto la situación? No, concluyó, eso era simplemente imposible.

Rob apareció tras ella con el pelo revuelto por la almohada, el pecho desnudo, los pantalones desabotonados y una pistola en la mano.

«¿De dónde ha salido eso?».

Su expresión mudó de la ferocidad a la sorpresa cuando vio a la mujer. Emma se fijó en lo rápido que bajó la pistola.

Con un movimiento ágil dejó los cafés sobre la mesa, pasó por delante de Emma como si no existiera y abrazó a Rob, que le devolvió el abrazo con fuerza.

—¡Rob!

—¡Annie!

«¿Annie?».

«¿Quién demonios es Annie?».

—Me alegro de verte, Rob.

—¿Por qué no llamaste para decirme que venías?

—Quería sorprenderte.

Emma se apartó arrastrando los pies. Miró a su alrededor y se preguntó si habría algún sitio

donde esconderse de la pareja, que todavía seguía abrazada con fuerza.

Y fue entonces cuando su cerebro empezó a funcionar de nuevo y se percató por fin de las similitudes que había entre ambos. Los mismos pómulos altos, los mismos ojos verdes, incluso el color del pelo era el mismo.

Ignorando el hecho de que estaba medio desnuda, Emma hizo un ruidito para recordarles que estaba allí.

Ambos se giraron.

—¿No vas a presentarme, Rob? —preguntó la mujer mientras se reía.

«Sabe exactamente lo que me ha pasado por la cabeza y lo está disfrutando».

—Emma, esta es mi hermana, Annie.

—Anne —le corrigió la mujer, con amabilidad.

—Es una famosa presentadora de televisión que trabaja en la ciudad.

«¡Por eso me resultaba tan familiar!».

—Yo no diría «famosa», más bien «prometedora». Hay un coche esperándome fuera, solo estaba de camino para cubrir una noticia y quería saludarte. Todavía tengo tu llave y recuerdo el código de tu alarma, así que quería sorprenderte. No tanto, claro. —Anne rio, pero recuperó la seriedad enseguida—. Lo siento, Emma, no quería asustarte.

—No pasa nada, no es culpa tuya. He tenido... una mala racha.

—¿Puedes quedarte a desayunar, Annie? —preguntó Rob.

—Supongo que sí, si es rápido.

—Me pondré a prepararlo ahora mismo.

Mientras miraba a Rob que se movía descalzo por la cocina, vestido tan solo con sus pantalones, Emma olvidó durante un segundo todo lo que había a su alrededor. Entonces se dio cuenta de que Anne la estaba mirando a ella, no a Rob.

—Iré a vestirme —dijo con rapidez—. Será solo un minuto.

Cuando Emma volvió ya la estaba esperando un desayuno delicioso de huevos revueltos, tostadas y arándanos.

—Rob, ¿seguro que va todo bien? —preguntó Anne.

«Así que han estado hablando de mí».

—Está todo bajo control, hermanita. No te preocupes por nosotros. Emma va a estar bien.

—Los dos vamos a estar bien —le interrumpió Emma.

—No fui yo quien dio la noticia sobre Ford, pero parece un auténtico psicópata.

Fue como si el trozo de huevo que Emma acababa de llevarse a la boca se convirtiera en ceniza. Odiaba que la mera mención de Ford tuviera ese efecto sobre ella.

—Eso es quedarse corto —dijo Rob, mientras cogía a Emma de la mano en una inesperada muestra de afecto.

Anne se apresuró a cambiar el tema de conversación y se puso a comentar algunas de las noticias en las que estaba trabajando. Emma se dio cuenta de que le gustaba el humor irónico de aquella mujer.

—Ayudaré a recoger —dijo Anne— y luego me iré.

—Te echaré una mano —dijo Emma—. Rob, ya que has cocinado, es lo mínimo que podemos hacer.

Rob parecía a punto de iniciar una discusión, pero se encogió de hombros y se fue a su cuarto. Mientras pasaba junto a Emma apretó su mano con suavidad.

Anne empezó a lavar los platos y Emma los secó y colocó cada utensilio en su sitio, pues Rob no tenía suficiente espacio en la encimera para poner las cosas a secar. Trabajaron en un

silencio agradable durante un rato. Incluso con manoleínas, aquella imponente rubia aún le sacaba media cabeza, pero Emma se sentía mucho más cómoda en su compañía, ahora que estaba vestida.

—Siento haberte sorprendido de esa forma —dijo Anne con tranquilidad—. Rob compartió el código de su alarma conmigo y yo...

—No pasa nada. Es que no esperaba encontrarme con nadie.

—No te había dicho nada de mí, ¿verdad? —Anne parpadeó.

—No —respondió Emma con honestidad—. Nos conocemos desde hace tiempo, pero aún no hemos hablado de todo.

Anne sonrió.

—Parece feliz contigo.

—Me gustaría que fuera feliz —respondió Emma sin comprometerse. Aún no sabía dónde encontraría la felicidad en el futuro—. Es una situación complicada.

—Me lo imagino. Rob es un buen hombre, ¿sabes?

Anne sostuvo el vaso que acababa de lavar y se quedó mirándolo durante un momento.

—De pequeños teníamos muy poco dinero. No sé si te lo ha mencionado.

Emma sacudió la cabeza. Rob era una de esas raras personas más proclives a escuchar que a hablar; incluso cuando decía algo, no solía ser sobre sí mismo.

—Nuestros padres... Nuestros padres no cuidaron bien de nosotros. Nuestro padre casi siempre estaba ausente y nuestra madre era... Estaban allí el tiempo suficiente para que no acabáramos en manos de los servicios sociales.

Emma no dijo nada. Sabía que cualquier cosa sonaría a cliché.

—Rob me sacaba cuatro años. Cuidó de mí desde que empecé a andar. Nunca había suficiente comida en casa. Teníamos hambre todo el tiempo. Mi madre se hacía un café todas las mañanas. —A Anne le falló la voz.

Emma se quedó helada, esperando a que prosiguiera.

—Usaba casi toda la leche, pocas veces dejaba más de una taza para nuestro desayuno. Sobre la encimera, Rob vertía la leche en dos vasos, uno para cada uno. Siempre me contaba historias increíbles durante el desayuno, cosas que le habían ocurrido el día anterior en la escuela, mientras nos bebíamos la leche. O a lo mejor se las inventaba. Quizá pensaba que así no me daría cuenta de que su vaso solo era agua con la cantidad mínima de leche para darle color. Todavía hoy no sé si sabe que lo sé.

Emma seguía inmóvil. Tenía ganas de echarse a llorar por el niño que había sido Rob.

—¿Qué es lo que no sé? —preguntó Rob desde la puerta. Volvía a llevar ropa deportiva. Ahora que Emma sabía lo que ocultaba aquella camiseta holgada, sintió ganas de arrancársela otra vez.

—No llevas uniforme.

«Vaya forma de resaltar lo obvio, Em».

—Susan y Alma llamarán si necesitan algo. Vamos a practicar de nuevo.

Anne enarcó una ceja.

—¿Practicar?

—Rob me está enseñando defensa personal —dijo Emma.

—¿Quieres unirme a nosotros, hermanita?

—¿Y estropear mi peinado? —Anne rio—. De todas formas, tengo que irme. Ya llego bastante tarde. Gracias por el desayuno, Rob, y... fue un placer conocerte, Emma.

—Igualmente —dijo Emma. Lamentaba mucho que se fuera ya. Quería saber más sobre Rob

y cómo era de niño.

—Vamos, perezosa. No vas a entrenar así vestida. —Su voz se convirtió en un susurro—. Cuando te veo con ese vestido me entran ganas de quitártelo.



Rob

Le resultaba difícil concentrarse cuando miraba el cuerpo voluptuoso de Emma. Estaba vestida más o menos igual que la última vez que habían entrenado juntos, pero ahora que sabía lo que había bajo su ropa, era todavía más difícil pensar con claridad y dejar las manos quietas.

Tensó los músculos de su estómago justo a tiempo de desviar un puñetazo dirigido a su tripa. Habían practicado los mismos movimientos una y otra vez y en cada ocasión, Emma había mejorado su técnica y había ganado confianza.

—Parece que he encontrado mi mojo —dijo. Se movieron formando un círculo mientras Emma buscaba otra oportunidad para lanzar un golpe.

—¿Vas a decirme algún día cuál era el tercer paso?

—¿El tercer paso? —dijo ella sin comprender.

—De tu plan.

—Te daré una pista... Ya lo hemos hecho.

Sus ojos se abrieron más y toda la sangre bajó a su entrepierna. Emma acercó su rostro.

—Y me gustaría hacerlo otra vez —dijo.

Algo vibró en su bolsillo. Distraído, Rob bajó la mirada en el momento justo en el que Emma le daba un pisotón en el pie.

—¡Joder! —exclamó, saltando de un pie a otro. Sus ojos se humedecieron por el dolor.

Emma rio, radiante de felicidad.

—¿Estás bien? ¡Lo siento, pensaba que lo habías visto venir!

—Ha sido un buen movimiento —reconoció. Al cruzar la mirada con Emma, Rob casi olvidó que el teléfono aún vibraba en su bolsillo. Luego pensó que quizá Susan necesitaba algo y se recompuso con rapidez.

—Hope —dijo al teléfono, aún sonriendo a Emma.

La sonrisa se congeló en su rostro cuando oyó la voz de Lorraine al otro lado. Sonaba mucho más seca de lo habitual y le faltaba el aliento, como si hubiera estado corriendo.

—Ford escapó de prisión anoche —dijo la agente del FBI, sin rodeos.

Rob se quedó helado.

—¿Cómo ha podido pasar?

—Eso es lo que tratamos de averiguar. James y yo estamos volando hacia allí ahora mismo.

Emma había dejado de moverse y estaba mirándole. A Rob no le gustaba nada la expresión cautelosa de su rostro. Solo escuchando su parte de la conversación, ya sabía que se trataba de malas noticias.

—Han encontrado una postal dentro de uno de los libros de Ford. Es una fotografía de una ciudad mexicana. Creen que puede estar dirigiéndose hacia allí.

—No está huyendo al puto México, Lorraine. Lo sabes tan bien como yo.

—Por desgracia, Rob, creo que tienes razón.

—Piensas que viene hacia aquí.

—No lo sabemos con certeza —dijo Lorraine. Parecía haber parado de correr—. Escucha, estoy en el avión. Tengo que colgar. Te llamaré en cuanto hayamos hablado con el alcaide.

—Gracias por ponerme al corriente, Lorraine.

Emma había palidecido. De pronto, parecía abatida.

—Se ha escapado, ¿verdad?

Rob asintió. Siempre sería honesto con ella.

—Ford se marchó en algún momento, a lo largo de la noche. Aún no saben cómo lo hizo. Lorraine y su compañero están yendo ahora a la prisión. Nos llamarán en cuando sepan algo más.

—¿Qué voy a hacer? —susurró mientras miraba a su alrededor. Él siguió la dirección de su mirada. El acantilado ya no parecía un lugar seguro.

—Vamos a mantener la calma y a permanecer juntos, Emma. Yo también formo parte de esta historia. Confías en mí, ¿no?

—Viene a buscarme, ¿verdad?

—No lo sabemos seguro. Pero tenemos que asumir que se le ha pasado por la cabeza. No dejaré que te ocurra nada, te doy mi palabra.

—¿Y entonces qué? ¿Voy a ir contigo a la comisaría todos los días? ¿Me voy a sentar contigo mientras comes? ¿Voy a dormir contigo?

—¿De verdad suena tan mal? —preguntó, tratando de aligerar el ambiente.

—Sabes lo que quiero decir, Rob —dijo Emma con impaciencia—. No puedo vivir así.

—No tomemos decisiones vitales ahora. Tenemos que mantenerte a salvo y necesitamos más información. Si Ford quiere seguir en libertad, sabe que cualquier sitio es mejor que este.

—Pero está loco, Rob.

—No, no lo está.

Se levantó algo de viento a su alrededor. Emma tembló, vestida con su ropa deportiva.

—Vamos. Cambiémonos de ropa y vayamos a la comisaría.



Emma

Emma se frotó los brazos. Sentía frío incluso sentada en la oficina de la sheriff, donde podía decirse que hacía bastante calor.

A las nueve de la mañana hablaron con Natalie y Hunter. Era una hora menos en Santa Lucia, pero no podían esperar más.

—Desearía no haber tenido que llamarles —dijo Emma recordando la voz afectada de su amiga.

—Yo también, pero teníamos que decírselo. Aunque sea remota, siempre existe la posibilidad de que Ford intente localizarlos también a ellos.

—Volverán en el próximo avión. Lo sabes, ¿no?

—No, al menos no lo harán si Hunter puede hacer algo para evitarlo. Ahora mismo estarán más seguros en cualquier otro sitio.

Alma acudió con un cuaderno en la mano, al tiempo que en la otra sostenía una bandeja de mini-sándwiches en cuidadoso equilibrio.

«¿De verdad ya es la hora de comer?».

Echó un vistazo a su reloj y volvió a mirar para confirmarlo. Eran las tres de la tarde. Había perdido por completo la noción del tiempo. Desde que había escuchado las noticias, se sentía como un ciervo parado en mitad de la carretera mirando la luz de los faros de un coche.

—Los rumores ya se están extendiendo por la ciudad. Parece que una cadena de televisión ya se ha enterado de las noticias. No han revelado el nombre, pero, de algún modo, la gente lo sabe.

—¿Qué llevas ahí, Alma?

—James, de J&J's Diner, ha traído estos sándwiches. Quiere saber si el rumor es cierto. —Tras el cristal de sus gafas a la moda, los ojos de Alma brillaron con lágrimas no derramadas—. Dios, lo que deben de estar sintiendo... Ford violó y mató a su única hija.

Rob tragó saliva con fuerza. Su nuez subió y bajó.

El cuerpo de Lanie había sido encontrado en los muelles hacía poco más de un año. James y Jill, sus padres, habían confiado en el sistema. Emma se imaginaba lo que debían de haber sentido al descubrir que el asesino de su hija estaba por fin entre rejas. Y lo que debían estar sintiendo ahora, tras descubrir que estaba de nuevo en la calle.

Rob le ofreció un sándwich.

—Emma, tienes que comer algo.

Emma lo mordisqueó sin entusiasmo. Rob y Susan engulleron los suyos de forma mecánica y eficiente. Ella, sin embargo, parecía estar intentando tragar cartón. Deseó poder compartimentar las cosas como hacían ellos.

Sonó el teléfono de Rob. Lo cogió y activó el manos libres antes de dejarlo otra vez sobre la mesa.

—Lorraine, he puesto el manos libres. Susan y Emma están aquí. ¿Habéis descubierto cómo lo ha hecho, cómo logró escapar?

—Aún estamos atando cabos, pero uno de los guardias nocturnos ha desaparecido. O, al menos, no regresó a casa y no coge el teléfono. Estamos yendo a su casa ahora mismo.

—¿Crees que está involucrado?

—No es necesario «creer» nada, agente Hope. Vamos a descubrir qué fue lo que pasó en realidad —dijo el agente especial Ramsay, con frialdad.

—Va a venir a Sharp's Cove a por mí, ¿verdad? —le interrumpió Emma. Sus peores

pesadillas se estaban haciendo realidad.

Al otro lado de la línea, la voz de Lorraine sonaba tranquila. No solo era agente del FBI, también psicóloga profesional.

—No es probable, pero sí posible. Muchas de las cosas que ha dicho en el pasado me hacen pensar que concibe el hecho de que sobrevivieras, como la primera cosa que le salió mal.

Emma se estremeció. Rob se puso en pie y se sentó junto a ella, lo bastante cerca para que sus brazos se tocaran.

—También sabe lo mucho que afectaría a Natalie, hacerte daño. Sería como matar dos pájaros de un tiro, así que no podemos descartar la posibilidad de que venga a por ti.

—Hemos hablado con Natalie —dijo Rob.

—Me ha llamado. Le he pedido que se quede justo donde está.

—Bien —dijo Rob.

—No sabemos si está viniendo hacia aquí. Sería estúpido por su parte y Ford no es estúpido. Pero no queremos correr el riesgo, por eso vamos a protegerte, Emma. Tendremos un equipo desplegado mañana por la mañana. Si viene a por ti, estaremos listos.

—Mientras tanto, no la pierdas de vista, Hope —ordenó el agente Ramsay.

—No te preocupes por eso.

Cortaron la llamada.

—Tenemos que detenerle, Rob —dijo Emma. Pensó en James y Jill y en los otros padres que habían perdido a sus hijas a manos de aquel psicópata—. Esto no va solo de mí. Ford es un depredador.

—Estoy de acuerdo —dijo Susan—. Ahora se siente invencible. Eso significa que es todavía más peligroso.

Rob asintió.

—He pedido cita para reunirme con el alcalde. —Se frotó la barbilla.

—Me quedaré aquí con Emma —dijo Susan—. Mantendremos la puerta cerrada y yo estoy armada. Nadie va a entrar.

—De acuerdo. Gracias, Susan. —Rob se dirigió a Emma—. Volveré en una hora.



Rob

Pasaron más de dos horas antes de que Rob pudiera volver a la comisaría.

Convencer al alcalde de que necesitaban declarar una alerta para todos los ciudadanos de Sharp's Cove había sido sorprendentemente difícil. Su principal preocupación parecía orbitar alrededor de la idea de capitalizar lo que percibía como una oportunidad económica única.

Ni siquiera el hecho de que otras chicas pudieran ser asaltadas había perturbado al alcalde, hasta que Rob mencionó que la gente podría manifestar su descontento en las próximas elecciones.

Por fin habían alcanzado un acuerdo, pero tras la conversación, Rob aún conservaba en sus manos las marcas que habían dejado sus uñas romas al apretar. Estaba deseoso de que Natalie volviera para no tener que hablar nunca más con ese capullo pomposo.

Detuvo el coche patrulla sobre el bordillo, justo a la puerta de la comisaría. Cerró con llave mientras lanzaba miradas a las casas de alrededor en busca de cualquier detalle fuera de lo normal. No es que esperara que Ford se hubiera hecho con un rifle de francotirador tras escapar de la cárcel. No era su estilo. Aun así, no estaba dispuesto a correr ningún riesgo con la vida de Emma.

Golpeó la puerta cinco veces, siguiendo el patrón establecido y Susan se acercó a abrir.

—Tenemos el visto bueno del alcalde para lanzar una advertencia pública —dijo.

—¿Crees que es necesario? ¡La gente no habla ya de otra cosa!

—Mejor. Ponte a ello, Alma, por favor, y asegúrate de que la población la toma en serio. Ford se ha limitado a atacar a chicas jóvenes en el pasado, pero no sabemos en qué está pensando ahora mismo. Todo el mundo en Sharp's Cove debe permanecer alerta.

—Me pondré manos a la obra. —Alma asintió. Parecía contenta de tener algo que hacer.

Emma estaba sentada en un sofá en la oficina de Rob. Tenía un libro en el regazo, pero su mirada estaba perdida en el vacío. Rob no creía que se estuviera enterando de gran cosa.

—¿Cómo está? —preguntó en voz baja.

—Asustada, pero lo está llevando bien. Quiere hablar contigo y con los agentes especiales del FBI. No se le quita de la cabeza la idea de actuar como cebo para atraparle de nuevo.

Rob se guardó una réplica amarga. Comprendió que lo que sentía no era ira, sino pánico. Pensar que Emma estaba en peligro y que voluntariamente se ofrecía a ello, era más de lo que podía soportar.

—No creo que sea una buena idea —dijo haciendo esfuerzos para mantener un tono neutral.

—Le dije que no estarías de acuerdo —dijo Susan. Bajó la voz hasta convertirla en poco más que un susurro—. Pero la idea no es mala y quizá tengamos que hacerlo, Rob.

—Encontraremos otra forma —insistió Rob, tajante. Su mano se dirigió de forma inconsciente a la culata de su pistola—. Probablemente Ford ya esté en la frontera con México. O en Alaska, quién sabe. Sería una estupidez volver aquí.

Durante la siguiente media hora, el único sonido constante fue la voz de Alma mientras hablaba con todo el mundo en Sharp's Cove y organizaba comunicados, emails, e incluso una reunión municipal.

—He organizado una reunión para toda la ciudad en el gimnasio de la escuela, a las siete de la tarde —le dijo—. Solo para asegurarnos.

Rob miró el reloj. Eran casi las seis.

—Gracias, Alma. Eres un genio.

—Más bien una metomentodo experta. —Alma rio feliz mientras caminaba de vuelta a su escritorio.

Rob golpeó la puerta de la oficina con los nudillos.

—¿Cómo lo llevas, Emma?

—Estoy bien. —Sus ojos brillantes se enfocaron en él—. O quizá no tan bien. Comprendo que todo esto es distinto para Susan y para ti. Habéis sido entrenados para pensar que algo así podría pasar algún día, incluso en un lugar como Sharp's Cove, pero yo... estoy asustada, Rob.

Rob superó la distancia que los separaba con dos grandes zancadas.

—Ven aquí. Te dije que no permitiría que te pasara nada. Y no soy solo yo. Susan, Alma, el FBI al completo, están trabajando para localizar a Ford. El noventa y cinco por ciento de los presos fugados son llevados de vuelta a la cárcel en las primeras cuarenta y ocho horas, Emma. —Levantó su barbilla con mucha delicadeza para mirarla directamente a los ojos—. ¿De acuerdo?

—Me creo la estadística, Rob. Sé que harás todo lo que esté en tu mano para mantenerme a salvo. Pero, como ya he dicho, esto no va solo de mí. También tiene que ver con todas las otras chicas que ahora están en peligro. Podría ser alguien que les ofreciera llevarlas en el coche o alguien con el que se crucen por la calle. Nadie estará a salvo mientras Ford esté libre. Tenemos que devolverlo a prisión.

—Y lo haremos. Pero nuestra prioridad principal es que estés a salvo. La *mía*. Tienes que entenderlo. Ven conmigo a la escuela. Hemos organizado una reunión con los ciudadanos.



Emma

En la reunión, Rob solicitó que tanto ella como Susan se sentaran en primera fila. Sintiéndose como un monstruo de feria, Emma eligió los asientos de un extremo; los mismos sitios elegidos casi siempre por los padres de niños pequeños o por aquellos que querían poder escaparse rápido en algún momento. No es que Emma planeara largarse, pero no quería pasarse toda la tarde sintiéndose observada por sus amigos, sus conocidos y los padres de los niños a los que daba clase.

La voz grave y áspera de Rob no precisaba de un micrófono para llegar a todos los rincones del gimnasio. Habló con firmeza y elocuencia a las cien personas que se habían congregado para escucharle. Una buena asistencia, teniendo en cuenta que la reunión se había convocado en el último momento.

—No tenemos por qué estar asustados —dijo Rob para culminar su discurso—. No hay ningún indicio de que Stephen Ford se esté dirigiendo hacia aquí. Pero os pido a todos que permanezcáis alerta, por si acaso. Hasta que lo atrapen, debemos cuidar los unos de los otros.

—Y si todos estamos aquí, ¿quién está ahí fuera buscando a ese monstruo? —gritó Jill, desconsolada. Su marido la envolvió en un abrazo. Ambos parecían haber envejecido diez años desde el día en que les habían arrebatado a su hija.

—Todo el mundo le está buscando, Jill —dijo Rob con amabilidad y por un momento, a Emma le pareció que estaban presenciando una conversación privada entre él y aquellos padres afligidos—. Nosotros vamos tras él y también el FBI. Hay una orden de búsqueda a nivel nacional. Tan pronto como sepamos algo más, lo compartiremos con vosotros. Mientras tanto —su voz se alzó de nuevo para apelar a la audiencia—, llamadnos si veis a alguien que os recuerde remotamente a Ford. No olvidéis que ha podido cambiar su apariencia, para no parecerse al hombre que recordáis. Y, hagáis lo que hagáis, no intentéis detenerle por vosotros mismos. Sé que algunos lo conocíais personalmente, pero debe ser considerado un sujeto extremadamente peligroso.

Hubo algunas preguntas más, pero Emma no prestó atención a las respuestas. Rob parecía satisfecho repitiendo lo mismo tantas veces como la gente necesitase oírlo.

Tras la reunión fue al coche y, de nuevo, lo acercó lo más posible al edificio, antes de permitirle a Emma salir.

—¿Qué te apetece cenar? —preguntó.

—¿Podemos cenar fuera? ¿Como si fuera una cita?

Él sacudió la cabeza, arrepintiéndose. Sus ojos verdes brillaron con deseo.

—Por mucho que me apetezca llevarte a cenar a un restaurante, no es eso lo que tenía en mente para esta noche, lo siento. Pero podemos encargarnos algo y comer en casa. ¿Qué tal comida china?

—¿De Chen's Chow? —preguntó Emma, esperanzada.

Chen's Chow era su restaurante favorito en la ciudad. Los señores Chen lo habían abierto diez años atrás, cuando llegaron de Tianjin y, como el hombre había fallecido, ahora lo llevaban la señora Chen y sus dos hijos. Tenían uno de esos menús enormes con cientos de platos, aunque Emma estaba segura de que el 99,9% de las veces, la gente pedía los mismos diez platos, pero todo lo que servían estaba siempre delicioso. La boca se le hizo agua pensándolo.

—¿De dónde si no? —Rob rio—. ¿Me tomas por una de esas personas que compra la comida china en el supermercado?

Emma arrugó la nariz recordando la pobre selección de comida para llevar que tenía el supermercado local. Para ellos la cocina étnica parecía implicar una ración enorme de tallarines a los que añadir cacahuets para crear la versión tailandesa, algas para la japonesa y así sucesivamente.

«No, definitivamente, no podría empezar una relación con alguien que compra la comida china allí».

Aquel súbito pensamiento la hizo reflexionar. ¿De verdad estaba imaginándose un futuro en el que ella y Rob podían estar juntos?

—¿Estás bien, Emma? —preguntó Rob con preocupación—. De pronto te has quedado muy callada. Si quieres, podemos pedir a otro sitio.

—No, solo estaba pensando en otra cosa. Pero me *encanta* Chen's Chow. Su «Char Siu» está para chuparse los dedos.

—Eso es el pollo a la barbacoa, ¿no? Me apunto y, también quiero unos tallarines al estilo de Singapur. Son mis favoritos.

—Arreglado, entonces —dijo.

Los músculos de su vientre se contrajeron cuando el teléfono de Rob sonó otra vez. Sobre el salpicadero, pudo ver destellando el nombre de Lorraine Vasquez.

«¿Voy a asustarme cada vez que suene el teléfono?».

Rob pulsó el botón verde, con calma.

—Hola, Lorraine. He puesto el altavoz. Voy en el coche con Emma.

—Rob, Emma, tengo buenas y malas noticias. Las malas noticias son que todavía no le hemos atrapado. Las buenas, en lo que a vosotros concierne, es que de verdad está intentando llegar a México.

—¿Cómo de fiable es la fuente?

—Un camionero lo recogió cerca de Filadelfia y lo dejó en algún lugar de Virginia. Entonces una familia se ofreció a llevarlo, pero decidió no ir con ellos porque estaban viajando a Indiana. Se comportó con mucha amabilidad, les dijo que se dirigía hacia el sur.

El estómago de Emma se había endurecido dentro de ella como una roca. Le maravillaba que, tan solo un par de minutos atrás, hubiera estado pensando en cenar.

—¿Por qué iba a anunciar la ruta de su viaje, Lorraine? No tiene ningún sentido. ¿Ha dejado esa postal para que la encontrásemos y ahora, de forma muy conveniente, está realizando el itinerario exacto? México debe de estar a más de dos mil millas.

—Dos mil quinientas, milla arriba o abajo. Pero es un viaje factible en un par de días. Probablemente tres, si está haciendo autostop y tiene que ir cambiando de vehículo. Te daría la razón, Rob, pero nos hemos pasado la mitad del día persiguiendo estas fuentes. Son creíbles. Ahora estamos comprobando las grabaciones de las cámaras de las áreas de descanso, con la esperanza de verle otra vez.

Rob suspiró con frustración.

—De acuerdo, gracias por informarnos, Lorraine. Es que todo esto me parece demasiado fácil. Ford no es idiota. Si se ha escapado de la prisión, está claro que no quiere volver.

—En cualquier caso, estad alerta. Llámanos si ves algo extraño por allí, pero tenemos que seguir esta línea de investigación.

—Lo entiendo. Gracias, Lorraine.

Las grandes manos de Rob, con las que agarraba el volante, estaban blancas. Cogió aire y lo expulsó un par de veces, como si intentara calmarse.

—Es increíble que piensen que Ford se dirige a México.

—Quizá sea cierto, Rob —dijo Emma, intentando encontrarle sentido—. Con el dinero que escondió antes de desaparecer, probablemente pueda vivir de forma confortable en México. Es posible que eso sea lo que quiere, ¿no?

«Por favor, dime que sí. Por favor, dime que sí».

—Sí, puede ser —dijo Rob, pero su mente estaba claramente en otra parte.



Rob

«**A**lgo va mal».

Cuando despertó, le pareció que solo había pasado un segundo desde que había cerrado los ojos. Rob se quedó en la cama escuchando en la oscuridad. Todo estaba tranquilo, pero no podía ignorar ese sexto sentido que le impulsaba a levantarse.

Se sentó en la cama, con cuidado de no despertar a Emma, que dormía profundamente a su lado. Le había llevado mucho tiempo conciliar el sueño y no quería despertarla si no era necesario.

Habían parado para comprar comida china, pero el entusiasmo de Emma había menguado y a él mismo le había costado trabajo probarla. En circunstancias normales, habría confiado en el FBI para priorizar las líneas de investigación correctas. Pero *conocía* a Stephen Ford. Había estado tomando cervezas con él. Habían hablado sobre las víctimas. Aquella idea hizo que la bilis subiera a su garganta.

Sacudió la cabeza. Era trabajo del FBI llevar a Ford de nuevo ante la justicia. El trabajo de Rob era asegurarse de que Emma estaba a salvo hasta que lo hicieran.

Había dormido con los vaqueros, pero se había quitado la camiseta. Tanteó el suelo junto a él para buscarla. No habían hecho el amor la noche anterior. Emma había ido directamente a la cama de Rob en lugar de a la suya tras lavarse los dientes, lo que había provocado que su corazón palpitara con fuerza contra su pecho y su miembro se endureciera, pero comprendió que no era sexo lo que ella necesitaba. Así que la besó y la sostuvo entre sus brazos hasta que acabó durmiéndose por el agotamiento.

Rob se ató las botas y se incorporó en silencio. Aún no podía escuchar nada. Y entonces vio algo que hizo que su corazón diera un brinco. Una débil corriente de aire con olor a humo flotaba por debajo de la puerta del dormitorio. Comprendió que no había sido un sonido lo que lo había despertado, sino un olor. Mientras miraba, la débil corriente de aire se hizo más densa, hasta tornarse casi sólida.

—Emma, despierta. Tenemos un problema —dijo Rob en voz baja, apoyando la mano sobre su hombro.

Emma abrió los ojos, al principio somnolienta y luego de par en par cuando su cerebro procesó las palabras.

—Hay fuego fuera de la habitación. Necesito que te quedes aquí y llames al 911, ¿de acuerdo? —Le puso a Emma su propio teléfono en las manos.

—¿Qué vas a hacer *tú*?

—Voy a ver qué está pasando. Cierra la puerta en cuanto haya salido. Y no la abras de nuevo bajo ninguna circunstancia.

—¡Oh, Dios!

—Llama al 911 y diles que necesitamos que Darryl Berner y sus hombres vengán aquí de inmediato. ¿Podrás hacerlo?

Emma asintió con valentía.

—Genial. Estoy muy orgulloso de ti, Emma. —Quería decirle muchas más cosas, pero sabía que ahora no era el momento.

Cogió la pistola del cajón de su mesilla de noche, donde siempre la guardaba. Luego asintió en dirección a Emma, que estaba junto a él. Tras destrabar la puerta y abrirla, salió al pasillo. Oyó un ruido metálico cuando Emma cerró la puerta otra vez.

«Bien hecho, Emma».

Mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad, Rob se dio cuenta de que el humo parecía provenir de una única fuente. Una caja —no, un cubo— situado a tan solo unos pies de la puerta del dormitorio.

«Joder».

Rob escuchó un sonido a su izquierda. Se giró hacia allí sujetando el arma con firmeza.

El bate de baseball llegó sin avisar, golpeando la mano que sujetaba la pistola. Rob gimió de dolor y su mano se abrió de forma instintiva, dejándola caer. El bate regresó, con un golpe horizontal dirigido a su mandíbula. Rob se contorsionó para evitarlo y sintió cómo la madera pasaba zumbando a escasos centímetros de su cara.

«Mierda, si ese golpe hubiera acertado, me habría dejado fuera de combate».

Rob se abalanzó sobre su atacante. Un bate podía ser una buena arma para sorprender a alguien, pero resultaba completamente inútil si su objetivo estaba demasiado cerca. No estaba dispuesto a darle otra oportunidad a su atacante para golpearle en el cráneo.

Los ojos de Rob lagrimearon por el humo y, durante un momento, pensó que había fallado. Entonces su mano izquierda agarró un suéter de lana. Lo retuvo con fuerza y dirigió su puño derecho hacia arriba, apuntando a la mandíbula.

El hombre gimió y Rob oyó el sonido del bate al golpear el suelo.

«Una cosa menos de la que preocuparse».

Rob le golpeó otra vez, tratando de aprovechar la ventaja. Esta vez impactó contra algo sólido; con suerte, su nariz. Iba a darle el tercer puñetazo cuando notó que la lana se rompía entre sus dedos. Libre para moverse de nuevo, el hombre se giró hacia la izquierda y corrió en dirección a la cocina. Rob le siguió. Podía recorrer aquel bote con los ojos cerrados.

Aquí había menos humo y Rob se encontró cara a cara con Stephen Ford. Ford le sacaba unos centímetros de altura y tenía la constitución de un armario empotrado, pero Rob no estaba asustado. Era diez años más joven que el antiguo médico y se jugaba mucho más en aquel enfrentamiento.

Rob lanzó una mirada a la *tablet*, que mostraba una pequeña y traicionera luz verde.

«¿Cómo cojones ha conseguido desactivar la alarma?».

—Me alegro de verte otra vez, Rob —bramó Ford. El brillo de la locura refulgía en sus ojos. Quizá ahora se permitía mostrarlo o quizá siempre había estado ahí y nadie lo había visto, cegados como estaban por el respeto a la profesión médica.

—Deberías haberte largado a México —dijo Rob en voz baja.

—Ah, el FBI está siguiendo mi rastro de miguitas, ¿no es así? No fue difícil organizarlo, pero me alegra oírlo.

Rob desvió la mirada, buscando desesperadamente su pistola.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó de forma casual. Cuanto más tiempo pudiera entretenerle hablando, más probabilidades tendrían Susan y Darryl de llegar allí.

Al principio pareció que Ford iba a responder, pero de pronto se lanzó contra él, asestando puñetazos a diestro y siniestro. Rob protegió su cabeza, desprotegiendo el vientre y Ford logró acertarle con dos fuertes golpes en las costillas, que le hicieron ver las estrellas.

Trató de saltar hacia atrás, pero Ford le agarró y golpeó su cabeza contra la mesa de la cocina. Recibió la mayor parte del impacto en el lado derecho de su cara y gruñó. Sentía en la boca el sabor de la sangre. La fuerza y la velocidad de aquel hombre eran impresionantes, pero Rob no podía perder.

Simuló un gancho con la mano izquierda y luego impactó con su puño derecho en el vientre

de Ford. Este se hundió en su barriga con un ruido amortiguado. Completó la combinación con otro puñetazo, seguro de que el sistema nervioso de aquel hombre estaría paralizado tratando de llevar aire de nuevo a sus pulmones.

De un modo incomprensible, Ford bloqueó su puñetazo.

Rob se echó hacia atrás, sorprendido. El corte sobre su ojo sangraba ahora profusamente, y no vio a tiempo el cuchillo de hoja larga y curvada que de pronto se había materializado en la mano izquierda de Ford.

Miró a su espalda para localizar el cajón donde guardaba sus propios cuchillos y se lanzó hacia él, con la mala suerte que tropezó con el cubo aún humeante que había en mitad del pasillo.

Ford rio y agarró a Rob. Le arrojó de nuevo, en esta ocasión contra la mesa baja del salón. Rob logró aferrar a Ford en el último segundo y ambos volaron juntos. Por desgracia, fue su cabeza la que se golpeó con la esquina cuando aterrizaron.

Rob alzó el brazo débilmente, pero había dos Ford frente a él y los cuchillos ya no eran uno sino dos. Sintió un golpe en un lado de la mandíbula, forzándole a girar el rostro.

—Qué satisfactorio —graznó Ford—. He estado soñando con esto durante meses.

A punto de perder la consciencia, Rob sintió el frío del cuchillo junto a su yugular.

—No voy a matarte —dijo Ford con un tono casi amistoso. Tiró de los brazos de Rob para ponerlos a su espalda y cogió unas esposas que llevaba en el cinturón—. Sé que Emma está aquí. Llámala, ¿vale?

«Nunca».

Rob sacudió la cabeza y apretó los labios.

Aún aturdido, Rob pensó en el tiempo que había pasado. La ayuda tenía que estar a punto de llegar. Pasara lo que pasara, Emma estaría bien.

—No va a abrirte la puerta —dijo débilmente.

—Oh, lo hará —le aseguró Ford, acercando su rostro al de Rob—. Vas a ver.

Ford le empujó, obligándole a sentarse en una silla. Aquel brusco movimiento le dio ganas de vomitar. Sintió cómo Ford tiraba de sus piernas y supo que era el momento de resistirse, antes de que fuera demasiado tarde. Trató de darle una patada, pero Ford atrapó su pierna con facilidad y hundió el mango del cuchillo en su cabeza a modo de respuesta. Rob sintió cómo las luces de su cerebro se apagaban y se concentró en un último pensamiento.

«Por favor, Emma, no abras esa puerta».



Emma

En el interior del cuarto, Emma se había refugiado en el suelo, junto a la cama. Había desenchufado una de las lámparas de la mesilla y la blandía frente a ella como un arma. Pesaba bastante en sus manos y eso la tranquilizaba, aunque probablemente no le sirviera de mucho en una pelea.

No había sido capaz de llamar a nadie. Ni su teléfono ni el de Rob tenían cobertura. Había reiniciado su propio teléfono, sin éxito.

Oyó la voz de Ford en el exterior. La había escuchado con tanta frecuencia en las pesadillas que había tenido durante el último año, que por un momento pensó que el sonido podía estar solo en su mente, pero entonces la oyó de nuevo.

«Está aquí».

Escuchó los ruidos de la lucha que acontecía al otro lado de la puerta. El olor del fuego era ahora menos intenso, así que Emma dedujo que el fuego solo había sido una distracción.

Y entonces escuchó la voz del monstruo, alta y clara, al otro lado de la puerta.

—Abre, Emma.

—No voy a abrir —gimió. Era como si su corazón fuera a escapársele del pecho.

—Si no lo haces, voy a rebanarle la garganta.

Emma esperó a que Rob dijera algo, pero el único sonido que escuchó fue la voz de Ford otra vez.

—¿Cómo sé que Rob está bien? —susurró, de pie junto a la puerta. Reinició el teléfono de nuevo, escondiéndolo bajo el jersey para tapar la musiquilla de la compañía telefónica.

—Tendrás que fiarte de mí. ¿Qué es eso? ¿Estás tratando de llamar a alguien, ángel mío? —Ford rio—. Me temo que tengo un pequeño aparato en mis manos, del tamaño de una caja de cerillas. Es un bloqueador de señal. Hasta que no apriete este botón azul de aquí, nadie en el bote va a hacer ninguna llamada.

Emma sintió las lágrimas resbalando por sus mejillas y se las frotó con impaciencia. No era momento de llantos. Era el momento de pensar. Se preguntó si cabría por el ojo de buey.

«Ni en sueños».

«Y aunque pudiera, ¿qué pasaría con Rob?».

Oyó un fuerte golpe, seguido de un gemido de dolor.

—Sal, Emma. Por mucho que me divierta darle una paliza a tu novio, no va a quedar gran cosa de él si no sales pronto.

Aquel gemido parecía de Rob, pero no podía estar segura. Emma se acercó en silencio a su bolso y cogió el pequeño llavero con el espray de pimienta. Se lo guardó en el bolsillo de los shorts vaqueros. Cuando se levantó, la camiseta cubrió el pequeño bulto del bolsillo.

Oyó otra bofetada en la habitación contigua.

—Emma... no escuches... —A Emma le dio un vuelco el corazón. *Era la voz de Rob.*

Otro golpe lo acalló.

—Me he hartado de jugar, Emma. Sal donde pueda verte o le corto el cuello.

Y, de pronto, Emma se encontró agarrando otra vez la lámpara y abriendo la puerta. Porque no podía concebir una vida en la que ella fuera responsable de la muerte de Rob. Lo vio antes que a Ford, atado a una silla en mitad de la cocina. Su cabeza y sus hombros caían hacia adelante. Estaba inconsciente.

Entonces Ford apareció detrás de ella y la agarró, estrujando su mano hasta que soltó la

lámpara.

—¿Qué esperabas hacer con esto, Emma? —dijo sonriendo. A Emma le sorprendió que aún tuviera un aspecto normal, parecido al del médico que había conocido. Luego vio la oscuridad en sus ojos profundos y azules.

La envolvió un sentimiento de desesperación como nunca había experimentado antes. Sus rodillas flaquearon y solo a duras penas logró resistir la urgencia de gritar para expresar su pánico. Sabía que eso solo serviría para excitar más a Ford.

Ford esposó su muñeca izquierda a una de las asas de la encimera de la cocina.

—Ya está —dijo—. Así te verá cuando despierte. Eso le gustará, ¿no crees?

Emma suspiró. Tanto ella como Rob ya sabían que Ford no estaba de camino a México. Tendrían que haber sido más insistentes tratando de convencer al FBI. Deberían haber... Pero no tenía sentido preocuparse ahora de los «puede» y los «quizá».

Emma parpadeó, entre lágrimas y se concentró en la figura inconsciente de Rob. Tenía que hallar un modo de sacarlos de allí.

Se dio cuenta de que Ford ya no estaba. No tuvo tiempo de preguntarse dónde había ido, pues en ese mismo instante se encendió el motor. Obviamente, los había desconectado de la toma de corriente externa que había en el muelle y quería conducirlos hacia el mar.

Emma comenzó a sentirse mal. Le costaba respirar. Era una sensación extraña, como si sus pulmones tuvieran agujeros. De algún modo, aunque era consciente de que en aquel momento estaban en el agua, saber que el bote estaba amarrado en el muelle le había permitido lidiar con su miedo. La idea de salir a mar abierto de nuevo la llenó de terror, haciéndola revivir todos los recuerdos de un año atrás.

Pensó en su psicólogo, que le había recomendado buscar una forma segura de volver a meterse en el agua.

«Creo que no era esto lo que tenía en mente».

Emma emitió un sonido a medio camino entre un lloro y una risita, sintiéndose un poco mejor. Como si hubiera recuperado algo de control. Y tenía que controlar la situación. Rob se encontraba con ella y estaba herido. Debían salir los dos de allí y llevarle a Rob al hospital, pero no podía hacerlo si se dejaba dominar por el pánico.

Emma miró a través de las ventanas mientras Ford maniobraba el barco para alejarlo del embarcadero. La esperanza de que no supiera pilotar un barco y se chocara con uno de los botes vecinos se esfumó.

Afuera todavía estaba oscuro, pero un brillo débil en el cielo indicaba la llegada del amanecer.

Emma tiró de las esposas, pero el asa donde estaban trabadas era firme y no cedió. Quizá podía romper el armario de la cocina. Buscó algo que pudiera ayudarla.

Tenía unos cuantos minutos mientras Ford seguía distraído saliendo del muelle. Una vez que estuvieran en mar abierto, podría hacer con ellos lo que quisiera. Emma ahogó un gemido.

«Deja de lloriquear».

Tiró hasta que su piel estuvo en carne viva, pero los cajones seguían fuera de su alcance.

«Piensa en otra cosa».

—Rob —susurró—. Rob. Por favor, despierta.

Se dio cuenta de lo estúpido que sonaba. No estaba echando una siesta. Pero no sabía qué más podía hacer. Apoyó los pies contra el armario y tiró, pero lo único que cedió fue su muñeca y no para bien.

Los pasos de Ford regresando a la cocina la hicieron comprender que ya era demasiado tarde.

—¿Nos estamos portando bien por aquí abajo? —preguntó risueño el antiguo médico—. Acabamos de salir del puerto, así que ya podemos empezar nuestro pequeño crucero de placer. Me encanta el océano, ¿sabes? Lo he echado tanto de menos.

—Por favor, déjanos marchar —dijo Emma con rapidez—. Puedes llevarte el barco. No le diremos a nadie que te hemos visto... —Su voz se extinguió al comprender lo poco convincente que sonaba. Desde la escalera, Ford se giró para mirarla de nuevo.

—Emma, ángel, espero que no tuvieras en mente dedicarte a la actuación. Si algo sé sobre ti y el señor agente aquí presente, es que estaríais al teléfono con el FBI en cuanto apagase el bloqueador de señales.

—Por favor... —suplicó, mientras tiraba otra vez de las esposas.

—Cuidado, o se te estropeará esa preciosa piel que tienes.

Emma sacudió la cabeza. No iba a entrar en pánico. No podía permitirse eso.

Respiró con suavidad, dejando que el aire entrase en su abdomen, como le habían enseñado en las sesiones de terapia. Una y otra vez. Tratando de liberar la tensión. Hasta que una ola golpeó el bote y se sintió palidecer.

«No puedo estar en el agua. Tengo que volver a tierra firme».

—Ah, ¿te da miedo el agua, Emma? Supongo que sí, después de lo que ocurrió el año pasado. Oh, cómo desearía tener tiempo para volver a los acantilados, a ese dulce momento en el que te arrojé por el borde.

Emma cerró los ojos con fuerza. A pesar del pánico, apretó los dientes. Era consciente de la crueldad de Ford. No podía darle ese poder sobre ella.

—Deja de intentar manipularme. ¿Qué es lo que quieres, Ford? —preguntó.

—¡Ah, por fin una pregunta útil! Me preguntaba cuándo me la harías. Pero vas a tener que esperar un poquito más para descubrirlo. Voy a volver a subir para llevar el bote algo más lejos y garantizar que estamos *tranquilos*. —Aún se reía de su propia broma cuando su corpachón desapareció por las escaleras, apagando las luces al marcharse.



Rob

Rob despertó confuso. Asustado, sin saber por qué. Incapaz de recordar lo que había ocurrido.

Después, el último par de minutos antes de que perdiera el conocimiento se reprodujo en su mente como una película de terror a cámara rápida y llegó el pánico.

«¿Dónde está Emma?».

Abrió los ojos y descubrió que solo podía ver bien a través de uno de ellos. El otro estaba bloqueado por algo. Recordó el corte en la ceja y la sangre manando. Parpadeó. Parte de la sangre debía de haberse secado mientras permanecía inconsciente, oscureciendo su visión.

«Genial».

Entonces vio a Emma. Estaba sentada sobre la encimera, con el brazo girado en un ángulo extraño, esposada a una de las asas de agarre de la cocina. Tenía los ojos cerrados, pero Rob no creía que estuviera dormida.

La luz que entraba por las ventanas le dio a entender que ya era por la mañana.

«¿Cuánto tiempo he pasado inconsciente?».

Giró la cabeza tanto como pudo, pero no vio a Ford por ninguna parte.

—Emma —susurró.

Los ojos de Emma se abrieron rápidamente.

—Rob. Gracias a Dios —dijo en voz baja. Su mirada se dirigió a las escaleras, así que Rob supuso que Ford estaba arriba.

—¿Te ha hecho daño? —preguntó con un nudo en la garganta.

Ella sacudió la cabeza.

«Aún no».

—¿Ford está solo?

Emma asintió.

—Eso creo. Actúa como si lo estuviera.

El bote se sacudió y Emma palideció. Fue entonces cuando Rob descubrió que ya no estaban en el embarcadero.

—Hemos salido al mar, ¿verdad?

Emma asintió de nuevo. Tenía los ojos entrecerrados, como en un gesto de dolor. Rob recordó que ella no había estado en el agua desde el incidente del año anterior.

«Tengo que sacarla de aquí».

—Emma, yo... —Quería decirle que todo iba a ir bien, pero era imposible hacerlo sin mentir o recurrir a tópicos.

—Lo sé —dijo ella simplemente. Más allá del miedo evidente que manifestaba, sus ojos brillaron con ternura hacia él.

Rob sintió un nudo en la garganta. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido? Sabía desde el principio que algo en ese asunto de México no encajaba. Tendría que haber... Pero eso ya no podía ayudarles ahora.

Puso a prueba las esposas de sus muñecas y las cuerdas de sus tobillos y descubrió que no cedían lo más mínimo. No iba a ir a ninguna parte, a menos que Ford lo desatara primero.

—¿Qué hora es? —No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado inconsciente.

—No lo sé. Pero Ford lleva arriba un buen rato. —susurró.

—¿Ha dicho a dónde nos llevaba?

Emma negó con la cabeza.

—No creo que lo sepa. Ese hombre está loco, Rob. No hay más que mirarle a los ojos.

—¿Qué dices, ángel mío? —La voz de Ford resonó desde el umbral. Bajó los escalones de dos en dos y un instante después estaba junto a ellos. Rob no tuvo tiempo de fingir que aún seguía inconsciente.

—Ah, has decidido volver con nosotros, agente Hope. Perfecto, simplemente perfecto. — Ford miró al exterior, donde el cielo clareaba con rapidez. Desde donde estaba sentado, Rob vio mar en todas direcciones—. El amanecer de un nuevo día soleado. Y creo que va a ser genial.

El corte sobre el ojo de Rob palpitaba como si tuviera vida propia, pero este lo ignoró.

—Hay una orden de búsqueda nacional con tu nombre, Ford. Si aprecias tu libertad, Sharp's Cove es el último sitio donde deberías estar —dijo Rob con calma.

—No hace falta que esa cabecita tuya se preocupe tanto por mí. Ambos sabemos que el FBI está siguiendo con entusiasmo el sendero de miguitas que les he dejado. Ahora deben de estar cerca de... ¿Arkansas? Estarán ocupados durante un tiempo.

Rob sacudió la cabeza.

—¿Qué es lo que quieres?

Ford sacudió el dedo en dirección a Emma.

—¿Seguro que quieres seguir con él, Emma, ángel mío? No parece el más listo de la clase.

Emma fulminó a Ford con la mirada, pero no abrió la boca.

—En realidad, lo que quiero es muy simple. Busco venganza. Quiero que todos los que pusieron mi vida patas arriba paguen por lo que hicieron.

—Eres un violador y un asesino, Ford. La culpa de lo que te ha pasado es solo tuya y de nadie más —le soltó Rob.

Ford respondió con un fuerte puñetazo en el vientre. Rob tuvo el tiempo justo para tensar los músculos de su estómago protegiendo sus costillas, pero a pesar de ello, el golpe le hizo soltar todo el aire de los pulmones.

—Tú —dijo mirando a Emma— y tu amiga, la sheriff, mi querida Natalie, sois las culpables. Piensa en lo mucho que sufrirá cuando descubra que su mejor amiga y su compañero de trabajo han muerto devorados por tiburones en un terrible accidente.

Rob sacudió la cabeza.

—Estás loco, Ford. Nadie va a creer algo así. Déjanos marchar. Tendrás algo de ventaja, podrás huir a donde quieras.

—Y tú simplemente me dejarás marchar. ¿No es así, agente Hope? ¿Por qué será que no te creo?

—Nadie va a tragarse que nos ha matado un tiburón —dijo Emma en voz baja.

—Creo que la gente es capaz de creerse casi cualquier cosa. Si lo piensas, a mí me creyeron durante una década. —Sonrió como si recordara con ternura aquella época.

De pronto, sonó un claxon en el exterior. Rob reconoció el sonido de la moto acuática de Jessy. Se emocionó, pero luego, con la misma rapidez, su corazón dio un vuelco. Lo último que quería era poner a otra mujer en peligro.

—¿Qué demonios? —dijo Ford. Se plantó junto a la ventana y miró al exterior. Desde donde estaba sentado, Rob no podía ver nada—. ¿Es que un hombre ya no puede cometer un crimen en esta ciudad sin que le molesten?

—¡Oye, Rob! ¿Qué estás haciendo aquí a estas horas de la mañana? —gritó la voz de Jessy desde fuera.

—¿Conoces a esa jovencita? Joder, es guapa —dijo Ford, relamiéndose.

Se aproximó a Emma y acercó la hoja del cuchillo a su cuello.

—Antes de que se os ocurra alguna gran idea, sabed que, si hacéis cualquier ruido, me bañaré en la sangre de nuestra querida Emma sin dudarle un momento.

Rob sacudió la cabeza con rapidez.

—Por favor. Estaremos callados. Se irá.

Emma asintió en silencio.

—No lo creo. —Ford cogió un rollo de cinta americana e hizo malabares pasándosela de una mano a otra.

«Esa cinta es mía».

Ford se acercó a Rob casi con indiferencia, cortó una larga tira y la utilizó para cubrir su boca. Mientras lo hacía, le tapó la nariz durante varios segundos. Rob se revolvió.

—Podría matarte ahora mismo —le amenazó.

—Por favor, no le hagas daño. Haremos lo que nos pidas.

—Me alegro de que te muestres tan colaboradora, Emma. Ven, esto es lo que vamos a hacer. Vas a secarte esas lágrimas, arreglarte un poco la ropa y subir a la cubierta. Vas a convencer a la amiga de Rob de que todo va bien y estáis aquí en una escapada romántica. Si le haces cualquier tipo de señal, si me da la impresión de que estás pensando en ello siquiera, le cortaré la garganta.

Ford la liberó de las esposas, pero acto seguido la agarró de la nuca con una manaza y apretó con fuerza hasta que Emma gimió.

—En cuanto a ti... —Ford miró a Rob, amenazante—. Tú y yo vamos a quedarnos aquí juntos, en silencio. Haz un ruido, moléstame de cualquier forma y te mataré. Luego haré lo mismo con las dos mujeres.

Emma se frotó la muñeca, que estaba enrojecida e hinchada.

—Tápatela con la manga. Esto es para la cara —le ordenó Ford mientras le entregaba un trapo goteante.

Emma asintió y se limpió la cara. Rob podía ver sus esfuerzos por adoptar una expresión tranquila.

Por fin, miró en su dirección, intentando hacerle entender con la mirada lo que necesitaba que hiciera.

«Súbete a la moto acuática y lárgate. Súbete a la moto acuática y lárgate».

Ford interrumpió el momento cuando la empujó hacia adelante.

—No te molestes en mirarle a él. Mírame a mí, ángel mío. Estaré aquí abajo, esperándote.

Tras la cinta americana, Rob apretó los dientes. Vio a Emma dirigirse con paso tembloroso a las escaleras y agarrarse al pasamanos para mantenerse en pie. Momentos después, se había ido.



Emma

Justo antes de que Ford la empujase para que subiera las escaleras, Rob había estado intentando decirle algo. Pero no sabía *qué*. ¿Debía pedir ayuda? ¿Seguir las instrucciones de Ford? Se sentía como si a cada segundo surgiesen nuevas posibilidades de elección, pero todas *malas*. No era capaz de encontrar un curso de acción que no acabara con Rob o con ella —o con ambos— muertos.

Sus rodillas temblaban tanto que le costó soltar el pasamanos cuando salió a la luz. Respiró profundamente, sorprendida de lo opresivo que había sido el ambiente en la cocina.

Durante un segundo, se quedó extasiada mirando el cielo luminoso. Pensaba que no iba a volver a verlo.

Entonces una ola golpeó el costado del barco y este se sacudió. Solo había agua a su alrededor. Emma se concentró en mantener el equilibrio y sobreponerse al pánico que amenazaba con dominarla.

—¿Emma? —preguntó Jessy—. ¿Eres tú?

Había detenido su moto acuática por el lado de estribor, a solo unos pies de distancia del bote.

Emma se ahucó el pelo con las manos. Sabía que estaba hecho un desastre, pero seguramente Jessy pensaría que era consecuencia de practicar otro tipo de actividad.

—¡Jessy, hola! ¿Cómo estás? —preguntó Emma, tratando de emplear una voz neutral. Sus ojos amenazaron con llenarse de lágrimas, pero las contuvo. No era el momento de llorar.

—Bien, gracias. Estoy buscando a un tiburón joven que marqué... Da igual, es una historia muy larga. Sé que Rob no suele sacar el bote antes de ir a trabajar y me preocupó un poco. Por lo que veo, no había motivos. —Jessy sonrió, divertida.

Emma respondió con lo que esperaba que fuera una risa avergonzada, pese a que le sonó como una risotada estruendosa.

—Estamos bien, gracias por preguntar. —Le pareció que debía añadir algo más—. Rob está abajo preparando el desayuno, ¿quieres apuntarte?

Jessy rio abiertamente ante la idea.

—Me parece que no, hoy no. Gracias de todas formas, tengo que ponerme en marcha.

—Gracias por parar a saludar.

—Me alegro de haber hablado contigo, Emma. ¿Qué tal el brazo?

Emma se quedó mirando a Jessy durante una fracción de segundo antes de tocar su bíceps izquierdo y frotarlo suavemente con la mano derecha.

—Todavía duele, pero ya está mucho mejor. Gracias por ayudarme el otro día.

—Sin problema —dijo Jessy, concentrando su atención en el acelerador de la moto acuática. A la bióloga no le daba miedo la velocidad.

Por un instante, Emma lamentó su decisión. Quizá entre los tres podrían haber dominado a Ford. Pero enseguida se quitó la idea de la cabeza. Había hecho lo correcto. Jessy era joven y atractiva, el tipo de mujer que le gustaba a Ford. A saber lo que podía hacerle si se le ofrecía la más mínima oportunidad. Emma no quería cargar con ese peso en la conciencia.

—Se ha ido —susurró Emma para avisar al monstruo que había abajo.



Rob

—Qué elegancia, ángel mío. Lo has hecho muy bien —bramó Ford mientras arrastraba a Emma otra vez por las escaleras—. Deberías haberla visto, agente. Resulta que Emma es una actriz excelente.

A Rob le dolían los brazos y los hombros tras permanecer en la misma posición durante tanto tiempo, pero el dolor físico no era nada comparado con el hecho de saber que Emma todavía seguía allí. Las lágrimas acudieron a sus ojos. Aunque sabía que era improbable, tenía esperanzas de que hubiera aprovechado aquella oportunidad para escapar. Pero debería de haberla conocido mejor. Emma nunca haría eso. Parpadeó un par de veces para deshacerse de las lágrimas, pero solo tuvo éxito a medias, pues uno de sus ojos seguía cubierto de sangre seca.

Ford le quitó la cinta de la boca bruscamente.

—Que te follen, Ford —dijo, forcejeando con las esposas.

—Quizá debería follármela a ella —amenazó Ford— sobre la mesa de la cocina, mientras nos miras.

Rob se quedó mirando a Ford en silencio. Se pondría de rodillas y suplicaría hasta su último aliento para evitarle a Emma aquella experiencia, pero sabía que los ruegos no le ayudarían en esta ocasión. De hecho, solo servirían para espolear a Ford. Necesitaba encontrar la forma de distraerle. Rob tenía un cuchillo dentro de la bota. Si pudiera alcanzarlo...

—No eres nada divertido, agente. Quizá...

—Doctor Ford... puedo preparar algo de desayuno —dijo Emma desde la entrada.

Ambos hombres giraron la cabeza para mirarla.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que alguien me llamó «doctor», ángel mío. Creo que me gusta. ¿Qué me puedes preparar?

—Déjame ver qué hay por aquí... Puedo hacer unas tostadas con huevos.

Ford rio mientras jugueteaba con el bloqueador de señal que había traído consigo—. Creo que has tenido una idea brillante, Emma. Al fin y al cabo, tenemos algo de tiempo.

«¿Tenemos algo de tiempo? ¿A qué estás esperando, Ford?».

—Espero que no estés planeando nada, Emma —dijo Ford en tono casual, un momento después. Dejó el bloqueador a su lado y cogió el largo cuchillo otra vez—. No solo sé usarlo, además me encanta hacerlo. Grabaré tu nombre en la cara de tu novio, si se te pasa por la cabeza la idea de intentar algo.

—Solo estoy cogiendo los huevos —dijo Emma mientras abría el pequeño frigorífico. Se inclinó sin darse cuenta de lo apetecible que era su culo mientras lo hacía.

Rob sabía que no era el único que la miraba. Necesitaba distraer a Ford de alguna forma, y solo se le ocurría un modo de hacerlo, que era hablar sobre el tema de conversación favorito de aquel hombre: él mismo.

—¿Cómo escapaste, Ford? —preguntó en voz baja.

—De hecho, fue mucho más fácil de lo que esperaba. Solo necesité un amigo... y un montón de pasta. Sin embargo, mereció la pena para poder pasar la mañana con vosotros. Siento que estoy enmendando mi vida, ahora que he superado los errores del pasado.

—¿A qué estás esperando? ¿Qué querías decir con eso de que «tenemos algo de tiempo»?

—Bueno, Emma y tú solo tenéis un poquito de tiempo, claro está. Los dos vais a morir.

A Emma se le cayó una sartén en el fregadero, causando un gran estrépito. En lugar de cogerla otra vez, apoyó ambas manos sobre la encimera, para tranquilizarse. Sus hombros

temblaban mientras sollozaba en silencio.

—¿Te he asustado, Emma? ¿Esperabas que después del desayuno os dejara marchar? —preguntó Ford, agitando el cuchillo frente a la cara de Rob—. El agente sabía desde el principio que pensaba mataros, ¿no es así?

Rob siguió inmóvil.

—Lo siento —dijo Emma. Volvió a coger la sartén. Rob la vio hacer los movimientos necesarios para preparar huevos revueltos y tostadas. Le asustó lo cotidiano que parecía todo. Habría deseado pasar muchas mañanas con Emma haciendo huevos con tostadas. Ahora, lo único que quería era encontrar el modo de mantenerla con vida.

—Tengo que ir al baño —dijo.

—¿Me tomas por imbécil? —dijo Ford, furioso—. Méate encima si quieres, pero no pienso soltarte. Y si me lo pides otra vez, la ataré a ella también.

Rob hundió los hombros en un gesto de abatimiento. Tenía que lograr que Ford pensara que se encontraba tan débil como fuera posible.

Ford se sentó para tomar la comida que Emma puso frente a él. Con una mano sostenía el tenedor para llevarse la comida a la boca y con la otra el cuchillo, que sacudía frente a Emma entre mordisco y mordisco.

Ella permaneció inmóvil junto a los armarios de la cocina, con la mirada baja.

«Buena chica».

—No está mal, Emma, ángel mío, no está mal. Al menos comparado con lo que sirven en la cárcel. No obstante, no está tan buena como la comida que espero comer todos los días a partir de ahora —dijo Ford, con la mirada perdida en el horizonte.

Rob decidió guardar aquel pequeño fragmento de información para más adelante, cuando pudiera ser útil.

Cuando hubo terminado, Ford apartó el plato. Se levantó, se estiró y miró a su reloj, con un gesto teatral.

«Está esperando algo. ¿El qué?».

—Bueno, he disfrutado todo esto y desearía que hubiéramos pasado algo más de tiempo juntos hoy, pero por desgracia, tengo cosas que hacer y sitios a los que ir.

Rodeó con su manaza la muñeca de Emma y tiró de ella para atraerla.

—¡No la toques! —rugió Rob.

—¡No! —gritó Emma—. ¡Por favor!

—Cuanto más te resistas, más lo voy a disfrutar. —Ford rio. Susurró algo en su oído y Emma se puso blanca, quedándose paralizada. Subieron las escaleras juntos y desaparecieron.

Probablemente solo fue un minuto, pero a Rob le dio la impresión de que pasó una vida entera hasta que Ford reapareció en el umbral de la puerta. Parecía satisfecho consigo mismo.

—Ha llegado tu turno, Hope.

La rabia de Rob estaba alcanzado el límite.

—Si le has hecho daño, te...

—Relájate, agente. Emma está arriba. Se encuentra bien. Eso sí, si me das algún problema, subiré y empezaré a cortarle rebanadas.

—¿Qué quieres que haga?

—Voy a quitarte las esposas y a desatarte. Cuando te lo pida, quiero que subas a cubierta. Despacio, muy despacio.

«Esta es mi oportunidad».

Rob esperó el momento adecuado para actuar. Sabía que solo tendría una oportunidad. Sintió

un pico de adrenalina cuando Ford le liberó de las esposas. Después le liberó el otro brazo, pero seguía atado a la silla. Debía esperar.

«Desátame».

Ford tiró de las manos de Rob hacia adelante con brusquedad. Sacó una cuerda gruesa.

—No pensarías en serio que iba a soltarte, ¿no? —se regodeó—. Simplemente, no quiero que te quedes con mis esposas.

Rodeó sus muñecas con la cuerda en lo que a Rob le pareció un nudo Prusik modificado.

—¿Sorprendido? —preguntó Ford—. He aprendido un montón de cosas en el breve tiempo que he pasado en la cárcel. He conocido a algunas personas muy interesantes.

«Pirados como tú, seguro».

Ford apretó el nudo hasta que la cuerda le cortó la circulación de la sangre en las manos, pero Rob se obligó a permanecer quieto. Sentía que la situación estaba alcanzando su clímax y la presión de la cuerda en sus manos era la menor de sus preocupaciones.

Logró mantener la boca cerrada. Iba a esperar el momento en el que Ford le liberase. Iba a...

—Antes de que se te ocurra alguna idea, mi compañero está arriba con Emma. Si piensas que yo soy malvado, es porque todavía no le has conocido a él. Así que no me busques las cosquillas.

«No hay ningún compañero. Ford ha actuado solo todo este tiempo».

Rob estaba que echaba humo por la frustración. No podía asegurar que nadie hubiera subido a bordo y tampoco podía arriesgar la seguridad de Emma. Se quedó sentado, inmóvil, mientras Ford usaba la hoja del cuchillo para cortar la cuerda alrededor de sus piernas. Esta cayó inerte en torno a sus botas.

—Vamos —dijo Ford, retrocediendo dos pasos—. Ve arriba.

Rob se levantó. Tras permanecer sentado durante tanto tiempo, le dolía todo el cuerpo. Estaba empezando a sentir un hormigueo en las manos. Se detuvo un momento.

—Ve arriba ahora y hazlo moviéndote muy despacio. —Ford echó un vistazo a su reloj—. Tienes unos cuarenta segundos antes de que mi compañero le haga daño a Emma.

Rob empezó a andar. Cuando terminó de subir las escaleras, se giró a ambos lados. Vio mar en todas direcciones, pero no a Emma. Su corazón se encogió.

—¿Emma? —preguntó con voz temblorosa.

«Y si he estado sentado aquí, mientras...».

—Estoy aquí —dijo Emma, asomando la cabeza. Le temblaba la voz. Rob nunca la había visto tan asustada antes. Pero estaba viva.

Rob suspiró de alivio.

—Aquí no hay nadie más —dijo Rob, manifestando lo obvio. Ford le había engañado otra vez. Se giró y lo vio a diez pies de distancia, sosteniendo su pistola. Rob estudió con frialdad la forma en la que sostenía el arma. Era evidente que no era la primera vez que cogía una.

—En el bote, no. Pero no mentía cuando dije que no estoy solo. Venga, ponte al lado de Emma. Voy a explicaros a ambos lo que va a pasar. —Apuntó a Emma—. Antes de que se te ocurra alguna genial idea, agente, debes saber que, como respire siquiera sin mi permiso, la dispararé en el estómago. He perdido pacientes a causa de heridas en el vientre y, créeme, no es una forma agradable de morir.

Rob asintió con tirantez y se colocó junto a Emma. Era justo donde quería estar.

Ford les ordenó que caminaran hacia la popa.

Emma miró a Rob. Sus ojos estaban muy abiertos por el miedo. El agua le asustaba tanto como el propio Ford. Pero Rob sintió que recuperaba la esperanza.

«¿Va a dejarnos marchar?».

—¿Qué opinas, Emma, ángel mío? ¿Te gustaría darte un baño?

—No, por favor. No puedo meterme en el agua —suplicó Emma, con la mirada clavada en el océano.

—¡Pero si será divertido! —la provocó Ford—. Tú y los tiburones a solas, dándoos un baño de buena mañana.

Rob permaneció inmóvil. Detestaba ver a Emma aterrorizada, pero el agua era la menor de sus preocupaciones en aquel momento. A él le preocupaba más la pistola.

—Ha sido un verdadero placer conoceros a ambos —dijo Ford. Hablaba como si aquello fuera una despedida.

Un instante más tarde, Emma gritó. Ford le había rajado el brazo por detrás con el cuchillo. Gotas de sangre roja y brillante cayeron sobre la cubierta.

Rob aulló, dispuesto a lanzarse contra Ford, pero, como siempre, este iba un paso por delante. Empujó a Emma con facilidad por el borde. Su cuerpo cayó al agua con un sonoro chapoteo. Emma emergió gritando.

—¿Qué vas a hacer, hombretón? —se mofó Ford.

En esta ocasión, Rob no dudó.



Emma

Emma, nadar nunca se le había dado especialmente bien, pero sabía hacerlo. Tuvo que recordárselo a sí misma mientras chapoteaba, luchando por mantener la cabeza fuera del agua.

Oyó un fuerte chapoteo junto a ella y entró en pánico otra vez antes de darse cuenta de que solo podía ser Rob.

Rob emergió sin problemas. Incluso con las manos atadas frente a él, parecía no tener dificultades para mantenerse a flote.

Su presencia le ayudó a calmarse.

Sobre el bote, Ford comenzó a tararear una cancioncilla. Había agarrado algo pesado y lo arrastraba en su dirección.

—¿Qué es eso? —susurró Emma.

Vio a Ford arrojar los contenidos del pequeño barril por la borda. El agua a su alrededor se tornó roja y aceitosa. Parecía una escena salida directamente de sus pesadillas.

—Relájate, Emma. Solo es cebo —dijo Rob con tranquilidad, pataleando en el agua junto a ella. Su mirada permaneció fija en Ford hasta que el hombre desapareció en el interior de la cabina.

Emma se concentró en mantenerse a flote y respirar despacio.

«Inspirar y espirar».

«Cebo».

«Inspirar y espirar».

«Tiburones».

«Inspirar y espirar».

«Oh, Dios mío».

Emma siguió agitando los brazos y las piernas. Estaba tan asustada que ni siquiera oyó el sonido del motor al encenderse. Aunque llevaba toda la mañana deseando salir del bote, ahora deseó con todas sus fuerzas estar en él de nuevo o en cualquier lugar menos en mitad del mar.

«Sola».

—No estás sola, Emma —dijo Rob.

Emma comprendió que lo había dicho en voz alta.

—Estoy contigo y no me voy a ir a ninguna parte —dijo Rob. Emma le vio retorcerse. Sumergió la cabeza en el agua durante un instante antes de volver a salir.

—¿Estás bien, Rob?

Para cuando alzó la cabeza, sus manos ya no estaban atadas.

—Tenía un cuchillo atado al tobillo —le explicó.

Miró una vez más hacia el bote que se alejaba, que a estas alturas solo era un punto en el horizonte.

—Ese hijo de puta se ha llevado mi barco.

En esta ocasión, Emma no pudo hacer otra cosa que reírse.

—Sigue nadando conmigo, Emma. Lo estás haciendo genial.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó.

Rob enarcó una ceja.

—Vamos a nadar hasta la orilla —respondió.

Emma trató de encontrar la orilla, pero solo vio el océano extendiéndose en todas

direcciones.

Justo entonces, una ola enorme surgió frente a ellos. Vio a Rob girar hacia un lado e intentó hacer lo mismo, pero fue demasiado lenta. La ola cubrió su cabeza y respiró agua salada. El peso de su ropa la empujaba hacia abajo. Eso la retrotrajo a aquella noche de hacía un año, al momento en el que se dio cuenta de que se estaba ahogando. El pánico la hizo perder el control, y empezó a patallar. Algo tiró de ella, pero ya no sabía si era hacia arriba o hacia abajo. Intentó resistirse, pero sus puñetazos eran muy débiles.

—Tranquila, Emma —dijo Rob con calma—. No pierdas la cabeza. Todo va a salir bien.

—No podemos nadar hasta la orilla —gritó—. Ni siquiera sabemos dónde está. Vamos a morir aquí.

—No vamos a morir aquí —dijo Rob pacientemente—. Pero tenemos que empezar a nadar.

Rob le indicó una dirección y Emma no tuvo el coraje necesario para preguntarle si la había elegido al azar o realmente sabía que la costa se encontraba allí.

—Estamos vivos, Emma —dijo Rob—, así que vamos a nadar. Por favor, hazlo conmigo. Ford ha cometido un grave error si piensa que vamos a morir aquí.

Emma comenzó a avanzar. Aquellas palabras de ánimo le infundieron coraje y nadó hasta que sintió que sus brazos iban a desprenderse de su cuerpo.

—Lo estás haciendo muy bien. Sigue impulsándote con las piernas. Tienen más fuerza que tus brazos.

Otra ola apareció frente a ellos. Emma se revolvió, dando por sentado que iba a ser engullida de nuevo, pero en esta ocasión Rob la empujó hacia arriba y fue capaz de mantener su cabeza por encima del agua.

—Gracias —dijo con voz entrecortada.

La parte posterior de su brazo palpitaba allí donde Ford la había cortado, pero Emma no se detuvo a mirarlo. Siguió nadando, no porque realmente pensara que iban a acercarse a la orilla, sino porque Rob estaba resuelto a ello y quería que siguiera creyendo que era posible.

Y entonces vio algo en el horizonte. Parpadeó un par de veces para deshacerse del agua salada que le entraba en los ojos y asegurarse de que no eran imaginaciones suyas. Pero no, allí estaba: una fina línea rojiza en el horizonte.

—¡Tierra! —gritó.

Miró hacia atrás, sorprendida de que Rob no respondiera.

—Tierra firme —repitió, pero Rob estaba mirando a algo que había tras ellos.

—¿Qué ocurre, Rob?

Y entonces lo vio, una sombra oscura y triangular surgiendo del agua. A pesar de que no era una aleta completa como en las películas, no había confusión posible. Emma se sintió dominada por un miedo primitivo. Era como el miedo a la oscuridad, pero multiplicado por cien y luego multiplicado por mil.

La aleta giró en el agua, creando un perezoso semicírculo a su alrededor.

La luz del sol incidió sobre la superficie durante un instante y Emma pudo ver la forma que había bajo la aleta.

Se quedó sin aliento.

El tiburón era enorme. Medía por los menos quince pies. Puede que incluso más.

«¿Cómo puede ser tan grande?».

El hecho de que en aquel momento estuviera nadando, alejándose de ellos, no sirvió para atenuar su miedo.

Lanzó una mirada furibunda hacia Rob.

—¿Cuándo pensabas decírmelo?

—Confiaba en que pudiéramos esperar a alcanzar la orilla.

Mientras le observaban, el tiburón cambió de rumbo, nadando sin prisa de nuevo en su dirección. Parecía estar verdaderamente interesado en ellos.

—No nos va a dejar llegar a tierra, ¿verdad?

Rob mantenía la mirada fija en el animal.

De pronto, una pequeña nube roja flotó junto a su brazo herido, tiñendo el agua a su alrededor.

«Oh, Dios, puede olerme, puede oler la sangre».

Emma era capaz de recordar cientos de datos inútiles que les había enseñado a sus alumnos. Uno de ellos acudió a su mente en aquel momento: los tiburones podían oler una molécula de sangre a millas de distancia.

Y ese monstruo no estaba precisamente a millas de distancia.

—Aléjate de mí, Rob —susurró—. No tiene sentido que muramos los dos.

Como estaba segura de que no iba a acceder, comenzó a alejarse de él tan rápido como le permitieron sus miembros. No hacia el tiburón, no era tan valiente, sino en lateral, paralela a la tierra a la que se estaban dirigiendo. Si se separaban, el tiburón tendría que elegir a uno de ellos.

A Rob le llevó escasos segundos alcanzarla. Sus hombros se hinchaban con cada brazada y sus brazos parecían deslizarse en el agua sin esfuerzo. Había olvidado lo buen nadador que era.

—No puedo nadar más deprisa que un tiburón blanco, Emma —le dijo, alcanzándola y tirando de su brazo sano.

—Apártate de mí —habló en susurros, por si acaso. No sabía si los tiburones podían oír o no—. No tienes que nadar más rápido que un tiburón, solo más rápido que yo.

El agua vibró a su alrededor. El tiburón se acercaba.

Aún se movía con desgana, como si tratara de decidir qué hacer con ellos. Pero se estaba acercando y Emma sabía que el instinto acabaría imponiéndose en algún momento.

—Todo va a salir bien —dijo Rob. Tenía una expresión decidida—. Sigue nadando hacia la orilla, Emma. No voy a permitir que te haga daño. Sigue y no te detengas, pase lo que pase.

Emma nadó; había olvidado ya el dolor. Quizá se estaba equivocando. Quizá el tiburón simplemente sentía curiosidad y tendrían el tiempo suficiente...

Y entonces el animal se dio la vuelta y dejó de dar tranquilas vueltas a su alrededor. De pronto, Emma no solo pudo ver la aleta, sino también su cuerpo en forma de torpedo.

Avanzó hacia ellos, ganando velocidad y Emma supo que no lo conseguirían.



Rob

Rob sostuvo el cuchillo y deseó que fuera mucho más grande. Sus vidas dependían de su habilidad con él. El tiburón seguía avanzando.

«Al menos mide doce pies».

El corazón de Rob retumbaba en su pecho.

El animal estaba tan cerca que podría haberlo tocado si hubiera alargado el brazo.

Rob empujó a Emma detrás suyo para reducir las opciones del tiburón. Iba a tener que ir a por él. Bajo el agua, la forma seguía ganando velocidad, pero su boca seguía cerrada.

«Va a golpearme con el morro antes de morder».

Rob ladeó el cuerpo, protegiendo el brazo del cuchillo, justo cuando el tiburón le embistió y le arrastró por el agua. Rob concentró todas sus fuerzas en el brazo que sujetaba el cuchillo.

Inspiró una honda bocanada de aire y sumergió la cabeza. Fue recompensado con un primer plano de las branquias del tiburón.

El animal abrió la boca, revelando línea tras línea de dientes afilados en forma de aleta. Rob distinguió algo oscuro atrapado entre dos dientes.

Desvió la mirada más allá de la boca. En aquel momento tan terrible e insólito, el enorme globo ocular del tiburón se le antojó extrañamente humano. La visión era casi hipnótica. Habrían podido quedarse así más tiempo, pero Rob sabía que tenía las de perder; era él quien se estaba quedando sin aire. Lanzó hacia adelante el brazo del cuchillo en un intento de alcanzar su ojo, pero el animal giró la cabeza en el último momento y Rob terminó arañando la piel de su frente.

Desesperado, lanzó tajos contra su morro. Una. Dos. Tres veces. El tiburón retrocedió y nadó a más profundidad. Alejándose de ellos.

«Eso no le ha gustado».

Rob salió a la superficie a coger aire.

—¡Rob! —gritó Emma. Rob detectó el pánico en su voz, pero trató de concentrarse en el problema más acuciante—. ¿Se ha ido?

—No lo creo —respondió. Si aquellos eran sus últimos momentos en la Tierra, no quería mentirla.

Mientras miraba, la gran aleta volvió a aparecer. Rob se preparó para otro ataque y agarró el cuchillo con más fuerza. Quizá si esta vez apuntaba a las branquias...

—¡Jessy! —balbuceó Emma.

Rob apartó la mirada de la aleta durante un segundo y vio a Jessy en la moto acuática.

—¡Jessy! —gritó Emma, esta vez más fuerte. Agitó los brazos por encima del agua.

Rob volvió a concentrarse en el tiburón. El escualo seguía allí, pero había vuelto a moverse en círculos, frustrado con la aparición de aquella nueva molestia.

—¡Subid! —dijo Jessy, situando la moto acuática entre ellos y el tiburón.

Rob alzó a Emma desde abajo con un empujón torpe y Jessy tiró de sus brazos hasta que sacó su cuerpo del agua.

—Llévate a Emma de aquí —le ordenó Rob.

Emma temblaba, agarrada contra la espalda de Jessy.

—Por favor, no le escuches —suplicó—. Hay un tiburón.

La aleta ya no era visible, pero quizá eso quería decir que se encontraba bajo ellos.

Jessy asintió.

—Deja de comportarte como un idiota y sube, Rob —dijo la científica con impaciencia—.

Esta preciosidad puede llevarnos a los tres.

Rob sacudió la cabeza, preocupado.

—Preferiría que te llevaras a Emma y luego volvieras a por mí.

—No seas bobo. Para entonces, ese tiburón estará usando tus huesos de mondadientes. ¡Sube! No quiero que acaben matando a uno de mis tiburones porque tuvo la mala suerte de devorar al ayudante del sheriff —dijo Jessy, riéndose de su propia broma.

—Por favor, Rob —suplicó Emma—.

Por fin, Rob se agarró a la parte trasera de la moto acuática y se impulsó con los brazos. Apretó su pecho con fuerza contra la espalda de Emma, que quedó emparedada entre él y Jessy.

—Relájate, Emma —dijo Jessy, acelerando—. Los tiburones no atacan nada que sea más grande que ellos.

El cuerpo de Emma seguía en tensión. Y, aunque físicamente Rob no podía acercarse más a ella, existía una distancia emocional entre ellos, que Rob temía no poder cruzar.

Jessy siguió hablando, pero Rob casi no era capaz de escucharla. Toda su atención estaba centrada en Emma.



Rob

Rob miró a su espalda. Casi esperaba ver al tiburón blanco saltando del agua para atacarles, pero el océano estaba en calma.

El motor de la moto acuática rugía. Pese a las palabras de Jessy, Rob sabía que aquel vehículo no estaba preparado para llevar a tres pasajeros adultos. Ahora que se habían alejado del tiburón, Jessy redujo un poco la velocidad.

Sintió que Emma se desplomaba contra él. Se tensó un momento y le puso los dedos en el cuello. Suspiró de alivio cuando sintió que latía con fuerza.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Jessy, lanzando una rápida mirada atrás.

—Creo que se ha quedado dormida, pero tenemos que llevarla al hospital. —Se echó hacia adelante, cargando con el peso de Emma para que estuviera más comfortable—. ¿Qué pasó después de que nos dejaras en el bote, Jessy? ¿Por qué volviste?

Jessy alzó la voz para hacerse oír por encima del rugido del motor.

—Me resultó extraño ver a Emma aquí cuando toda la ciudad sabe que le tiene miedo al agua... Lo justifiqué pensando que quizá, tras el susto de hace unos días, os habíais recuperado y estabais disfrutando de un rato a solas. Pero cuando le pregunté a Emma por su brazo, se tocó el izquierdo. Y yo estaba *allí*. La dispararon en el derecho. No había traído el teléfono, así que volví al muelle y detuve al primer barco de pesca que encontré. Usé el teléfono del capitán para llamar a la comisaría. De hecho, creo que he despertado a Alma.

Rob sonrió.

—Muy astuta —la elogió—. De hecho, ambas lo habéis sido. De no ser por vosotras, habríamos muerto allí.

—No sabía si estaba preocupándome por nada, pero Susan y Darryl llegaron al muelle casi de inmediato. Ahora mismo están buscando tu barco. Sentí que... quería darme otra vuelta por la zona, por si acaso. Era una oportunidad de poner a prueba mi nuevo equipo infrarrojo. Así es como te encontré.

—Me alegro de que lo hicieras. No creo que hubiera tenido mucha opción contra ese tiburón.

—Me sorprende no haberlo visto antes. Ojalá hubiera podido echarle un vistazo más de cerca.

—Te puedo contar todo sobre él —bromeó Rob—. Estuve frente a su ojo durante un buen rato.

—Ya, menos mal que te encontré antes de que te hiciera daño —dijo Jessy. Rob se preguntó si estaba feliz de que no hubiera muerto o de que las autoridades no tuvieran que organizar la caza de un tiburón devorador de hombres.

«Probablemente, ambas cosas».

Las costillas de Rob protestaron por la paliza que había recibido, pero no cambiaría el peso de Emma contra su pecho por nada del mundo. Aún no podía creer la suerte que habían tenido.

Por fin, vio el muelle aparecer en la distancia.

—Menos mal, porque el motor está a punto de dejar de funcionar —dijo Jessy.

—Lo siento. Haré que alguien lo revise.

—No pasa nada —dijo ella mientras se encogía de hombros. Rob sabía que el dinero no era un problema para Jessy; no le importaba lo más mínimo hacerse con una nueva moto acuática si era necesario.

—Por favor, insisto.

—De acuerdo. Pero creo que además deberías pagar una ronda de cervezas: para mí y para toda la gente que os ha estado buscando —dijo Jessy y señaló la barca patrullera que se dirigía hacia ellos.

—¡Rob! —gritó Susan, agitando la mano hacia él.

La enorme silueta de Darryl apareció tras ella. Su cara, normalmente bronceada, estaba pálida.

Un momento más tarde, la moto acuática llegó a la barca. Darryl y Susan corrieron hacia la popa. Darryl llevaba una cuerda de amarre en la mano. Cuando llegó, aseguró la moto acuática con un nudo de bolina.

—Ya está —dijo—. No irá a ninguna parte.

—Emma, despierta —dijo Rob con suavidad. Emma se sobresaltó. Por un momento parecía que iba a entrar en pánico, pero se relajó visiblemente cuando miró a su alrededor y solo vio caras amistosas.

—No puedo creer que me haya dormido —dijo avergonzada.

—Has sufrido un bajón de adrenalina —dijo Rob, que no quería que se preocupara—. Es absolutamente normal. Vamos a subirte al barco.

Darryl se puso de rodillas, tratando de mantener la moto acuática tan estable como era posible. Al principio, Emma no se movió. Su cuerpo temblaba como un flan.

—No dejaré que te caigas, te lo prometo —susurró Rob en su oído.

—No debería estar tan asustada, ¿verdad? Después de todo lo que ha pasado —dijo ella—. Pero lo estoy.

—Eres la mujer más valiente que conozco —dijo Rob—. Gracias a ti, Jessy llegó a tiempo a por nosotros. Menuda rapidez mental.

—¿Te diste cuenta? —Emma preguntó a Jessy. Parecía contenta.

Jessy sonrió. Su rostro, que normalmente permanecía serio, se iluminó. Sus ojos recorrieron el océano.

—No te preocupes —dijo Jessy—. El tiburón no nos ha seguido.

Emma asintió y dejó que Darryl la ayudara a subir al barco. Este se inclinó para ayudar también a Jessy, pero esta ignoró su mano y abandonó la moto acuática con facilidad usando sus zapatos de goma.

Sin el peso combinado de ambas mujeres, la moto acuática se balanceaba arriba y abajo. Rob se agarró agradecido al brazo de Darryl y se impulsó hacia el barco.

—Estamos listos, Walsh —dijo Darryl, con su tono de voz grave habitual.

—¿Está pilotando Adrian?

Darryl asintió.

—Habíamos salido a correr juntos cuando nos llamó Susan.

—No sabéis lo feliz que estoy de veros —dijo Rob.

—Y tú no tienes idea de lo feliz que estoy yo de que no estuvierais en tu barco —dijo Susan. Sus labios formaron una fina línea alrededor de su boca.

Darryl apoyó la mano sobre el hombro de Rob. Por primera vez se dio cuenta de que la ropa de su amigo estaba manchada de hollín. Se había lavado la cara y las manos, pero todavía había marcas de ceniza en algunas partes.

—¿Qué le ha pasado a mi barco? —preguntó.

—Estaba en llamas. Logramos apagarlas, pero... Digamos que la cocina ya no existe.

—Ni siquiera tendríais que haberos acercado —dijo Rob, pensando en el peligro que habían corrido Darryl y Adrian.

—Tenían que hacerlo —Susan intervino en un tono tranquilo poco habitual—. Debían averiguar si Emma y tú estabais dentro.

Emma se había acercado en silencio hasta situarse detrás de ellos.

—Lo siento, Rob, sé lo mucho que amabas ese barco —le dijo. Sus ojos brillaban por las lágrimas.

Rob procesó la información, dándose cuenta de que no importaba.

—No pasa nada —dijo—. De verdad. Hace una hora habría estado dispuesto a entregar mucho más que un barco, a cambio de nuestras vidas.

Rob trató de poner orden en su cabeza. Necesitaba una manta para Emma. Por fortuna, el bote patrulla tenía de sobra. Miró en el espacio que había bajo los asientos y sacó un par. Envolvió a Emma con una de ellas. Emma se arrebujó en la manta áspera, agradecida.

—La segunda manta es para cuando recuperes un poco las fuerzas. Tienes que bajar y cambiarte.

Aunque allí había ropa, probablemente no habría nada de la talla que usaba Emma. Pero por lo menos estaría seca.

Miró al lugar donde había visto a Jessy por última vez, confiando en que acompañaría a Emma y le ayudaría a cambiarse, pero la científica ya no estaba allí. Darryl y ella se habían apartado unos cuantos pasos y estaban manteniendo una acalorada discusión en voz baja. Fuera cual fuera el motivo, no parecían felices. Ambos tenían el ceño fruncido. Darryl cogió con delicadeza a Jessy del brazo, pero Jessy se sacudió con violencia y salió a toda prisa hacia la cabina.

Rob se preguntó a qué vendría aquella discusión.

—¿Tú no te vas a cambiar de ropa? —preguntó Emma, devolviéndole al presente.

—No me va a pasar nada por unos minutos. Primero tengo que hablar con Susan.

—Bajaré a cambiarme —dijo Emma. Envuelta en aquella manta enorme, parecía una niña con un disfraz de Halloween.

—Estaré aquí cuando estés lista. ¿Me dirás si necesitas algo?

—De acuerdo —dijo asintiendo.

Rob se acercó a Susan.

—Tenemos que llamar al FBI.

La agente le miró como si estuviera loco.

—Ya lo he hecho. No eres la clase de persona que desaparece en mitad de una crisis, Rob. ¿Qué creíste que iba a pensar? Mientras hablamos, los agentes especiales Vasquez y Ramsay están de camino. Esta vez, vienen con un equipo.

—¿Entonces ya se han olvidado de México?

—Cuando les llamé, ya estaban volviendo. Los indicios que apuntaban a México no llevaban a ningún sitio.

—¿Cómo lo descubrieron?

—Al final, tuvieron suerte con una cámara de tráfico que había en una gasolinera. El hombre se parecía a Ford en sentido general, pero nada más. Incluso sospechan que podría estar llevando maquillaje para hacerse pasar por alguien más mayor. Y, gracias a ti, ahora saben dónde está Ford.

—¿Y si no hubiera sido Ford? —preguntó Rob, sorprendido por el riesgo que había corrido la joven agente movilizándolo a medio FBI por una corazonada.

Susan se encogió de hombros, sonriente.

—Entonces probablemente estaría buscando otro trabajo —dijo. Luego le entregó su teléfono

- . Por cierto, quizá deberías llamar a la agente especial Vasquez. Estaba muy preocupada por ti.
El motor del barco se revolucionó durante un instante antes de bajar de nuevo el ritmo.
- Llamaré en cuanto lleguemos al hospital.
- ¿Al hospital?
- Quiero asegurarme de que Emma está bien.



Rob

—Emma se va a poner bien, agente Hope —dijo la doctora Leroy.

Rob alzó la vista para mirar a la médica, pues con los tacones era algo más alta que él.

—Le he administrado fluidoterapia intravenosa. Estaba algo deshidratada, pero podrá irse a casa en un par de horas. —Su expresión se ensombreció—. Espero no verla de nuevo en mucho tiempo —añadió.

—Yo también lo espero —dijo Rob—. Gracias, doctora.

—Y ahora, ¿por qué no te sientas aquí un momento para que te dé unos puntos en esa herida que tienes sobre el ojo? Te pondré anestesia en la zona y no te darás ni cuenta. —La forma alegre con la que lo dijo le hizo sonreír.

—¿No estoy interrumpiendo tu trabajo? —le preguntó. Sabía que Barbara Leroy era la pediatra de Sharp's Cove.

—Es sábado por la mañana. Soy la única médica de guardia —le explicó con paciencia mientras sacudía la cabeza—. Si hubiera algo más urgente no dejaría que me entretuvieras. Ahora, si ya has terminado de comportarte como un bebé, siéntate y relájate.

Rob experimentó una sensación ardiente en su frente y apretó la mandíbula.

—Ya está. Estoy hecha una artista, si se me permite decirlo.

—Gracias, doctora Leroy —dijo Rob.

—¿Tienes alguna otra herida a la que deba echar un vistazo? Me da la impresión de que tu respiración es un poco extraña.

—Es posible que me haya fracturado una costilla, pero estaré bien —añadió con rapidez. No podía perder tiempo en la máquina de rayos equis—. Volveré si empeora.

—De acuerdo, pero tómalo en serio, por favor. Las costillas rotas pueden perforar los pulmones con facilidad.

—Lo haré, doctora —dijo Rob—. Lo siento, tengo que coger esta llamada.

—Volveré a la sala de urgencias para ver cómo está Emma. Si necesitas algo, avisa a una enfermera.

Rob asintió y cogió el teléfono. Ya había dejado de sonar. Marcó el número de Lorraine con impaciencia, deseando que los agentes del gobierno ya hubieran aterrizado. Si querían atrapar a Ford, debían dejar de volar de acá para allá y quedarse en Sharp's Cove. Rob estaba convencido de que era allí donde iban a sucederse los acontecimientos.

—Rob, ¿cómo estás? ¿Emma y tú estáis bien?

—Estamos bien. ¿Dónde estáis vosotros, Lorraine? Sí, por supuesto que estoy seguro de que es Ford. Me atacó en mi propio barco —admitió Rob, rojo de vergüenza—. Nos llevó a mar abierto y trató de darnos de comer a los tiburones. Y no está solo. Alguien debe de haberle recogido tras prender fuego a mi barco. Mierda, probablemente ahora ya esté lejos de aquí.

La agente especial del FBI le dejó concluir antes de interrumpirle.

—Hemos informado a los guardacostas. Ellos también le están buscando. Pero no estoy tan segura de que se haya ido.

—¿A qué te refieres?

—Corrió un riesgo enorme al venir aquí a buscar a Emma, Rob.

—Dijo que quería enmendar las cosas. Veía el asesinato de Emma como el primer paso para conseguirlo.

Rob casi podía ver a Lorraine asintiendo y mordiéndose el labio al otro lado del teléfono.

—Probablemente, esa es la primera vez que ha dicho la verdad. Para su mente enferma, no haber logrado matar a Emma supuso el principio del fin. Pero Emma no es la única mujer de la que quiere vengarse.

—Natalie.

—Exacto. Si hubierais desaparecido, habríamos pedido a Natalie que volviera.

A Rob se le heló la sangre al pensarlo. Salió de la habitación y recorrió el pasillo en dirección a la sala de urgencias.

—Ford lo sabía.

—Tenemos que asegurarnos de que Natalie y Hunter permanecen lejos de aquí hasta que todo haya terminado —dijo Lorraine.

Rob se quedó en silencio durante un momento. Vio a una mujer y a un hombre alto entrando en el pasillo a la carrera. El hombre se detuvo para sostenerle la puerta a ella. A pesar de que el vientre de la mujer había crecido de forma sustancial en solo un par de semanas, Rob no tuvo problemas en reconocer a su jefa y a su marido.

—Puede que eso no sea tan sencillo, Lorraine —dijo con suavidad—. Creo que Natalie y Hunter acaban de llegar. Voy a hablar con ellos. ¿Puedes reunirte con nosotros en la comisaría?

Colgó y caminó con rapidez en la dirección en la que había visto desaparecer a Natalie y a Hunter.



Emma

—¡Em!

Emma reconoció la voz. Giró la cabeza hacia la entrada tan rápido que su cuello crujió.

—Nat... ¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó a su mejor amiga.

Dejó de hablar cuando se percató del cambio en la figura de Natalie. Su vientre se había redondeado sustancialmente en las semanas que había estado fuera y ahora parecía que se hubiera tragado una pelota de baloncesto. Hunter caminaba tras ella. Se mantuvo a una distancia cautelosa de la cama y miró en dirección a la puerta.

—¿Cómo te encuentras, Emma? —preguntó con su voz profunda.

—Estoy bien, gracias a Rob —dijo Emma. Sintió que se ruborizaba. Iba a tener que contarle a Natalie lo que había ocurrido entre ellos—. ¿Qué estáis...? ¿Cómo...?

Rob apareció tras ellos. Él y Hunter se estrecharon la mano.

—Me alegro de que ambos estéis bien.

—¡Rob! —dijo Natalie.

Emma se quedó mirando mientras Natalie catalogaba los moratones en la cara de Rob. También estaba informada sobre aquellos que no eran visibles.

—¿Qué estás haciendo aquí, Natalie? —dijo Rob. Habló con severidad sin dejar de observar a su jefa embarazada.

—¿A qué te refieres? Cogimos el primer avión que salía de Santa Lucía en cuanto colgamos el teléfono.

Rob miró a Hunter, que sacudió la cabeza en su dirección.

—No pude hacer nada para detenerla.

Los ojos de Natalie se llenaron de lágrimas. Se las limpió con rabia.

—Cuando aterrizamos, tenía un mensaje en el teléfono. Era de Ford. Me llamó. Dijo que ambos habíais muerto. Pensé... —Por un momento pareció que iba a desmayarse.

Emma se sentó en la cama y se echó a un lado, con cuidado de no mover mucho el brazo de la vía. Hunter rodeó a su esposa con el brazo y la condujo hasta la cama, empujándola con suavidad para que se sentara. Emma la abrazó.

—Nat, por favor, no llores. Estamos bien. De verdad. Me alegro mucho de que estés aquí.

Emma alzó la mirada por encima de Natalie para clavarla en Hunter. Era difícil de creer que hubiera sido capaz de imaginarle haciendo daño a Natalie en algún momento. Todo lo que veía ahora era amor brillando en lo más hondo de su mirada. Vio la cicatriz sobre uno de sus ojos, un recuerdo de su último encuentro con Ford. Hunter no hablaba de ello, pero Natalie le había dicho que nunca había recuperado la visión por completo.

—Natalie, no deberías estar aquí —dijo Rob con rigidez—. Acabo de hablar por teléfono con Lorraine. Ford quería que vinieras. En su mente enferma, las cosas le empezaron a ir mal cuando Emma y tú sobrevivisteis.

—Que intente acercarse —dijo Hunter y en esta ocasión, su voz tomó un cariz amenazante—. Tendrá que vérselas primero conmigo.

—Rob, ¿de verdad pensaste que Hunter y yo nos íbamos a quedar al margen, sabiendo que estabais en peligro? Somos familia...

Los ojos verdes de Rob centellearon peligrosamente. Parecía que iba a añadir algo, pero luego se lo pensó mejor.

—Lorraine y su compañero están de camino. Se reunirán con nosotros en la comisaría —dijo.

Miró a Emma con preocupación. Esta se dio cuenta de que no quería dejarla sola.

—Estaré bien en el hospital, Rob —le prometió—. La doctora Leroy me ha dicho que podré irme a casa en un rato.

—Pero no sola —protestó Rob.

—Te prometo que te llamaré cuando esté lista.

Por fin, Rob transigió.

—De acuerdo. Es que... necesito saber que estás a salvo.

Emma asintió. Después de todo lo que habían pasado juntos, comprendía su preocupación. Ella sentía lo mismo por él. Pero no podía impedirle hacer su trabajo.

—Estaré bien —susurró, rodeándole con los brazos—. Puedes quedarte en mi casa esta noche.

Rob la apretó con fuerza.

Emma miró a Natalie, que permanecía junto a la puerta, con la boca abierta por la sorpresa. Emma se encogió de hombros y sonrió con timidez.

«Supongo que ya se ha revelado el secreto».

—Te veré enseguida —le dijo, para echarles de la habitación del hospital antes de que los tres amigos decidieran montar el campamento allí—. Te llamaré en cuanto la doctora Leroy me diga que puedo irme a casa.



Rob

—Sí, supongo que Emma y yo...

—No tienes que explicarme nada, Rob. —Natalie rio—. Lo comprendo y me alegro por ti. — Por un momento, se puso seria—. Siempre y cuando no le hagas daño.

—Moriría antes de hacerle daño —dijo. Le asaltó el recuerdo de Emma esposada a los armarios de su cocina y le entraron ganas de vomitar. Sus costillas palpitaron y deseó haber aceptado los calmantes que le había ofrecido la doctora.

—Jefa, estuvo tan cerca —dijo—. Si no hubiera aparecido Jessy, Emma habría muerto.

—Ambos podríais haber muerto, Rob —dijo Natalie—. Por eso tenemos que detenerle.

—Eh... Con todos los respetos, Natalie, estás de baja —le dijo Rob a su jefa.

Hunter le miró con gratitud, pero Natalie sacudió la cabeza.

—No voy a ir a ninguna parte hasta que atrapen a Ford.

—Escúchale, Nat. —Hunter se pasó una mano por el pelo corto, con impaciencia—. Puedes quedarte aquí, pero no hay necesidad de estar en primera línea en esta ocasión. Piensa en...

—Por supuesto que estoy pensando en ella, Hunter. —Natalie resopló. Su mano se dirigió hacia su barriga y su expresión se suavizó—. Soy consciente de todo lo que está en juego y no voy a ponerla en peligro.

Hunter apoyó la mano sobre el estómago de su mujer y entrelazó los dedos con los suyos.

Rob apartó la mirada de aquella escena tan íntima. A pesar de que Natalie sabía más que nadie sobre Ford y de que su experiencia podía resultar de utilidad, Rob deseó que no hubieran venido.

Rob encontró el coche patrulla que Susan le había dejado fuera del hospital y hurgó en su bolsillo hasta encontrar las llaves. Esperó a que Natalie se colocara el cinturón a un lado de la tripa antes de conducir despacio hasta la comisaría.

—¿Qué aspecto tiene Ford, Rob? —preguntó Natalie junto a él.

—Ha echado algo más de músculo durante este año —dijo Rob.

—Genial, justo lo que necesitamos —dijo Hunter desde el asiento de atrás.

—Y hay algo más. Está loco de atar y ya no intenta ocultarlo. Después de todo lo que ha hecho, debería de sentir remordimientos, pero parece... complacido. —Rob negó con la cabeza—. Y está claro que ha tenido ayuda.

Al llegar a comisaría, Rob se fijó en la mirada de Hunter a través del retrovisor. La posibilidad de que Ford se atreviera a entrar en la ciudad era remota, pero, de hacerlo, sería con Natalie como objetivo.

—Natalie, espera un segundo, por favor —le pidió Rob. Hunter y él salieron del coche y echaron un vistazo. Todo parecía en orden. Hunter se acercó a abrir la puerta de Natalie y la ayudó a salir del coche. Rob permaneció al otro lado en actitud vigilante y luego entraron los tres juntos en la comisaría.

Tanto Hunter como él suspiraron de alivio cuando la puerta se cerró tras ellos.

—Natalie —dijo Susan, acercándose a abrazar a su jefa. Se dio un golpecito contra el vientre de la mujer y rio—. Guau.

—Sí, ya no falta mucho —dijo Natalie.

—¿Han llegado los agentes del FBI?

—Estamos aquí —dijo Lorraine, saliendo de la oficina de Rob. Su compañero la siguió, como era habitual. Rob sintió cómo parte de su rabia se desvanecía al percibir el obvio cansancio

de Lorraine, sin duda un reflejo del suyo propio—. Natalie, Hunter. Me alegro de que estés bien, Rob.

«¿Cuándo fue la última vez que durmió?».

—Sheriff, agente —dijo su compañero, abriendo la boca por primera vez. Al contrario que Lorraine, James Ramsay parecía encontrarse perfectamente. A pesar de haber estado viajando durante todo el día, su camisa y su traje oscuro estaban casi desprovistos de arrugas por completo.

—Acabo de hablar con los guardacostas. Están remolcando tu bote de vuelta. No han visto otros barcos en las inmediaciones.

Rob sacudió la cabeza.

—Ford está por aquí, en alguna parte. No se va a largar, créeme. Sé que tiene un plan, pero no sé cuál.

Lorraine asintió.

—Te creemos, Rob. Ya nos ha engañado suficientes veces. Nos quedaremos en Sharp's Cove hasta que lo encontremos —dijo con vehemencia. Tras ella, su compañero asintió, pese a que solo parecía vagamente interesado en la conversación.

Natalie se sentó y frunció el ceño.

—¿Estás bien? —le preguntó Hunter, preocupado—. ¿Quieres un poco de agua?

—No entiendo esa obsesión por ofrecerme agua todo el tiempo, Hunter —dijo Natalie—. Estoy embarazada, no deshidratada.

Hunter rio y alzó las manos en un gesto conciliador.

—Lo siento —le dijo, aunque no parecía arrepentido en lo más mínimo.

—No puede haber desaparecido sin más —dijo Rob, mirando un mapa de Sharp's Cove. Puso una chincheta en la zona en la que habían descubierto su bote. Estaba a veinte millas de la costa—. Tenemos que encontrarle.

—Llamaré a Darryl —intervino Susan—. Él y Adrian le están buscando. Quizá hayan visto algo. —Entró en la oficina para hacer la llamada.

—¿Y si le hacemos saber que estoy aquí? —preguntó Natalie.

—¡No! —dijeron Hunter y Rob al mismo tiempo.

—De hecho, no es mala idea —dijo James con expresión distraída.

—No —dijo Rob con firmeza—. No vamos a utilizar a Natalie como cebo y a ponerla a ella y a su hija en peligro. —De nuevo, Hunter le lanzó una mirada agradecida—. Ni siquiera tendríais que haber vuelto. Es justo lo que Ford quería, teneros a Emma y a ti juntas en el mismo sitio otra vez.

Natalie asintió.

—De acuerdo, Rob, lo haremos a tu manera —dijo en voz baja.

Susan regresó, sacudiendo la cabeza.

—Están volviendo. Darryl dice que no han visto a nadie. Es como si hubiera desaparecido de la faz de la Tierra.

Rob cerró los ojos con fuerza un instante. No le gustaba nada esto. Luego volvió a abrirlos.

—Susan, ¿podrías por favor conducir al hospital y recoger a Emma cuando le den el alta?

Susan asintió.

—¿A dónde la llevo?

—Aquí —dijo Rob sin dudar—. Quiero que esté con uno de nosotros en todo momento hasta que atrapen a Ford.

«La quiero aquí conmigo».



Emma

Mientras la enfermera le sacaba la aguja del brazo, Emma miró la bolsa vacía que aún colgaba del gancho. La doctora le había asegurado que solo era suero para ayudarla con la leve deshidratación.

—¿Seguro que no había nada ahí dentro para hacerme dormir? —preguntó a la enfermera.
«Nunca antes me había sentido tan cansada».

La enfermera apretó una gasa cuadrada contra su brazo.

—No, cariño, es solo una solución salina común. —Observó a Emma con perspicacia—. Ya está. Cuando estés lista, quédate sentada un rato. Si no te mareas, puedes irte a cambiar en unos minutos. Llámame si sientes algo raro o necesitas ayuda, ¿vale?

—Seguro que estaré bien —dijo Emma, tratando de ocultar su impaciencia.

—Sabes dónde se encuentra el botón de llamada, por si necesitas algo. Recuerda mantener los puntos del brazo secos. Es importante, o te quedará cicatriz.

—Gracias —dijo Emma. Apartó las mantas y dejó los pies colgando de la cama. Esperó hasta que la enfermera cerrara la puerta tras ella antes de levantarse. No tenía tiempo que perder. Necesitaba salir de allí y encontrar a Rob antes de que hiciera alguna estupidez.

Agarrando la parte trasera de la bata de hospital para que no se abriera, Emma se dirigió al baño. Se miró un momento al espejo, tiempo más que suficiente para confirmar que su aspecto reflejaba a la perfección lo mal que se sentía.

«Roja e hinchada».

Claramente no era una de esas mujeres sobre las que leía a veces, a las que el estrés las dejaba pálidas y hermosas.

Bajó la vista a sus brazos. Ambos llevaban vendas limpias y recién colocadas. Cuando todo hubiera terminado, iba a tener cicatrices casi simétricas.

Se quedó congelada cuando escuchó un ruido en el cuarto.

—¿Hola? —dijo, algo vacilante.

—Emma, soy Susan. He venido a traerte algo de ropa. Espero que sea de tu talla.

—Gracias, Susan. Seguro que está bien.

—Tómate tu tiempo para vestirte. Mientras voy a acercar el coche a la entrada de urgencias, ¿vale? Te veré allí.

—Perfecto, gracias.

Emma retiró el envoltorio de una pastilla de jabón sin fragancias y la usó para frotarse con rapidez allí donde pudo alcanzar. Luego se secó con la pequeña toalla. Había renunciado a hacer algo con sus rizos apelmazados, así que se limitó a recogerlos en una cola de caballo tan pulcra como pudo. Por fin, dio un buen uso a la pasta de dientes de muestra y al cepillo que le habían dejado junto al lavamanos.

Cuando terminó el proceso, Emma se sintió un millón de veces más persona que antes. Volvió a salir y encontró el fardo de ropa sobre la cama. La ropa interior le quedaba algo justa, pero estaba limpia y seca y la sensación fue maravillosa. No había sujetador, así que Emma se puso el mismo que llevaba puesto cuando llegó al hospital. Encontró un par de vaqueros y un top de algodón gris claro con el cuello en forma de uve.

Pese a que el top era de algodón suave y tenía la talla perfecta, Emma se sintió extraña al vestirse con aquel color apagado. Los pantalones eran largos, así que tuvo que darles varias vueltas por dentro a las perneras.

Dejó la puerta de la habitación abierta y fue a buscar a la enfermera.

—Muchas gracias. Voy a irme ya —dijo con timidez. Estaba sufriendo el peor tipo de *déjà vu* posible: había hecho exactamente lo mismo hacía tan solo un día.

—Vete a casa y descansa, ángel —dijo la enfermera.

A Emma se le hizo un nudo en el estómago cuando usó aquel término cariñoso.

«Respira. Sobreponete al pánico o no saldrás de aquí».

—¿Sabes qué hora es?

—Sí, claro, son casi las cinco de la tarde —dijo la enfermera, sonriendo. Se giró y empezó a rellenar unos documentos. Emma dio por sentado que se trataba de los papeles del alta.

Siguió los carteles que señalaban la entrada de urgencias, pues no quería tener a Susan esperando. Sin embargo, cuando llegó encontró la zona completamente desierta.

De pronto, un coche llegó derrapando al acceso. Emma se echó hacia atrás de un salto, aunque para entonces el vehículo ya se había detenido. Una mujer esbelta de mediana edad salió a toda prisa.

—¡Ayúdame, por favor! —gritó con voz aterrorizada—. Un coche ha atropellado a mi hijo.

Emma miró tras ella. Casi esperaba ser arrollada por un equipo de doctores, enfermeras y camillas, pero allí no había nadie.

—Puedo ir a llamar...

—Por favor, solo ayúdame a llevarle dentro. ¡Creo que tiene las piernas rotas! —gritó la mujer.

Parecía inofensiva, pero Emma quería actuar con cautela, así que se mantuvo firme.

—Deja que llame a alguien para ayudarte —repitió.

—Por favor —suplicó la mujer.

Emma nunca había negado auxilio a nadie, pero el silencio la detuvo. No se oía ni un ruido. Si hubiera habido un niño dentro del coche, se habrían oído sus gritos.

—Por favor, solo tiene ocho años —susurró la mujer.

Emma la miró con más atención. Había algo en la forma que se movía...

«Aléjate de ella».

En vez de acercarse al coche, Emma dio un paso hacia atrás. Tenía que volver a entrar en el edificio y buscar a Susan.

Cuando levantó la vista de nuevo, la mujer ya no estaba en el sitio de antes, sino que estaba a su lado.

«¿Cómo ha llegado aquí tan rápidamente?».

Emma levantó los puños para luchar. No iba a dejarse coger fácilmente. Esta vez no. Recordando lo que le había enseñado Rob, se preparó para atacar. Lanzó una patada, alcanzando a la mujer en la espinilla. Cuando su oponente aulló de dolor y sorpresa, Emma recordó las palabras de Rob.

«Sigue, Emma. No pares hasta que tu oponente esté fuera de combate».

Se giró, logrando clavar su codo en las costillas de la mujer, pero cuando iba a dar un paso atrás, su oponente la agarró y la atrajo hasta ella en un abrazo maligno. Emma no vio la jeringuilla, pero sintió un pinchazo en un lado del cuello.

«No, por favor».

Después, ya no sintió nada más.



Rob

Rob cogió el teléfono al segundo timbrado.

—¿Estáis Emma y tú volviendo a la comisaría? —preguntó.

La breve pausa antes de que Susan contestara fue la primera señal de que algo iba mal. Al principio maldijo la conexión, que a veces producía intermitencias en las carreteras que rodeaban la ciudad. Entonces escuchó la voz de Susan, alta y clara.

—Todavía estoy en el hospital —dijo la agente. Tomó una profunda bocanada de aire antes de volver a hablar—. Tenemos un problema.

—¿Un problema? —Rob apretó el teléfono con más fuerza y los pelos de su nuca se erizaron—. ¿Emma está bien?

—No. No lo sé. —De pronto, las palabras brotaban sin freno de la boca de la agente—. Estaba vistiéndose en la habitación. Me fui para traer el coche hasta la puerta, porque pensé que sería más seguro. Solo fueron unos minutos. Estuvo con la enfermera que le dio el alta, todo iba bien... y entonces ella... desapareció.

—¿Desapareció? —bramó Rob. Sintió cómo los ojos de Natalie, Hunter y los agentes del FBI se clavaban en él—. ¿De qué demonios hablas? ¿Cuándo ha ocurrido eso?

—Hace diez minutos. Rob, la he buscado por todas partes.

—Quédate donde estás. Vamos de camino.

Colgó el teléfono. Sus manos temblaban tanto que tuvo que meterlas en los bolsillos de los vaqueros.

—Emma ha desaparecido. Se desvaneció del hospital antes de que Susan pudiera recogerla. La tiene Ford —dijo, señalando lo obvio.

La cara de Natalie estaba blanca como la tiza. Se apoyó en Hunter como si le necesitara para mantenerse en pie.

—Qué valor —declaró James Ramsay—. Incluso para tratarse de Ford.

Rob se lo quedó mirando. Tenía muchas ganas de golpear algo y el agente del gobierno empezaba a parecerle un buen candidato.

Pero eso no ayudaría a Emma.

—Alma, necesitamos que te quedes aquí, por favor —dijo Rob, cogiendo la chaqueta—. Los demás, venid conmigo.

—No voy a quedarme al margen, Hunter —siseó Natalie.

Hunter levantó las manos en señal de derrota.

—Lo entiendo. Déjame acompañarte, por favor. Es lo único que te pido.

Tras ellos, Lorraine ya estaba al teléfono:

—Jones, necesito un favor. Localiza todas las cámaras que haya en el exterior del hospital de Sharp's Cove. Busco coches que hayan salido en la última hora. Sí, correcto, es el único hospital. No, no sé en qué dirección. Envíame todo lo que encuentres, por favor. —Colgó el teléfono—. Mi compañero nos ayudará. Os seguiremos hasta el hospital —dijo. Tenía una expresión lúgubre.

Junto a su coche, Rob tuvo problemas para activar el llavero remoto y Hunter tomó las llaves de entre sus manos.

—Yo conduciré.

Rob asintió, agradecido. Tenía problemas para pensar con claridad. Incluso respirar parecía costarle trabajo.

«Está pasando otra vez. Si no la encontramos...».

Pero no podía permitirse pensar así. Tenía que creer que encontrarían a Emma. No estaba muerta. De lo contrario lo sabría, de algún modo. Solo tenía que mantener la calma y pensar. «Encontraremos a Emma. Tenemos que hacerlo».



A las tres de la madrugada, Rob estaba sentado en el coche. Se encontraba al borde del desmayo, pero sabía que era absurdo tratar de dormir. Su mente le negaría el descanso.

A las siete de la tarde confirmaron que el secuestro había tenido lugar en el propio hospital, en algún punto cerca de la entrada de urgencias. Todo había ocurrido en los cinco minutos durante los cuales Susan estaba acercando el coche.

Rob estaba convencido de que Ford tenía un compinche. Emma era inteligente y estaba en guardia. Era imposible que Ford la hubiera convencido de ir a cualquier sitio con él. Pero cómo podía otro hombre desconocido haber...

Rob se frotó los ojos tratando de expulsar sin éxito el dolor de cabeza que amenazaba con aparecer.

No era un hombre religioso, pero rezó con fuerza. Rezó por tener un poco de buena suerte, del tipo que se necesitaba en toda investigación. Ya había hablado con todas las personas que había encontrado en el hospital, pero nadie había visto nada. Las cámaras de las salidas eran solo un adorno para impresionar. Rob recordaba lo cerca que había estado de darle un puñetazo al gerente del hospital cuando se lo había explicado.

A medianoche, Hunter había arrastrado a Natalie fuera de la comisaría para llevarla a casa, tras prometerle que la traería de vuelta a primera hora de la mañana. El hecho de que Natalie hubiera accedido fue todo lo que Rob necesitaba saber. No había tenido el embarazo más fácil del mundo y ahora necesitaba tomarse las cosas con calma.

Rob la había llevado en el coche hasta el Mermaid Inn, junto con los dos agentes del gobierno. Habían cogido tres habitaciones; la tercera era para él, pues en aquel momento, su barco era una escena del crimen y estaba calcinado. Se había dado una ducha rápida, se había vestido con unos vaqueros azules y una incongruente camisa blanca que había encontrado en la taquilla de la comisaría y había vuelto al coche.

Había estado conduciendo durante horas. No porque no necesitara dormir —Dios sabía que lo necesitaba— sino porque la idea de conciliar el sueño mientras Emma seguía desaparecida, sin duda asustada y posiblemente herida, era insoportable.

Nunca le había dicho a Emma lo que sentía por ella. Para protegerse, había permitido que pensara que solo quería acostarse con ella. Pero, a pesar de que el sexo había sido maravilloso, para él era algo más. La amaba. La había amado durante mucho tiempo, simplemente no había querido apresurar las cosas, por temor a que ella no sintiera lo mismo. Por eso no se lo había dicho.

«Y ahora puede que nunca tenga la oportunidad».

Rob golpeó el volante con el puño.

Esperaba que Emma supiera que iría a buscarla hasta los confines del mundo y durante el tiempo que fuera necesario. Llenó de gasolina el depósito del coche patrulla y condujo de vuelta al hospital. Aunque ya había marcado en el mapa todas las formas de salir de Urgencias, ahora quería hacer lo mismo en persona. Al principio solo había dos opciones y Rob decidió dirigirse hacia el este, lejos de la ciudad. Sharp's Cove no tenía muchas cámaras para vigilar el tráfico, pero sin duda, Ford no querría ser grabado por ninguna. Así que Rob tomó la dirección opuesta.

Continuó de frente en el primer cruce, pensando que Ford y su compañero querrían alejarse del hospital tan rápido como fuera posible. Pasó por delante de unos cuantos outlets, todos desiertos a aquella hora de la noche. Durante un tramo no hubo más opciones, ningún otro desvío que hubieran podido tomar, así que Rob siguió conduciendo.

Y entonces llegó al verdadero punto donde debía decidir, el mismo que había trazado con su dedo en el mapa horas atrás. Rob pisó el freno con fuerza, encendió los intermitentes para que nadie lo embistiera por detrás y se paró a pensar. Por la derecha se iba a la autopista. Si Ford había tomado ese camino, no habría forma de encontrarlo, a menos que las cámaras de los radares revelaran algo; aún estaban esperando a que el contacto de Lorraine les diera la información. También cabía la posibilidad de que hubieran seguido circulando en línea recta un poco más. A lo lejos, Rob pudo ver los arcos amarillos de ese restaurante de comida rápida tan conocido y sabía que había otros inmuebles comerciales más allá. A la izquierda estaba el bosque. La carretera, que había sido cuidadosamente mantenida durante el invierno, atravesaba aquel enorme bosque de Nueva Inglaterra, que resultaba tan popular entre los turistas durante todo el año.

«¿Dónde estás, Emma?».

Siguió conduciendo un poco más. Por fin, con los ojos irritados por la falta de sueño, volvió al motel. No fue capaz de entrar, así que aparcó al otro lado de la calle y echó el asiento hacia atrás tanto como pudo, para dejar espacio a sus largas piernas. Se aseguró de que el teléfono de repuesto que había cogido estaba encendido y cargándose en el salpicadero, antes de cerrar los ojos.



Emma

Emma despertó en mitad de la oscuridad. Su cabeza palpitaba y tenía la boca seca como el papel de lija. Un dolor en el interior del codo le recordó el goteo intravenoso. Por un momento, pensó que aún estaba en el hospital.

Súbitamente, recuperó la memoria. Había recibido el alta y había salido del edificio a esperar a Susan. Después, la mujer delgada y fuera de sí y el niño llorando. No, no había ningún niño en el coche.

«¿Cómo he podido ser tan estúpida?».

Emma contuvo un sollozo. Palpó la zona de su cuello donde le había pinchado la aguja. Se preguntó qué le habría inyectado aquella mujer.

«Quizá ese sea el menor de mis problemas».

Tumbada y muy quieta, con los ojos cerrados, recorrió su cuerpo con la mano, tratando de obtener la mayor cantidad de información posible sobre su entorno, antes de abrirlos. Solo su brazo derecho estaba libre. El otro estaba esposado a algo sólido en la pared. Era redondo, metálico y frío al contacto.

«¿Algún tipo de tubería?».

Tiró con cuidado, pero se detuvo cuando oyó un ruido metálico. Contuvo el aliento. El pánico la atenazó. Tras un momento, el ruido se detuvo y volvió a recuperar el control. Con la mano libre palpó el espacio que había bajo su cuerpo. Estaba sobre una cama. No, no era una cama, sino un colchón sobre un suelo frío de piedra. El material parecía polvoriento, como si hubiera estado allí durante mucho tiempo.

«¿Dónde estoy? ¿Por qué me han traído aquí?».

Ford también tenía que estar allí, a Emma no le cabía la menor duda. La mujer del hospital debía de ser la persona de quien habló en el barco. Emma sollozó en silencio. Siempre había dado por sentado que su compinche sería un hombre. ¿Cómo iban a encontrarla, si todo el mundo estaba buscando a un hombre?

Se sentía tan estúpida, que le entraron ganas de gritar.

Sabía que Rob estaría buscándola. Susan debía de haber dado la voz de alarma tan solo unos minutos después de que desapareciera. Esas eran las buenas noticias. Las malas eran que no la habían encontrado aún y no sabía cuánto tiempo había pasado.

«Necesito más información».

Abrió los ojos un instante. Estaba sola. Todo estaba oscuro, pero no tanto como para no distinguir los contornos de la habitación en la que se encontraba. Estaba en el dormitorio de algún tipo de cabaña. Una habitación cuadrada, no demasiado grande.

Emma estaba esposada a la pared opuesta a la puerta, que estaba cerrada. Prefería que siguiera así. A su izquierda había una ventana.

«No tiene rejas».

Tiró otra vez de su muñeca. De haber estado libre, habría podido abrir la ventana y dejar aquella pesadilla atrás. Por un momento casi pudo saborear la libertad. Pero no podía ignorar el problema que planteaban las esposas.

La ventana se oscureció durante un momento mientras una sombra cruzaba por delante.

Las palabras brotaron de su boca antes de que pudiera pararse a pensarlo.

—¡Ayuda, ayúdame, por favor!

De pronto sintió pánico y cerró la boca con fuerza.

Al principio no pasó nada. Luego, Emma oyó el chasquido de un interruptor antiguo. Una luz apareció bajo la puerta del dormitorio. Alguien había encendido una lámpara pequeña.

«No parece que sea la persona que va a rescatarme».

Las bisagras chirriaron y Ford asomó la cabeza. Se había cambiado de ropa y se había cortado el pelo. Emma se echó hacia atrás tanto como le permitieron las esposas hasta que acabó sentada contra la pared de la cabaña, con las rodillas contra el pecho en actitud protectora.

—Ah, Emma, estás despierta. Iba a dejarte dormir hasta por la mañana, pero ya veo que estás deseosa de recibir mis atenciones.

—No, por favor... —suplicó Emma. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Tus ojos son preciosos cuando lloras —dijo, acercándose subrepticamente hasta encontrarse frente a ella—. Debes de estar sedienta. ¿Quieres un poco de agua? —preguntó, mientras señalaba un vaso pequeño que llevaba en la mano izquierda.

Emma asintió. Tenía la garganta seca. Ford acercó el vaso, manteniéndolo fuera de su alcance.

—Pídemelo por favor.

Algo en el interior de Emma se rebeló con la idea. Estuvo a punto de mandarle a la mierda.

«No seas idiota. Vas a necesitar agua para sobrevivir».

—Por favor —dijo—. Me gustaría un poco de agua, por favor.

Ford rio.

—Buen intento, pero demasiado lento. Probaremos de nuevo mañana por la mañana. Para cuando hayamos terminado, lamerás el agua del suelo, si te lo pido. Incluso me darás las gracias después. Ya verás.

Emma empezó a sollozar. Sabía exactamente lo que pretendía con aquellas amenazas, pero no podía evitarlo. Sencillamente, tenía demasiado miedo para contenerse.

—No me gusta ese ruido —protestó una voz desde el salón. Emma se había olvidado de la mujer del hospital.

—Lo siento, cariño —dijo Ford con suavidad.

—Si querías jugar, tendrías que haberme despertado —dijo la mujer, de pie junto al umbral. De nuevo, Emma quedó fascinada con su aspecto. Aquella morena esbelta parecía completamente... normal—. Ya sabes que me gusta mirar.

Ford alzó las manos para aplacarla.

—Nada de juegos aún, querida —le dijo—. Solo voy a...

Y entonces Emma comenzó a gritar. Su garganta se puso en carne viva. No parecía que tuviera ningún control físico sobre el sonido.

De pronto, Ford se acercó bruscamente a ella. Sujetó su cabeza con una mano, hundiendo los dedos de la otra en ambos lados de su mandíbula hasta que la boca de Emma se abrió como un resorte. Sin soltarla, introdujo algo grande y redondo en su boca. Emma trató de escupirlo, sabiendo que se ahogaría, pero Ford era mucho más fuerte. Empujó y empujó y hasta que algo hizo clic en su nuca.

«¿Qué diablos...?».

—Relájate, Emma, querida. ¿No has visto nunca una mordaza de bola? —La sacudió un poco—. Ya está. Todavía puedes respirar. Inspira y espira. Hazlo con cuidado. Justo así —dijo, complacido.

Y Emma descubrió que podía respirar —más o menos— si ignoraba el dolor que le producía la mordaza al forzar la apertura de su boca.

Los ojos de Ford se iluminaron. Parecía estar divirtiéndose. Emma apartó la mirada. Era un

demonio. Sus ojos buscaron a la otra mujer, que aún permanecía en el umbral. Emma suplicó con los ojos, pero la mujer parecía congelada en el sitio.

—Vamos, Stephen —dijo por fin—. Vuelve a la cama.

Ford le concedió a Emma un último apretón, asegurándose de que sentía su miembro empalmado mientras lo hacía. Emma se quedó sentada en la oscuridad, temblando como un flan, mucho después de que la puerta se cerrara de nuevo.



Rob

—Por fin tenemos un poco de suerte —dijo Lorraine desde la puerta.

Fue el tono, más que las palabras, lo que hizo que Rob alzara la vista de los registros de coches robados que había estado estudiando concienzudamente; Lorraine estaba casi sin aliento por la excitación.

—Una cámara de tráfico les ha grabado. —En sus manos sostenía la *tablet*. Rob casi saltó del escritorio para cogerla.

—¿Estás segura? —Le pareció que le temblaba la voz. Ojalá nadie más se percatara.

—No, pero creo que es ella. La cámara está en un semáforo a las afueras de la ciudad. El coche pasó por delante minutos después de que Emma desapareciera del hospital.

Rob concentró su atención en aquel viejo sedan sin marcas distintivas. Era difícil deducir el color en la imagen en blanco y negro, pero probablemente era algún tipo de beige o marrón claro. Miró con detenimiento al conductor.

—Pero... está conduciendo una mujer —dijo Rob y luego se detuvo—. Mierda.

«Robin».

«La compinche de Ford es una mujer».

«Todos hemos estado buscando a un hombre».

Rob sujetó la *tablet* con fuerza.

—Exacto. «Mierda» —dijo Lorraine, asintiendo.

—Eso explicaría cómo engañaron a Emma para que los acompañara.

—Estaba pensando lo mismo.

—¿A dónde se dirigió el coche después?

—Giró hacia el este en la siguiente intersección. Entonces lo perdimos.

Era el lugar exacto por el que Rob había conducido la noche anterior. Sintió un escalofrío de excitación.

—¿Has dicho al este? —le preguntó a Lorraine. Esta asintió—. Están en el bosque.

Los ojos de Lorraine se oscurecieron por la desilusión.

—Si tienes razón, habrá que cubrir decenas de miles de acres de terreno. Necesitaríamos un equipo más grande —dijo.

Rob se giró para mirar por la ventana. Iba a ser un hermoso día de verano, perfecto para una excursión. Conocía bien el bosque. Él y Darryl salían a correr por allí todos los fines de semana. Si Ford pensaba que podía esconderse, se iba a encontrar con una desagradable sorpresa.

—¿Has traído las botas de senderismo, Lorraine? —preguntó Rob.

—Tengo zapatillas deportivas —respondió la agente.

—¿Y tú? —preguntó a su compañero.

James Ramsay alzó una ceja.

—Puedo caminar perfectamente bien con este calzado —dijo señalando sus lustrosos zapatos de vestir.

«El tipo ha dormido cinco horas como mucho. ¿De verdad ha puesto la alarma diez minutos antes para abrillantar sus zapatos?».

Rob se encogió de hombros y tomó un par de botas viejas de su taquilla, contento de haber guardado todas esas cosas en el trabajo. Se ató los cordones.

—Vamos, yo conduciré —dijo.

Un cuarto de hora después, llegaron al mismo sitio por el que el coche había pasado quince

horas antes. Lorraine estaba en el asiento del acompañante, con la *tablet* en la mano.

—Sí, este es el lugar correcto. La mujer se detuvo un momento en el semáforo y luego giró a la izquierda.

Rob siguió las instrucciones de Lorraine. Pasó por delante de un par de parcelas vacías y continuó conduciendo. Pronto, dejaron atrás todo rastro de civilización.

—Necesitamos saber más sobre el coche. ¿Pertenece a esa mujer? ¿Lo robaron?

James respondió desde la parte de atrás.

—Lo estoy comprobando. La matrícula no está en ninguna base de datos. Creo que es falsa.

Lorraine se acercó la *tablet* a la cara todavía más.

—Parece un viejo Chevy. Enviaré una captura al equipo, a ver si pueden identificar el modelo y el año. Podemos hacer una búsqueda utilizando esa información.

A Rob le parecía una posibilidad remota, pero no dijo nada.

Usó el manos libres para llamar a Natalie, que en aquel momento probablemente estaba de camino a la comisaría.

—¿Hay noticias? —preguntó con voz enérgica, a modo de saludo.

—Lorraine ha encontrado el coche en el cruce entre Moor y Pike Road.

Al otro lado de la línea se produjo una profunda inhalación. Natalie conocía la ciudad a la perfección.

—Ha ido al bosque —dijo.

Rob asintió.

—Eso creo. Además, no está solo. La conductora es una mujer.

—¿Una mujer?

—Creemos que es su compinche.

—¿Estás allí ahora? Hunter y yo podemos llegar en...

Rob la interrumpió antes de que pudiera seguir hablando. Por supuesto, Natalie iba a querer estar allí, pero había otra cosa que podía hacer mejor que nadie más.

«Además, estará más segura».

—Jefa, necesito que organices un equipo de búsqueda —dijo y luego verbalizó su mayor temor—. Conocemos el bosque mejor que Ford, pero es un área enorme y no sabemos por dónde empezar. Quiero que formemos equipos. Tenemos que hacer esto bien.

Se detuvo antes de que le fallara la voz. Apretó con tanta fuerza el volante que sus nudillos se pusieron blancos. Podía sobrellevar la situación siempre y cuando se la tomara como la desaparición de cualquier otra persona. Pero cada vez que recordaba que era Emma de quien estaban hablando, perdía la capacidad de pensar.

—Estoy de acuerdo —dijo Lorraine, participando en la conversación—. El equipo de apoyo del FBI llegará al mediodía y podremos desplegar a más gente sobre el terreno, pero la persona que organice los cuadrantes de búsqueda debe ser alguien que conozca la zona.

—Me pondré a ello, Rob —dijo Natalie con pragmatismo.

—Gracias.

Rob colgó.

—Natalie estará más segura en la comisaría —dijo Lorraine, mientras le lanzaba una mirada significativa.

—Vamos a encontrar a Emma y la vamos a llevar a casa. Y no vamos a poner a Natalie en peligro. Está embarazada de siete meses. Hunter y ella se merecen ser felices. —No dijo lo obvio, que atrapar a una Natalie embarazada, probablemente sería el sueño húmedo de Ford. No podían permitir que eso ocurriera, bajo ningún concepto.

Desde atrás, el agente Ramsay hizo un ruido ahogado y extraño.

—¡Para el coche! —gritó.

—¿Qué ocurre? —preguntó Rob, tratando de captar la mirada del hombre en el espejo retrovisor. No tenían tiempo que perder.

—Para el puto coche —repitió el agente, esta vez en voz más baja. Tenía la cara pegada a la ventanilla.

Se encontraban en una carretera recta y desierta. A ambos lados de esta se alineaban los árboles, que se extendían hasta donde alcanzaba la vista. El arcén solo dejaba espacio para la mitad del coche, así que Rob se detuvo tan cerca del borde como pudo y dejó los intermitentes encendidos.

—¿Qué está pasando? —preguntó con impaciencia. No tenía tiempo para los cambios de humor del agente del gobierno.

Ramsay ya había salido del coche y se dirigía hacia el bosque, retrocediendo en dirección a algo que solo él podía ver. Desde luego, para alguien que llevaba traje y zapatos de vestir, se movía deprisa.

—Vamos con él —dijo Lorraine. Salió del coche y siguió a James.

Al menos ella sí se había cambiado y llevaba un calzado para caminar con una pinta más cómoda.

Rob alcanzó enseguida a Lorraine, recortando la distancia con sus largas piernas. Llegar a la altura de su compañero iba a ser más difícil, pues corría directamente hacia el bosque.

«¿Qué está haciendo ese loco?...».

Rob no tuvo tiempo de concluir aquel pensamiento. El agente estaba ya entre los árboles, lidiando furiosamente con la maleza. Rob se detuvo en seco cuando vio lo que Ramsay había descubierto. Era un espejo retrovisor. Y, al parecer, un coche entero.

La mirada de Rob se encontró con los ojos azules y brillantes de Ramsay.

—Vi un brillo a lo lejos —dijo Ramsay a modo de explicación.

Descubrieron juntos el resto del coche. Era de color beige. A Rob se le aceleró el corazón. Se inclinó para revelar la matrícula y le dictó el número a Lorraine, que ya estaba buscándolo en su teléfono.

—Es el mismo coche —dijo Ramsay, lacónico.

—Tiene memoria fotográfica —le explicó Lorraine a Rob—. Si James dice que es el mismo coche, es porque lo es.

Rob echó un vistazo al interior. Estaba vacío. Necesitaba comprobar el maletero. Se detuvo justo antes de tocarlo, al recordar que debía usar guantes. Corrió de vuelta al coche patrulla, sacó el kit de investigación del maletero y volvió a toda prisa al coche abandonado.

—Tomad —dijo mientras les ofrecía guantes de plástico. James se los puso y abrió la puerta del coche sin problemas. Rob se acercó al maletero y, rezando una breve oración, alzó la tapa. El receptáculo estaba vacío. Se inclinó hacia los lados, controlando la respiración y tratando de calmarse.

Parpadeó de nuevo para expulsar las horribles imágenes que su mente había creado.

«Emma no está aquí. No está aquí».

Seguía viva en alguna parte. Podía sentirlo.

Regresó a la parte delantera, donde el agente especial Ramsay inspeccionaba el interior del coche con una pequeña linterna.

—Necesitamos que vengan los de la científica para ver si pueden encontrar algo, pero el coche ha sido limpiado con mucho cuidado.

—Es el mismo coche, estoy convencido —dijo Rob.

—Lo es —confirmó Lorraine, enseñándole la pantalla del teléfono—. Mira este detalle.

—Es la misma abolladura —dijo Rob. Quería abrazar a Lorraine, pero se contuvo. Sabía que no se lo tomaría a bien.

Si habían abandonado el coche allí, no debían de andar muy lejos. A menos que hubieran tenido un segundo vehículo escondido por la zona y hubieran realizado un cambio. Pero eso tampoco tenía sentido.

«No, a partir de este punto siguieron a pie».

Su corazón dio un vuelco.

Estaban cerca.

Rob buscó el teléfono en su bolsillo para enviarle su posición a Natalie.



Emma

Una puerta de madera se cerró con un portazo. Sonó como la puerta de entrada de la cabaña. Alguien se había ido. Quizá Ford. Quizá la mujer. Puede que ambos.

Emma siguió inmóvil. No iba a precipitarse, esta vez no. El dolor en la boca que le producía la mordaza la estaba matando. Se había dado cuenta de que era posible respirar a través de ella, pues un pequeño agujero atravesaba la bola de goma. Pero, aun así, resultaba doloroso y aterrador y había sido incapaz de dormir.

Tenía que hacerse una idea mejor de la situación en la que se encontraba.

«Si el que ha salido es Ford, quizá tenga una oportunidad de hablar con la mujer a solas. Puedo explicarle...».

La puerta se abrió. La forma que se recortó contra el vano era demasiado pequeña para tratarse de Ford.

«¡Sí! Por fin un poco de buena suerte».

Entonces se percató de la mirada glacial en los ojos de la mujer.

—Buenos días —dijo esta en voz baja. Era más joven de lo que Emma había asumido cuando la había visto delante del hospital, pero en aquel momento no había estado prestando tanta atención; uno no suele mirar a los extraños con mucho detenimiento. Su cara era delgada y pálida, sus ojos estaban ribeteados de rojo. Su pelo oscuro colgaba liso y grasiento. No parecía alguien que cuidara de sí misma.

Emma alzó la vista y sostuvo su mirada con todo el valor que pudo reunir. Sus ojos gravitaron de forma natural hacia la botella de agua que llevaba en la mano.

—Seguro que estás sedienta —dijo la mujer.

Emma asintió con rapidez. Tenía la garganta seca. El pánico que había sentido al ser amordazada solo había servido para incrementar el ritmo al que se deshidrataba su cuerpo. A pesar de lo mucho que quería el agua, deseaba aún más librarse de la mordaza. Cuando la mujer se acercó y tocó su nuca, Emma no pudo evitar inclinarse hacia ella, como un perro que intenta que le rasquen detrás de las orejas.

Escuchó un suave clic y la mordaza se desprendió de su boca. Emma estiró la mandíbula, agradecida, mientras miraba aquella odiosa cosa de goma roja en su regazo. Brillaba con su saliva.

—Tiene otras más grandes —comentó la mujer con ligereza.

Emma se estremeció.

—Gracias por ayudarme —dijo. Sintió que las lágrimas corrían por sus mejillas.

La mujer le dio a Emma la pequeña botella de agua. Emma miró el tapón. No parecía que estuviera manipulada. En cualquier caso, necesitaba agua para sobrevivir.

«Bebe antes de que cambie de opinión».

Al principio le costó abrir la tapa, pero por fin lo consiguió. Sabía que debía beber despacio, pero el placer y el miedo eran simplemente demasiado intensos. Se bebió la botella entera de una sentada y experimentó una sensación casi dolorosa en el estómago cuando terminó.

—Me llamo Emma —dijo—. ¿Y tú?

La mujer inclinó la cabeza hacia un lado, como si estuviera pensando la respuesta.

—Stephen te dirá mi nombre si quiere que lo sepas.

No era la respuesta más tranquilizadora del mundo.

—¿Dónde estamos? —preguntó Emma para reorientar la conversación. Pero era una

pregunta estúpida, porque podía ver los árboles a través de la ventana. Estaban en alguna parte del bosque.

Su interlocutora se movió en silencio hacia la puerta. Agarró el pomo, pero no la abrió inmediatamente. En cambio, se giró para mirar a Emma una vez más.

—En algo tiene razón —dijo la mujer.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Emma.

«Haz que siga hablando. Trata de establecer una relación».

—El poder produce una sensación bastante embriagadora.



Rob

Rob se abrochó la chaqueta. Incluso en verano, en el bosque hacía frío cuando se ponía el sol. Se preguntó por milésima vez qué ropa llevaría Emma.

«¿Tendrá frío?».

El pensamiento de Emma aterida le resultaba intolerable y sabía que en aquel momento era el menor de sus problemas. ¿Estaba asustada? ¿Sabía que la estaban buscando?

Se limpió el sudor de la frente y empezó a aumentar la longitud de sus zancadas de forma inconsciente.

—Espérame, Rob —dijo Darryl tras él.

Rob redujo la velocidad y esperó a su compañero. Natalie había organizado la búsqueda en un tiempo récord, partiendo desde el coche y dividiendo el bosque en cuadrantes. Darryl le había sido asignado a Rob, una decisión estratégica para mantener su impulsividad a raya.

Eso había ocurrido temprano por la mañana. A lo largo del día, habían sido informados por radio a medida que llegaban nuevas personas para cubrir otros cuadrantes de búsqueda: un contingente de ocho personas del FBI, Adrian, Jack y Alex, junto con muchos otros bomberos voluntarios, padres de la escuela de Emma y algunos pescadores. Incluso Jeff Carlisle y su equipo de seguridad estaban allí, buscando a Emma.

Aun así, aún había muchos cuadrantes por inspeccionar y faltaba gente para hacerlo con rapidez. Rob, que siempre había adorado el bosque, se dio cuenta de su tamaño y de lo insignificantes que eran ellos en comparación.

—Volviendo al punto de reunión desde Q3-5 —dijo una voz. Rob había bajado el volumen de su radio, por lo que sonó como un susurro. Natalie había organizado un punto central de reunión cerca del coche abandonado. Allí los voluntarios podían descansar, tomar algo de comida o simplemente un café y una pasta antes de proseguir la búsqueda.

Tanto él como Darryl no se habían molestado en volver para comer. Cuando terminaron con su cuadrante habían pedido otro. Luego, un tercero. Gracias a la presencia de su amigo, Rob no había perdido el control durante todo el día.

Pero ahora, incluso Darryl parecía cansado. Rob se negaba a reconocer sus propias molestias y dolores. No podía ceder al agotamiento. Si admitía lo asustado y cansado que estaba, se haría un ovillo en el suelo y no volvería a moverse. No podía permitírselo.

—Vamos a parar unos minutos —le ordenó Darryl. Hurgó en su mochila para sacar una botella de agua y un par de barritas energéticas. Rob cogió una, agradecido. Estaba empezando a tener esa sensación irreal que uno experimenta cuando no ha dormido en mucho tiempo y las horas y los minutos dejan de tener sentido. No era una buena señal. Tenía que seguir buscando.

Tomó un largo trago de agua y luego se mojó un poco la cara, tratando de convencerse de que eso lo haría estar más alerta. El corte sobre su ojo palpitaba.

—Gracias, Darryl —dijo Rob en voz baja.

—Vamos a encontrarla, Rob —dijo Darryl. Forcejeó un poco con las correas de su mochila. Tenía cincuenta litros de capacidad, pero parecía de juguete en la espalda de un hombre tan grande.

Rob se levantó otra vez y estiró los músculos de su espalda.

«Tenemos que continuar mientras todavía haya luz».

En cuanto oscureciera, Rob sabía que Darryl le obligaría a volver.

—Listo cuando tú lo estés —dijo y estiró los labios en un remedo de sonrisa.

Su amigo asintió y reanudaron la marcha juntos.



Emma

Se estaba poniendo el sol. A Emma le rugía el estómago. Había estado sola durante todo el día. Ford había vuelto quizá una hora después de que Emma recibiera la visita de la mujer. Cuando descubrió que ya no llevaba la mordaza había arqueado una ceja, pero no había dicho nada. La había liberado y la había arrastrado fuera del cuarto.

Allí había un pasillo con dos puertas más y, detrás, Emma pudo distinguir brevemente una sala de estar, pequeña y confortable. Era la clase de sitio en el que a Emma le encantaría vivir, tras añadirle algo de color para complementar el toque rústico. Sin embargo, no estaba mirando precisamente la decoración. Lo único que quería era ver dónde estaba la puerta principal para, si tenía la oportunidad de correr —y se prometió a sí misma que, de algún modo, la buscaría—, estar lista para hacerlo en la dirección correcta.

Ford la había empujado con fuerza a través de una de las otras puertas. Esta conducía a un baño pequeño, limpio y bien surtido.

Emma tembló al recordar aquel momento humillante. Ford la había obligado a mear frente a él, la había observado mientras se lavaba las manos tras hacerlo y la había alejado a rastras del lavamanos cuando había tratado de beber un poco de agua.

—Te expliqué la forma en la que ibas a beber esta noche —susurró en su oído, antes de llevarla a la habitación y esposarla de nuevo a la tubería—. Espero que tengas tantas ganas como yo.

Y entonces se fue. Sin su presencia, la habitación solo era un espacio con cuatro paredes y un techo. No había nada intrínsecamente malvado en la casa. Solo era él.

Afortunadamente, no le había puesto la mordaza otra vez.

Emma pasó el día ejercitándose con cuidado. Eso la ayudaba a no volverse loca. Empujó el colchón a un lado. Se puso en cuclillas y luego de puntillas, estirándose hacia arriba. Lo que fuera, con tal de mantener la agilidad de los músculos.

Mientras lo hacía, se dedicaba a planificar. Trataba de pensar qué podía ocurrir a continuación. Algunos de los escenarios que pasaban por su mente eran demasiado terribles para considerarlos siquiera, pero se obligó a hacerlo de todas formas. Lo primero que necesitaba era conseguir que Ford le quitara las esposas. Si el único momento era cuando estuviera a punto de violarla, entonces necesitaba estar lista.

Haría lo que fuera necesario para escapar.

Mientras el día avanzaba, su energía, o tal vez su determinación, comenzó a flaquear. Oía voces al otro lado de la puerta. Conversaciones ininteligibles, a veces una risa aquí o allá. Pero nadie entró en la habitación.

Su estómago se encogió. Había pasado más de un día desde la última vez que había comido.

«¿Cuánto tiempo puede sobrevivir alguien sin comida?».

«Mucho más que sin agua».



Rob

Rob tropezó con una pequeña raíz que brotaba del suelo. Recuperó el equilibrio con rapidez, pero oyó a Darryl suspirar tras él. Sabía lo que iba a decir el hombretón antes de que abriera la boca.

—Tenemos que volver.

Durante la última hora, habían escuchado a los diferentes equipos de rescate anunciando su regreso. Rob sabía que volverían por la mañana, pero aún quedaba mucho para eso. Emma podía no llegar viva al día siguiente.

—No —dijo con frialdad. No iba a darse por vencido. Se quedaría solo allí si era necesario.

—Rob, por favor. Volveremos en cuanto haya luz. Necesitamos luz para buscar y tú tienes que dormir, así que...

Y entonces Rob lo vio. En cualquier otro momento del día podría haberlo pasado por alto. Pero recortada contra el cielo del atardecer, la pequeña columna de humo era evidente.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Rob —dijo Darryl con un sonoro suspiro—. Por favor, deja de aferrarte a... —Sus ojos se abrieron como platos cuando miró en la dirección en la que apuntaba.

Rob ya estaba de rodillas con una copia del mapa extendida frente a él. El humo aún estaba lejos, pero provenía de un cuadrante adyacente al suyo. Probablemente esa zona le sería asignada a uno de los equipos durante la búsqueda del día siguiente.

—No hay nada aquí —dijo frustrado.

Darryl marcó el número de la comisaría.

—Alma, ya sé que se está haciendo tarde, pero Rob y yo necesitamos un favor. Queremos que eches un vistazo a los cuadrantes 4-2 y 4-5. ¿Hay algún edificio allí? ¿Zonas de acampada? ¿Claros en el bosque? ¿Cualquier cosa que no sean árboles?

Colgó el teléfono.

—Ahora nos vuelve a llamar.

Rob apenas podía distinguir la expresión de su amigo bajo la luz menguante.

—Darryl, si no quieres acompañarme lo entiendo, pero no voy a irme hasta que descubra qué es eso —dijo Rob. Se cerró la cazadora hasta la garganta y, deseando haber llevado más ropa, comenzó a caminar en dirección al humo.

Darryl sacudió la cabeza.

—No pienso dejarte aquí solo, ni en broma.

Solo habían recorrido unos cien pies cuando el teléfono de Darryl vibró. Lo cogió con rapidez.

—Te escucho, Alma. Muy buen trabajo. ¿Así que hay un edificio justo en el límite más alejado del cuadrante? Me pregunto por qué no está en el mapa. ¿Podrías enviarnos una foto? — Los teléfonos de Darryl y de Rob pitaron casi al unísono cuando les llegó el WhatsApp. Era la fotografía de unas escrituras de 1964 que hacían referencia a una pequeña cabaña.

—¿A quién pertenece ahora? —preguntó Rob. Darryl le repitió la pregunta a Alma, escuchó durante un segundo y luego colgó.

—Lo está comprobando.

Rob miró su teléfono, nervioso. Los equipos de búsqueda habían priorizado todos los cuadrantes con edificios o cabañas, pero este no estaba en la lista original.

—Necesitamos llamar a Natalie y a Lorraine —dijo Rob. Aunque todavía cabía la posibilidad

de que no fuera nada, su instinto le decía que había algo allí.

—Alma ya se está encargando.

—No voy a esperar a que vengan, Darryl. Algo me dice que Emma está ahí... y está en peligro. Voy a acercarme a la cabaña, quieras o no.

Darryl suspiró.

—Vamos a hacer una cosa: nos acercamos y echamos un vistazo por la zona, pero esperamos al resto del equipo antes de entrar.

Cualquier cansancio que Rob había experimentado hasta entonces se había evaporado como la delgada columna de humo que brotaba de la cabaña.



Emma

Emma escuchó los ruidos que provenían de la cabaña. Al principio solo eran los sonidos de «Crazy Stacey», que era como había bautizado a la mujer en su cabeza, ya que no le había dado su nombre, dando vueltas por la cocina y el salón, preparando la comida y tarareando.

A Emma se le encogió el estómago cuando el aire se inundó con un olor a carne a la brasa; ya no era solo hambre lo que sentía, también era desesperación. Tenía ganas de llorar, pero se le habían acabado las lágrimas. No le quedaba ningún líquido en el cuerpo. Su muñeca palpitaba tras haber estado esposada a la tubería en la misma posición durante tanto tiempo.

«Esto no pinta bien».

La puerta de entrada se abrió bruscamente.

—¡Puta estúpida! —gritó Ford. Emma le escuchó corriendo por el salón—. ¿Qué cojones has hecho?

Pese a saber que Ford no se dirigía a ella, Emma sintió escalofríos al escuchar su tono desagradable y amenazador.

La mujer tartamudeó una respuesta.

—Pero... Pero estaba preparando nuestra cena, Stephen.

Hubo un momento de silencio mientras Ford daba vueltas por la cocina, abriendo y cerrando armarios, obviamente buscando algo. Entonces oyó el sonido de un grifo abierto y luego un extraño ruido siseante que Emma no supo identificar.

—Puta estúpida, estúpida. Encender un fuego, nada menos. ¿Qué pensabas que estábamos haciendo aquí?

—Pero hacía frío, Stephen... y la chimenea estaba lista. No pensé... Lo siento mucho —La mujer lloró. Emma era incapaz de llamarla Crazy Stacey cuando parecía tan aterrorizada.

La voz de Ford se convirtió en un susurro. Emma escuchó el sonido inconfundible de un cinturón al liberarse.

Cazuelas y sartenes cayeron al suelo. La mujer lloriqueaba.

—Súbete el vestido y ponte contra la mesa de la cocina —le ordenó Ford a gritos—. No. Ábrete de piernas. Voy a azotarte por todos lados, a ver si sigues teniendo frío. Cuando termine, me darás las gracias. ¿Está claro?

Emma se cubrió la boca con la mano para no gritar. Quería taparse las orejas para no escuchar el horrible chasquido del cinturón de cuero y los gritos. Luego se dio cuenta de que los alaridos de la mujer eran mitad de dolor, mitad de placer. La cabeza de Emma amenazaba con explotar.

«Dios, le gusta».

—Lo siento, Stephen. Lo siento mucho. No lo pensé. Lo haré mejor. Necesito...

—Sé lo que necesitas. Estás chorreando, puta. Pero esto es un castigo. No voy a permitir que te corras. —Marcó cada palabra con una bofetada. Al parecer, había terminado con el cinturón.

Por horrible que fuera escucharlo, Emma deseó que siguieran. Que se concentraran tanto en aquel juego perverso que se olvidaran por completo de ella.

Y entonces oyó a Crazy Stacey decir algo que la dejó aterrorizada.

—¿Por qué no vamos a jugar con ella?

Emma contuvo el aliento.

—No creo que te merezcas jugar, pero puede que yo sí. Tal vez deberías quedarte donde estás y limitarte a escuchar cómo me divierto. ¿Qué te parece?

—No, Stephen, dijiste que jugaríamos juntos.

—Esta noche te vas a quedar aquí mientras yo voy a visitar a nuestra amiga. Y ni se te ocurra toquetearte. Acabarás cuando lo decida yo y ni un momento antes.

En un acto reflejo, Emma tiró de las esposas.

«Porque una nunca sabe cuándo una tubería sólida va a partirse sin más».

Se encogió por el dolor de la muñeca herida.

Esperó a que Crazy Stacey dijera algo, lo que fuera, para que Ford no cumpliera su amenaza. Pero, a excepción de un gimoteo, la mujer guardó silencio. Entonces la puerta se abrió y la enorme figura de Ford llenó todo el vano.

—Adivina qué, Emma —su voz retumbó. Sonaba casi jovial, como el médico que había conocido en el pasado—. Ha llegado la hora de jugar juntos.

E incluso a pesar de que Emma quería quedarse callada, no pudo evitar que brotaran las palabras.

—No. Por favor, Ford, déjame irme. Nunca volverás a saber nada de mí, te lo prometo.

Ford sonrió. A Emma le dio la impresión de que su miedo le producía un intenso placer.

«Empieza a pensar, Emma. Empieza a pensar».

—No quiero jugar —dijo.

—Estupendo. De lo contrario, no sería tan divertido. A Melody, que está ahí fuera, le gusta jugar —dijo mientras sacudía la mano despectivamente hacia la cocina.

«Entonces se acabó lo de Crazy Stacey. Se llama Melody».

—A veces eso está bien, pero no es tan divertido como cuando juego con alguien que no sabe lo que le espera.

—¿Cómo os conocisteis? —preguntó Emma. Era una pregunta estúpida, pero habría preguntado cualquier cosa si con ello retrasaba lo que se avecinaba.

Ford la observó con agudeza. Parecía saber exactamente lo que hacía.

—Es una larga historia, ángel mío. No estoy seguro de que ahora tengamos tiempo. Quizá cuando hayamos terminado, si me lo preguntas con educación, te lo cuente todo.

Rio con su propia broma. Luego la agarró de la pierna. Emma le pegó una patada con la otra, pero Ford la sujetó con facilidad y la empujó hacia abajo para tumbarla sobre el asqueroso colchón.

Cuando su brazo esposado se estiró, Emma gimió de dolor.

Mientras la inmovilizaba con el peso de su cuerpo, Ford hurgó en su bolsillo y sacó una pequeña llave.

«Va a soltarme. Esta es mi oportunidad».

Pero entonces Ford volvió a guardarse la llave en el bolsillo. Sus ojos centellearon.

—Creo que esta primera vez, lo haremos así. Si te duele puedes gritar, no te prives —susurró.

El aliento agrio de Ford en su mejilla le hizo recordar la cariñosa manera en la que Rob había frotado su mejilla contra la suya cuando habían hecho el amor. Emma cerró los ojos y deseó estar en cualquier otro lugar.

Y entonces oyó un ruido fuera de la cabaña.



Rob

—Alma acaba de confirmarlo —comenzó Darryl. Habló en voz baja, en un tono que Rob sabía que se propagaría menos que un susurro—. La cabaña pertenece a un tal señor Smith. Las escrituras se transfirieron hace solo tres años, tras la muerte del propietario original.

—Hace tres años. —Rob reflexionó sobre aquel dato. Encajaba—. Es Ford. Tiene que serlo.

Tenían suerte de que la luna fuera casi llena o no habrían podido ver nada. Ambos llevaban linterna, pero no podían usarlas en aquel momento.

Se quedaron mirando la cabaña que se alzaba ante ellos. Estaba en el extremo de un pequeño calvero. Parecía vieja y ruinoso, como si nadie la hubiera arreglado desde que fue construida hacía sesenta años. El tejado estaba casi cubierto por los árboles que crecían a su alrededor y que buscaban un mejor acceso a la luz.

Pero no estaba vacía. A pesar de que las ventanas estaban cerradas con postigos, Rob vio una franja de luz asomando por debajo y también bajo la puerta. Había luz en el interior. Además, habían visto humo.

Darryl asintió en la penumbra.

—Puede ser él —admitió por fin—. Pero podría ser alguien inocente. No puedes entrar disparando. Tenemos que esperar hasta que venga el equipo.

—Les puede llevar horas llegar hasta aquí, Darryl —dijo Rob, tratando de sonar más tranquilo de lo que estaba en realidad—. Quizá Emma no tenga tanto tiempo.

Rob había pensado en ello mientras se acercaban a la cabaña. Solo eran dos y Darryl ni siquiera era policía.

—Yo iré por delante, tú por detrás. Espera tres minutos, dame tiempo a entrar y luego crea alguna distracción. Rompe una ventana o algo. Después apártate y espera a que llegue el resto del equipo.

—¿Ese es tu plan? —siseó Darryl—. Es un plan de mierda, tío.

—Es el mejor que se me ha ocurrido. Y también la mejor oportunidad para Emma. Lo único que necesitamos ahora es una distracción hasta que llegue la caballería.

—Déjame ir contigo hasta la puerta principal. Haremos esto juntos —dijo Darryl, flexionando sus fuertes brazos. No había miedo en su voz.

—No. Tu ocúpate de causar una distracción y luego asegúrate de que el equipo nos encuentra rápido. Confía en mí, Darryl, por favor.

Darryl debió detectar algo en su tono que le hizo claudicar.

—De acuerdo, Rob, lo haremos a tu manera.

—Recuerda, Darryl: dame tres minutos.

Rob comprobó que su arma tenía el seguro puesto y se la guardó en la parte trasera de los vaqueros. Se dirigió hacia el claro, recorriendo una línea recta hasta la casa, sin preocuparse ya por el sigilo.

A pesar de que la cabaña parecía no haberse tocado en años, la vegetación en torno al porche había sido podada.

«Eso lo ha tenido que hacer alguien».

Rob trató de adoptar una expresión amistosa y cansada antes de subir al porche. La madera vieja crujió bajo su peso. Siguió su avance, medio temiendo que le dispararan a través de la puerta.

«Es un riesgo que merece la pena correr».

Ahora podía correr ese tipo de riesgos, pues sabía que, ocurriera lo que ocurriera, la caballería estaba de camino. Encontrarían a Emma y la llevarían a casa y salva.

Por supuesto, prefería que ambos fueran a casa juntos.

Todos sus sentidos estaban alerta. Tocó la puerta de madera con la palma de la mano para tranquilizarse, un segundo antes de cerrarla en un puño y golpear la puerta con fuerza.

Al principio no ocurrió nada.

Rob esperó. Seguía concentrado en mantener una respiración constante. Contó los segundos, tratando de decidir durante cuánto tiempo esperaría un turista perdido antes de llamar otra vez.

Mientras levantaba el puño para golpear de nuevo, la puerta se entreabrió. Había una mujer al otro lado.

Rob reflexionó sobre la imagen granulosa que tenían de la compañera de Ford. Esta mujer era más joven. Su pelo no era rubio, sino liso y oscuro y caía sobre su rostro. Tenía los ojos grandes y parecía asustada. Para ella, Rob era un extraño que aparecía en su casa en mitad de la noche. De forma instintiva retrocedió un poco. No quería asustarla.

Entonces la miró con más detenimiento. Se centró en las cosas que no eran tan fáciles de disimular con maquillaje y una peluca. La forma de su cara y la de sus ojos. Su mentón.

«Es ella».

—Siento molestarla, señora —dijo despacio, empleando su voz más amigable—. Estaba haciendo senderismo y me he perdido. Me preguntaba si podría usar su teléfono...

—No creo que sea buena idea —respondió, tensa. Su cuerpo bloqueaba la rendija de la puerta, así que Rob no podía ver gran cosa. La imagen solo le transmitió la impresión de una sala de estar cálida y bien iluminada.

—Será un minuto —insistió Rob—. Por favor.

Le pareció que iba a protestar de nuevo, pero se distrajo con algo que estaba pasando en el interior. Cuando se giró para mirar otra vez a Rob, su expresión había cambiado. Sus ojos se endurecieron y su voz se suavizó al mismo tiempo.

—Puedes pasar y usar mi teléfono —dijo.

Rob sonrió agradecido y entró, bajando la cabeza para no golpearse en la frente con el marco. Mientras la puerta se cerraba, se giró y vio que la mujer le apuntaba con una pistola. Trató de parecer sorprendido.

—Deja de actuar como un idiota —le soltó—. Sé que eres uno de ellos.

Rob levantó las manos. Miraba la pistola con la que le apuntaba, o mejor dicho, el modo en que sostenía el arma. Sus manos no temblaban. Parecía estar cómoda con el peso y no la desplazaba de un lado a otro.

«Eso puede ser un problema».

Algo se movió en la periferia de su visión, una figura grande. Rob se giró.

—Me alegro de verte aquí, Ford.

—Realmente nunca te rindes, agente Hope. Habría sido muy poético que ambos hubierais muerto en el océano. Un nuevo principio para mí. Pero no, teníais que sobrevivir. Y ahora tenías que venir a interrumpir también mi diversión.

Rob se dio cuenta de que tenía el cinturón y el botón de sus pantalones desabrochados. Un sudor frío apareció en su rostro.

—¿Dónde está Emma? —dijo en voz baja. Su corazón palpitaba con fuerza.

—Ah, te preocupas por ella... Qué entrañable.

—Déjame matarlo, Stephen —dijo la mujer. Sus ojos eran como dos cristales oscuros.

—No —dijo Ford, alzando la mano—. No, a menos que se mueva.

Ford sacó unas esposas y Rob evaluó sus opciones. No quería verse esposado otra vez, pero sabía que no podría dejar a Ford fuera de combate antes de que la mujer le disparara. ¿Y qué le pasaría a Emma entonces?

Decidió aguantar. Su mejor oportunidad era quedarse quieto.

«Convéncele de que no supones un peligro para él».

Relajó su cuerpo y dejó caer sus hombros en un gesto de derrota.

—Eso es —dijo Ford. Le colocó la primera esposa y luego dobló su brazo para ponerle la segunda. Las apretó tanto como pudo. Rob hizo una mueca de dolor, pero no pronunció ningún sonido—. Mucho mejor. Ahora, ve directo hacia esa puerta, capullo.

Era una habitación pequeña. La única luz provenía de la luna llena. Mientras los ojos de Rob se acostumbraban a la semioscuridad, vio un colchón sobre el suelo. Junto a él estaba Emma.

«Está viva».

Aliviado, Rob estuvo a punto de caer de rodillas.

Emma sacudió la cabeza.

—¡Grrrrrvete! —No parecía contenta de verle, sino horrorizada.

Analizó su situación. Estaba atada a una especie de tubería que iba del suelo al techo. Parecía sólida. Los movimientos de su hombro le dieron a entender que llevaba en esa posición mucho tiempo. Su ropa estaba hecha un desastre, su boca abierta por una mordaza de bola. Parecía exhausta y asustada, pero estaba viva.

—Tanta angustia —dijo Ford, como si estuviera enfrascado en un experimento sociológico—. Vino hasta aquí solo para encontrarte, ángel mío, ¿y así es como le recibes? Ahora dime, Hope, ¿cómo nos encontraste?

—No fue difícil. Muchas personas las vieron en el hospital. —La mentira le salió con naturalidad.

—Está mintiendo, Stephen. No me vio nadie. Déjame matarlo —siseó la mujer.

—No, Melody. Podemos sacar ventaja de la situación. —Se rascó la barba de dos días—. Estos dos tortolitos van a permitirnos salir de aquí.

—De acuerdo, pero no quiero que la toques más.

—No la tocaré. Solo a ti, encanto —dijo Ford, acariciando con la nariz el cuello de la mujer.

Rob tomó nota de la tensión que había entre ambos.

—¿Estás bien? —le susurró a Emma.

Emma entrecerró los ojos, como si no pudiera creer que estuviera allí.

De pronto oyeron un ruido en un extremo de la casa. Sonó como un cristal rompiéndose.

«Darryl».

—¿Qué es eso? —Ford gruñó—. ¡Pero, serás boba! Hay alguien más ahí fuera.

—No había nadie más, Stephen —la mujer le dedicó una sonrisa temerosa—. Estaba solo.

Daba la impresión de que Ford quería estrangularla.

—Voy a...

Rob pasó a la acción. Puede que tuviera las manos esposadas a la espalda, pero no estaba indefenso. Corrió hacia Ford, inclinándose en el último segundo para asestarle un cabezazo en el vientre. El «uf» de Ford fue música para sus oídos.

Mientras se doblaba de dolor, Rob se irguió y acompañó el movimiento con una patada práctica y eficiente, que buscaba causar el máximo daño posible a sus riñones. Ford cayó sobre una rodilla. Rob le pateó de nuevo, esta vez en la espalda y Ford salió volando hacia delante. Lo único que pudo hacer fue protegerse con las manos mientras aterrizaba.

Rob deseó llevar botas de puntera de acero en lugar de calzado de senderismo.

Ford se arrastró por el suelo como una babosa gigante, tratando de darse la vuelta. Rob no podía permitírselo, no mientras siguiera con las manos esposadas a la espalda. Levantó de nuevo el pie, dispuesto a descargarlo sobre la cabeza de Ford y terminar con esto de una vez con todas.

Entonces escuchó un ruido tras él. Se acordó de la mujer, pero era demasiado tarde. Oyó un disparo. Algo le golpeó en un lado de la cabeza y se derrumbó hacia adelante, cayendo en un agujero oscuro.



Emma

Tras la mordaza, Emma lloraba. Había esperado durante una noche y un día a que Rob la encontrara y ahora era incapaz de imaginarse algo más horrible.

Cuando había visto a Rob entrar en la habitación con las manos a la espalda, tan tranquilo, había querido gritar. Por supuesto, no podía. En cuanto había escuchado el primer sonido en el exterior y mucho antes de que Melody hubiera abierto siquiera la puerta, Ford la había amordazado otra vez.

Emma vio a Rob caer fulminado a solo unos pies de donde estaba.

«Le han disparado. Le han disparado».

La sangre manaba de un lado de su cabeza. El corazón de Emma palpitaba con fuerza en su pecho.

«¡No! ¡No!».

Trató de correr a su lado, olvidando que su brazo todavía estaba esposado a la tubería. Tiró con fuerza, ignorando el dolor de su muñeca, dispuesta a arrancarse su propio miembro a mordiscos como un zorro atrapado en un cepo; cualquier cosa, menos quedarse allí viendo morir a Rob, incapaz siquiera de sostenerle entre sus brazos.

«Te quiero, Rob».

«Te quiero».

Ford trataba de incorporarse. Murmurando algo ininteligible, golpeó el cuerpo de Rob. Este ni siquiera se movió.

—Tenía que dispararle, Stephen —gimió Melody. Parecía satisfecha, pero también algo asustada por la reacción de Ford.

—Has hecho bien, Melody, muy bien. Habrá una recompensa esta noche cuando hayamos terminado de sacar la basura.

Emma se estremeció. Ella y Rob eran la basura. La sangre se extendía por el suelo junto a Rob, pero el charco no avanzaba con mucha rapidez.

«¿Está respirando?».

—¿Lo he matado? —preguntó Melody, ansiosa.

Ford apoyó el dedo en el cuello de Rob. Durante un momento, le recordó mucho al médico que había sido. Emma contuvo el aliento, esperando a que hablara. Entonces recordó dónde se encontraba.

«¡No le toques!».

—Está vivo. La bala apenas le ha rozado.

—Eso es... bueno, ¿verdad? —preguntó Melody con calma.

—Así es, cariño, así es. Ya te lo dije antes, estos dos van a ser nuestro billete de salida.

Ford se acercó a Emma y le quitó la mordaza. Emma movió la mandíbula, que se le había dormido.

—Por favor... Por favor, no le hagas daño —suplicó—. Haré lo que me pidas, pero no le hagas daño.

Ford lanzó una risotada y luego se llevó la mano a las costillas, donde le había alcanzado una de las patadas de Rob.

—Ojalá tuviéramos tiempo para jugar, Emma, pero ahora no es el momento. Tengo que ir a buscar al compañero de este idiota. Quizá la propia Natalie esté fuera... —Entrecerró los ojos azules, e incluso se lamió los labios.

Emma quería vomitar. Deseaba con todas sus fuerzas que Natalie no estuviera por allí.

«Rob nunca la habría dejado venir hasta aquí».

—Pero primero, voy a atarle aquí contigo —dijo Ford, arrastrando el cuerpo inconsciente de Rob. Liberó una de las manos que tenía a la espalda y volvió a esposar su mano derecha a la tubería. Rob permaneció inconsciente durante todo el proceso.

Ford le cacheó y cogió una pistola que llevaba en la parte trasera de sus vaqueros, un teléfono y otro objeto pequeño de un bolsillo. Quitó la batería del teléfono para apagarlo. Entonces se inclinó y apretó algo en torno al cuello de Rob.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Emma.

—Volveremos a por ti en un rato. Vamos, Melody, ¿alguna vez has cazado de noche?

Y entonces ella y Rob se quedaron solos.

«Al menos esta vez han dejado la luz encendida».

Emma vigiló a Rob. Tenía miedo de que su siguiente respiración fuera la última.

«No va a morir. No voy a dejar que se muera».



Rob

—Rob —dijo una voz con urgencia. Al principio no supo quién era, pero luego la reconoció. Pertenecía a alguien importante para él. Annie... ¡No, no era su hermana! ¡Era Emma!

Abrió los ojos y trató de sentarse. Su mano derecha estaba atada a algo. Su cabeza le estaba matando. Había algo oscuro frente a él. Giró la cabeza y vio a Emma, mucho más pálida de lo que la había visto nunca. Y entonces recordó todo lo que había pasado.

—Estás sangrando —dijo Emma. Alargó hacia él la mano derecha. La izquierda seguía esposada a la misma tubería que él.

Rob se limpió el ojo con la mano, aliviado de poder retirar la sangre y recuperar su visión. Se tocó el lado de la cabeza con cautela. Recordó el sonido de la pistola al disparar y la bala abriéndose paso.

«Tuve suerte».

—Estoy... bien. —Le sorprendió descubrir que decía la verdad.

Emma le miró fijamente y, por fin, asintió. Suspiró, aliviada.

Rob se tocó el objeto de plástico y metal que Ford le había puesto en el cuello.

—¿Puedes decirme lo que es?

Emma negó con la cabeza, como si no pudiera recordar un solo adjetivo.

—Es negro. Suave por todas partes, pero con una cajita en la parte de atrás.

Rob palpó la caja. No eran buenas noticias.

Tenía la boca seca. Miró a Emma otra vez y se dio cuenta de que tenía los labios cortados y los ojos hundidos en cercos oscuros.

«Dios, ¿cuánto tiempo ha pasado sin comer ni beber?».

Se inclinó para tocarle la mano que tenía libre.

—Ojalá no hubieras venido aquí —susurró Emma, pero a pesar del comentario se aferró a su mano.

—Siempre vendré a por ti —dijo Rob en voz baja. Evaluó su situación. Ford se había llevado su pistola, su navaja y su teléfono.

—¿Dónde está Ford? —preguntó.

—Alguien rompió una ventana. Ahora está fuera buscando a tu compañero. Rob... No es Natalie, ¿verdad? —Su mirada ponía de manifiesto el miedo que sentía.

—Natalie está a salvo. El que está fuera es Darryl. Se esconderá en el bosque. Ford no lo encontrará.

Emma asintió. Su expresión se relajó un poco.

—Hemos pedido refuerzos. Estarán aquí pronto.

Los ojos azules de Emma se abrieron esperanzados.

—Pero tenemos que estar listos.

Rob tiró violentamente de la tubería. Emma se encogió de dolor, pero no emitió ningún sonido. Su muñeca estaba en carne viva y sangraba por varios sitios. Era evidente que ya había intentado lo mismo antes.

—Lo siento —dijo—. No quiero hacerte daño.

—Esa tubería... no se va a soltar —dijo Emma.

«Pero ahora somos dos».

Rob golpeó la tubería con el hombro. No cedió ni un milímetro. Alguien la había asegurado en varios puntos entre el suelo y el techo. Tras confirmar que Emma estaba tan lejos de la tubería

como era posible, Rob la agarró con la mano libre y le dio una patada. No fue capaz de conferirle mucho recorrido, pero siguió intentándolo, golpeando el mismo sitio.

Jamás iban a soltarse así.

—Lo siento —dijo—. No puedo romperla.

Emma le miró como si estuviera loco.

—¿Por qué te disculpas? No necesito que seas Superman. Solo... Has venido, has venido a por mí. —Comenzó a llorar, pero se limpió las lágrimas apresuradamente. Incluso con el rostro marcado por el llanto, era la mujer más hermosa que había visto en la vida.

—Por supuesto que he venido a por ti. —Hizo una pausa. Le parecía un error decírselo de esa manera, pero tenía que dejar salir todo lo que había estado pensando desde que había desaparecido—. Te quiero, Emma.

Ella no dijo nada y él no esperaba que le correspondiera, pero estaba llorando y sonriendo al mismo tiempo mientras se agarraba a su mano, así que lo tomó como una buena señal. Diablos, probablemente había elegido el peor momento posible. Pero estando las cosas como estaban, quizás no tuvieran otra oportunidad.

«Ahora debo descubrir cómo sacarte de aquí».

—Descansa un poco —dijo Rob—. Nos iremos pronto, te lo prometo.

—No creo que puedas prometerme eso, Rob. —Emma le miró con tristeza—. Pero no necesito que lo hagas.

Apoyó su cabeza contra él. Era incómodo, porque ambos tenían una mano esposada a la maldita tubería, pero le gustaba sentirla a su lado. Frotó sus brazos con delicadeza. Su piel estaba fría al tacto, pero no tenía nada para taparla.

Rob sintió que estaba a punto de sucumbir al agotamiento, pero sabía que debía mantenerse alerta. Miró su reloj, la única cosa que a Ford no se le había ocurrido quitarle. Era casi medianoche.

Se preguntó cuánto tiempo había pasado desde que Alma había movilizado a los refuerzos. Confiaba en que Darryl le cubriera las espaldas y los trajera tan rápido como fuera posible, pero no sabía cuánto tiempo tendrían antes de que Ford enloqueciera. Cuando eso ocurriera, todo lo que Rob podía conseguir, atado como estaba, era mantener la atención de Ford fija en él y ganar más tiempo para Emma.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Emma en voz baja.

Rob tenía que decirle la verdad. Al menos, toda la que sabía.

—Sé que Natalie y Susan estarán en la comisaría, organizando el equipo. Confío en ellos. Y también en los agentes especiales, después de pasar tanto tiempo con ellos. Vendrán a por nosotros. —Hizo una pausa.

—Pero no sabes cuándo —dijo Emma con tranquilidad.

Rob asintió, sorprendido con lo intuitiva que era. Se preguntó si debía compartir su siguiente suposición con ella, pero concluyó que merecía saberlo.

—La lógica me hace pensar que esperarán hasta que amanezca. Es más seguro para todas las personas involucradas.

«Suponiendo que sobrevivamos a la noche».

Emma miró hacia la puerta. El miedo recorrió su rostro. Después alzó el mentón, desafiante.

—Entonces tenemos que mantenernos con vida hasta que lleguen.

—Me has quitado las palabras de la boca.

Ella sonrió y su cara se iluminó por completo. Rob quería que sobreviviera. Mierda, quería que ambos sobrevivieran. Quería despertarse junto a aquella sonrisa cada día, durante el resto de

su vida, si ella se lo permitía.

—Descansa un poco —dijo—. Yo vigilaré.

—¿Me avisarás más tarde para que pueda hacer lo mismo?

—Sí —le dijo.

Unos minutos después, sintió que el cuerpo de Emma se relajaba a su lado y que su respiración se volvía regular. Se sentó en silencio, escuchando sus suaves ronquidos, contando los minutos.

Casi dos horas más tarde, Rob escuchó el ruido de la puerta de la cabaña al abrirse. Se tensó cuando escuchó a Ford quejándose y la respuesta apagada de la mujer.

«Han vuelto».



Emma

Emma despertó súbitamente cuando golpearon la puerta. Se puso tensa sobre el hombro de Rob, maravillada de que hubiera podido conciliar el sueño.

—Emma —susurró Rob.

Ella permaneció en silencio un instante, sabiendo que si abría la boca lo único que brotaría de ella sería un gemido.

—Ha vuelto.

—Confiaba en que se lo hubiera comido un oso —dijo Rob lacónicamente.

No parecía demasiado preocupado, pero quizá estaba haciendo gala de fortaleza.

«Para que no me asuste».

«Por desgracia, ya estoy aterrorizada».

La puerta del dormitorio se abrió de golpe. Emma se protegió la cara cuando la luz penetró en la pequeña habitación. Ford entró dando zancadas y Emma le evaluó con la mirada. Le caían goterones de sudor por el rostro y su cabello rubio estaba revuelto. No parecía estar en control de la situación como antes.

Tras él, Melody empezó a temblar.

—Aquí hace mucho frío, Stephen. ¿Seguro que no podemos encender un fuego?

Ford sacudió la cabeza con disgusto.

—Mis amigos y yo vamos a charlar ahora. Mueve el culo a la habitación de delante, Melody. Siéntate en el sofá y no muevas ni un músculo. O me aseguraré de que no vuelvas a moverlos nunca más.

—¿Vas a...?

—No termines esa frase, Melody —amenazó.

La mujer desapareció de su campo de visión.

Ford concentró su atención en ellos. Emma se encogió cuando la miró.

—Ahora podemos hablar. Vas a decirme quién cojones está ahí fuera.

Rob dio un pequeño paso al frente, poniendo su cuerpo algo por delante de Emma.

—No hay nadie ahí fuera, Ford —dijo con calma—. Creo que tu paranoia te está jugando malas pasadas.

—No intentes joderme, Hope. Esa ventana no se ha roto sola.

—Quizá lo hizo un pájaro —se burló Rob.

Ford hundió el puño en su cara. Rob giró la cabeza hacia un lado en el último momento, y este aterrizó en su mejilla en lugar de en su nariz. Rob gruñó.

Ford se frotó los nudillos con la otra mano.

—Quizá deberíamos largarnos de aquí, Stephen —dijo la mujer, detrás suyo. Miraba a su alrededor, asustada.

—¿Qué pasa? —dijo Ford con sarcasmo—. ¿No puedes encontrar el sofá?

—Es que tengo miedo, Stephen.

—Tranquilízate. Estos dos acaban de decirme todo lo que necesitaba saber. —Ford inclinó la cabeza—. Este —dijo señalando a Rob—, no está lo bastante asustado. Eso significa que está esperando algo. A que llegue la caballería, sin duda. Cosa que harán, casi seguro, en cuanto salga el sol.

Emma tembló de miedo.

—¡Entonces tenemos que salir de aquí! —gritó Melody.

—No. No llegaríamos lejos. Necesitamos un medio de transporte y ellos nos lo van a conseguir. Si no lo hacen, tardarán mucho tiempo en morir.

—Estás loco si crees que el FBI va a dejar que te vayas. Tú y tu amiga —dijo Rob con calma— vais a ir a prisión. La única pregunta es, ¿tu novia quiere añadir el asesinato a los cargos a los que se enfrenta ya? Si nos dejas marchar, será tenido en consideración. Es posible que incluso podáis veros el uno al otro...

—Deja de hablar o te arranco la lengua —masculló Ford.

—Stephen, ¿está diciendo la verdad? —preguntó Melody. Se paseó por la pequeña habitación, frenética. Parecía estar perdiendo los papeles.

—No está diciendo la verdad —dijo Ford.

Emma quería gritarle a la mujer, decirle que Ford la estaba utilizando, que a él no le importaba ni ella ni nadie más. Pero una rápida mirada a Rob le hizo cerrar la boca.

—Melody, debemos prepararnos por si no esperan al alba para atacar. Ve alrededor de la casa y cierra todas las persianas, como te enseñé al llegar. Primero el metal y luego el marco exterior de madera. Y prepara las granadas. Coge el frutero de la cocina y ponlas ahí.

«¿Persianas de metal? ¿Granadas?».

El cuerpo de Emma se sacudió de miedo. Ford soltó una risotada.

—Sí, hice algunos preparativos cuando compré este lugar. Esperaba que nadie fuera capaz de relacionarlo conmigo, pero por si acaso... es tan seguro como Fort Knox. —Mientras hablaba, manipulaba la persiana de aquella habitación. El metal hizo un sonido ominoso.

—Aun así, no vas a salir de aquí, Ford, no importa lo bien que cierres las ventanas —dijo Rob con un deje aburrido en la voz.

—Mientras tanto —dijo Ford con alegría, como si Rob no hubiera abierto la boca— nosotros vamos a grabar un video.

Emma dio un pequeño paso atrás.

—No, no retrocedas, ángel mío. Tú vas a ser la estrella del show. No tengo tiempo para jugar contigo como me gustaría, pero vamos a enviar un mensaje que a nuestra querida Natalie le va a encantar. Ahora, quítate la camiseta.

Emma miró el top gris que se había puesto en el hospital. Parecía haber pasado toda una vida desde entonces. Podía oler el sudor de su piel y de su miedo, un olor agrio y duro.

«Esa debería ser la menor de tus preocupaciones».

—No tienes por qué hacer esto —empezó Rob.

—Tú también vas a ser una estrella, Hope. Vas a ayudarme.

Rob le lanzó una dura mirada. Apretaba la mandíbula con fuerza.

—Te ayudaré cuando el infierno se congele.

—Algo que bien podría ocurrir en los próximos minutos —le amenazó Ford. Dio un paso hacia atrás y sacó un pequeño mando del bolsillo—. Esto está conectado con tu collar de descargas.

Emma oyó un ligero jadeo. Le llevó un segundo darse cuenta de que el sonido había brotado de su propia boca. Deseó ser más fuerte.

—Quítate el top, Emma, y echemos un vistazo a esas bonitas tetas tuyas. —Agitó el mando con indiferencia. La amenaza estaba clara.

Sin levantar la vista hacia Rob, Emma se quitó el top, dejando que la tela fina se cayera sobre la muñeca esposada. Se quedó allí temblando, vestida con los vaqueros y el sujetador turquesa.

—El sujetador también —dijo Ford.

A su lado, Rob se puso tenso.

—Suéltame y lucha como un hombre, Ford —masculló.

Con calma, Ford presionó un botón del mando. Hubo un leve zumbido eléctrico. Rob se sacudió y se llevó la mano a la garganta, agarrándose el cuello, desesperado. Emma vio los arañazos que se hizo con las uñas en la piel mientras trataba de alcanzar el collar. El ruido paró con la misma rapidez con la que había empezado. Rob resopló, lívido.

—Respira, Hope, respira. Quizá debería informarte de que este collar fue diseñado para un perro muy grande. Esta es la intensidad más baja. Sin embargo, a más potencia, me han dicho que puede contraer tu garganta, impidiéndote respirar —dijo Ford con tranquilidad. Lanzó a Emma una mirada interrogativa.

Esta vez Emma no dudó. Se echó hacia atrás, logrando desabrocharse el sujetador sin tirantes con una mano. Lo dejó caer. Aquel turquesa intenso parecía fuera de lugar sobre el suelo de madera.

—Perfecto. Ahora déjame sacar el teléfono y... esto —dijo Ford mientras abría una navaja—. Es *suya*. Poético, ¿verdad, ángel mío?

Sobre la tubería, la muñeca de Rob se tensó.

—Eres una mujer hermosa —dijo Ford con admiración—. ¿Te estás empalmando, Hope?

A su lado, Rob sacudió la cabeza con disgusto. Miró a Ford directamente a los ojos mientras contestaba:

—El miedo de la gente no me excita.

—Ah, un caballero de brillante armadura. Te va a encantar la siguiente parte. Te voy a dejar hacer los honores.

—Nada de lo que puedas hacerme conseguirá que le haga daño a Emma —dijo Rob en voz baja.

Ford asintió, pensativo.

—¿Y si te dijera que te cortaré las pelotas, le pediré a Melody que las cocine y luego te las haré comer?

Un músculo palpitó en la mandíbula de Rob, pero no dijo nada.

«No puedo aguantarlo más».

Fue Emma la que empezó a suplicar.

—Por favor, no le hagas daño. Yo lo haré.

—¿Lo harás? Dilo para que vea que hablas en serio.

—Me cortaré con el cuchillo si es lo que quieres, pero no le hagas daño.

—Para, Emma —dijo Rob entre dientes. La expresión aburrida se había desvanecido. Ahora había verdadera angustia en su voz.

—Entonces a qué estamos esperando... —Un fuerte ruido desde la habitación delantera interrumpió a Ford.

—¡Stephen! —gimió Melody.

Ford maldijo en voz alta.

—Volveré —amenazó. La puerta se cerró de golpe tras él.



Rob

Rob se apoyó contra la pared. Sus rodillas temblaban.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Emma en voz baja.

—¿Qué si estoy bien? —susurró él, incrédulo—. ¿Qué demonios tratabas de hacer?

—Mantenernos a ambos con vida —dijo con los ojos muy abiertos.

—Yo me estoy encargando de eso. Tú...

—No —susurró—. No es verdad. No soy idiota, Rob. Estás intentando mantenerme con vida a mí, eso lo entiendo. Pero, maldita sea, yo necesito que *tú* sobrevivas también.

No pudo refutar sus palabras, pero todavía podía seguir enfadado con Emma por haberse puesto en peligro.

—Y crees que cortarte es... —No pudo acabar la frase. La bilis subió a su garganta.

Trató de tranquilizarse. Emma no necesitaba que la asustara aún más.

—¿Qué hora es? —preguntó despacio.

—Las tres menos diez —respondió Rob. Era como si el tiempo se hubiera ralentizado.

—¿Estás bien?

—Sí, pero necesito quitarme esta maldita cosa. —Recorrió el collar con la mano libre. Tenía que haber un cierre en algún sitio.

Un ruido atronador en el exterior interrumpió sus pensamientos.

—¿Qué es eso? —preguntó Emma con miedo.

—Un helicóptero.

—Es...

—No van a esperar a que amanezca.

—Ford, sabemos que estás aquí —dijo una voz fuerte y metálica. Aunque estaba distorsionada por el altavoz, Rob reconoció a Natalie.

Emma se estremeció. También había reconocido a su amiga.

«¿Qué demonios, Hunter?».

Y entonces lo meditó un poco más. Oír la voz de Natalie alteraría a Ford. Eso podía darles la ventaja que necesitaban.

Ford entró, fuera de sí. Tenía el teléfono de Rob en la mano. Lo había encendido y ahora le estaba preguntando por la contraseña.

—Llámala —le ordenó.

—¿Llamar a quién? —preguntó Rob inocentemente.

—Natalie está fuera. Llámala. Quiero hablar con ella.

Rob introdujo la contraseña y llamó al teléfono de Natalie. Sonó una vez, dos. Agradeció no poder escuchar su móvil sonando; por lo menos, eso significaba que no estaba tan cerca de la cabaña.

Por fin, Natalie lo cogió y pronunció su nombre con voz neutra.

—Jefa —dijo Rob—. Estamos aquí con Ford. Quiere hablar contigo.

—¿Estáis bien los?...

Rob no escuchó el resto porque Ford le arrebató el teléfono y retrocedió un par de pasos.

—Es estupendo hablar contigo otra vez, Natalie.

Ford escuchó durante un momento. Entonces su cara enrojeció de furia.

—No me digas lo que tengo que hacer, maldita zorra. Escúchame. —Ford bajó el tono—. Soy yo quien va a decirte lo que vais a hacer. Ese helicóptero que tenéis volando ahí arriba, el

del foco reflector... Quiero que aterrice en el claro. Con el depósito lleno y un solo piloto dentro.

Escuchó la respuesta con atención.

—No me importa de quién sea el helicóptero, sheriff. Tienes dos horas para conseguírmelo. Luego nos largaremos y no volverás a saber nada de mí.

Natalie le dijo algo. Ford cortó la llamada.

—Parece que he encontrado un modo de salir de aquí —dijo—. Por desgracia, nuestro juego tendrá que esperar. Tengo que hacer los preparativos.

«Gracias a Dios».

En cuanto volvieron a encontrarse solos, Rob miró a Emma. Aunque solo estaba desnuda de cintura para arriba, temblaba mucho. Rob se inclinó sobre ella con torpeza, agarró la tela que se arrugaba en su muñeca y tiró de ella hacia su cuerpo.

—Déjame ayudarte —dijo en voz baja.

Emma se contorsionó. Un momento más tarde se había puesto el top. No se molestó en ponerse también el sujetador.

—No me gusta este color. —Un leve rubor se extendió por sus mejillas.

—Todos los colores te quedan bien —replicó Rob, estirando el top para que cubriera su ombligo.

—Entonces... ¿qué hacemos ahora?

—Hay que esperar. Pero debemos estar listos.

—¿Qué posibilidades tenemos? —preguntó.

—Muchas más que hace quince minutos —respondió Rob, guiñando un ojo—. Pero cuando salgamos de aquí has de estar preparada. Si te pido que hagas algo, tienes que hacerlo. Sin preguntas.

Emma no dijo nada.

—Quizá no entiendas por qué te lo estoy pidiendo, pero debes confiar en mí, Emma.

—¿Me prometes que tratarás de mantenernos a ambos con vida?

Eso podía hacerlo.

—Prometo intentar mantenernos a ambos con vida —confirmó.

«Siempre que no llegue un punto en el que haya que elegir entre ambos».

Ninguno de los dos dijo nada durante un largo rato. Rob disfrutó del contacto del hombro de Emma contra el suyo. Se atrevió a imaginar un futuro en el que ambos podrían compartir la vida juntos. Luego sacudió la cabeza. Iba a necesitar toda su capacidad de concentración.

El teléfono sonó en la habitación contigua. Poco después, Ford entró. Se acercó a Emma, evitando el lado donde se encontraba Rob.

—Tú —dijo dirigiéndose a él—. No muevas un músculo o activaré el nivel tres del collar y te dejaré aquí asfixiándote en tu propio vómito. Y tú —dijo mientras le tendía el móvil a Emma—, habla. La sheriff quiere charlar contigo.

—¿Nat? —graznó Emma.

—¡Em! —Su amiga soltó un suspiro de alivio—. ¿Estás bien?

—Los dos lo estamos —dijo Emma—. Pero yo...

Ford recuperó el teléfono.

—Ya basta. ¿Dónde está mi helicóptero? —Su voz sonaba tranquila, pero mientras hablaba se pasaba los dedos por el pelo con nerviosismo.

«Ya no siente que tiene el control».

Eso volvía a Ford todavía más peligroso.

—Ahora tienes tu prueba de vida, sheriff. Déjame decirte lo que quiero. Quiero que el

helicóptero aterrice en el claro. No me importa si aún está oscuro. Consíguelo. Y quiero que todo el mundo se aparte. No quiero ver a un solo ser humano cuando salgamos. Excepto a ti, Natalie.

«En estos momentos, Hunter tiene que estar sufriendo una apoplejía».

Rob no estaba preocupado por eso. Natalie no era estúpida, como tampoco lo eran los agentes del FBI. En ningún caso iban a permitir que Ford y su novia quedaran libres.

Ford sacó una pareja extra de esposas. Se la lanzó a Emma, que la agarró con torpeza.

—Ata su muñeca izquierda —le ordenó Ford.

Emma le miró con expresión confundida. Rob asintió, en lo que esperaba que fuera un gesto tranquilizador.

—Buena chica —la alabó Ford—. Ahora cierra la esposa sobre su otra muñeca.

—Pero ya está esposado a...

—No pasa nada, Emma —dijo Rob, tratando de no manifestar su excitación—. Solo haz lo que te pide.

Después, Ford le ordenó a Emma que liberase la esposa que unía su muñeca con la tubería. Su brazo palpitaba tras mantener aquella posición durante tanto tiempo. Rob se quedó quieto. Encorvó los hombros para aparentar ser tan pequeño como fuera posible. Pero estaba listo.

Entonces Ford presionó el botón. La descarga fue diez veces peor que la última vez. Lo que sintió fue superior al dolor: fue pura agonía. Sintió cómo su garganta se constreñía y no podía coger aire. Rob boqueó como un pez fuera del agua. Sus piernas se doblaron, incapaces de soportarlo. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Se llevó las manos al cuello, lo que fuera con tal de aflojar la presión que se incrementaba...

Y entonces terminó. Sus vías respiratorias se abrieron de nuevo y tomó una temblorosa inhalación. Luego otra.

«Dios».

El mundo a su alrededor volvió a enfocarse. Escuchó los gritos de Emma y la risa de Ford.

—Vamos, Hope, levántate. Vamos a ir de paseo.

Emma se acercó para ayudarlo. En algún momento, mientras se estaba asfixiando, Ford la había soltado de la tubería. Se apoyó sobre Emma durante un instante hasta que se aseguró de que sus piernas le sostendrían.

Desde la entrada, Ford agitó la pequeña caja negra en su dirección.

—Recuerda, Hope, todavía tengo esto. La próxima vez, lo subiré a diez. He oído que los hombres pierden el control de la vejiga en el cinco.



Rob

Rob y Emma abandonaron la cabaña y salieron al porche. Los pasos de Emma eran vacilantes, como los de un potrillo. Rob reflexionó sobre lo difícil que había sido para ella el último par de días. Caminó un poco por detrás, muy pendiente de las pistolas con las que les apuntaban tanto Ford como Melody.

«Esto casi ha terminado».

Fuera, todo estaba en calma. Aún estaba oscuro, pero era ese tipo de oscuridad que estaba a punto de dejar paso al amanecer.

Había dos vehículos en el claro. Uno era el coche patrulla. El otro, el helicóptero, que ocupaba una cuarta parte del espacio abierto. Rob reconoció la silueta que estaba en la cabina. Era Darryl. Tragó saliva con fuerza.

Darryl tenía una licencia de piloto, pero era imposible que fuera el mejor piloto que el FBI había podido encontrar para ese trabajo. Solo podía existir una razón por la que Darryl se hubiera prestado voluntario para pilotar el helicóptero. Era el último recurso. El único que no permitiría que aterrizara si eso significaba que Ford y su novia conseguían escapar.

Rob volvió a mirar al coche patrulla, que estaba aparcado a un lado.

—¿Qué cojones es eso? —estalló Ford—. ¿Quieres que mueran?

Natalie se asomó por detrás de la puerta abierta del coche.

—Estoy aquí, Ford. Sola, como me pediste —dijo, en actitud sumisa.

«Natalie no ha sido sumisa en la vida».

—No te pedí que trajeras un puto coche —dijo Ford.

Natalie siguió hablando en el mismo tono suave.

—Déjales marchar, Ford. El helicóptero está aquí, tal y como pediste.

—Bajad los escalones —ordenó Ford.

Rob sintió la fuerte respiración de Ford tras él. En aquel momento, el hombre se estaba dando cuenta del puto lío en el que se encontraba. Puede que lo del helicóptero le hubiera sonado bien en teoría y solo ahora se daba cuenta de que sus posibilidades de escapar eran nulas.

Emma y él permanecieron juntos, hombro con hombro, en el claro.

Un instante después, Ford y Melody atacaron. Melody agarró a Rob desde atrás y presionó con fuerza la pistola contra su espalda. Rob sabía que no era lo bastante corpulenta para retenerle. Había un cincuenta por ciento de probabilidades de que acabara recibiendo un tiro. Eran mejores que las que había tenido a lo largo de toda la noche.

Entonces miró a un lado y se le heló la sangre. Ford sujetaba a Emma contra su cuerpo. Tiraba lo bastante fuerte de su cuello como para forzarla a permanecer de puntillas y apretaba la pistola contra su sien.

—Dame una razón para disparar, Natalie. Creo que me gustaría.

—No necesitas hacerle daño, Ford. El helicóptero está ahí mismo, como pediste.

—Sal de ese puto coche para que pueda verte, sheriff —dijo Ford. Emma balbuceó mientras el brazo de Ford se tensaba aún más contra su cuello. Levantó las manos, tratando sin éxito de arañarle el brazo.

«Sí, claro, como que Natalie va a...».

Y entonces Natalie abandonó la protección de la puerta abierta del coche. El cielo clareaba más a cada momento que pasaba. Rob pudo ver la expresión tranquila de Natalie y su vientre prominente. Había sacado la pistola y apuntaba a Ford.

Rob oyó cómo Ford cogía aire con fuerza al ver a Natalie y supo que solo tenía unos segundos para actuar.

—No puedes dispararnos a los dos. —Ford rio—. Mi novia es una tiradora excelente. Si me disparas, tu compañero perderá un riñón. Si la disparas a ella, llenaré el césped con pedacitos del cerebro de Emma. Es un callejón sin salida.

«No. No lo es».

Rob cruzó una mirada con Natalie.

Cuando los ojos de la mujer se abrieron, él asintió de forma imperceptible. Natalie comprendió lo que le estaba pidiendo.

«Tú también sabes que es lo correcto».

Bajo la luz del amanecer, el dedo de Natalie tensándose sobre el gatillo podría haber sido parte de la imaginación de Rob. Pero lo que desde luego no se imaginó fue el sonido de su arma al detonar, o el agujero que apareció de pronto en la frente de Ford. El asesino cayó redondo, muerto mucho antes de que tuviera la oportunidad de apretar el gatillo. Emma se quedó muy quieta, con el horror congelado en el rostro.

Rob se giró a medias, esperando sentir en cualquier momento el impacto de la bala, pero este no se produjo. Alargó las manos hacia el lugar en el que Melody se había encontrado un segundo antes, con la intención de agarrarla y retenerla, pero la mujer había dado un salto hacia atrás. A Rob se le heló la sangre cuando vio que su arma ya no le apuntaba a él... sino a Emma.

Su fallo de cálculo iba a costarle a Emma la vida.

—¡Todo es culpa tuya!

«Va a dispararla».

Un rugido desesperado brotó de sus labios. Rob se lanzó contra Emma. Oyó el disparo y sintió cómo la bala penetraba por la parte superior de su espalda. El dolor fue instantáneo y cegador. Visualizó la pistola de Melody y se preguntó qué calibre tendría. Si era del 22, como la que había usado para disparar a Emma en la escuela, el disparo probablemente no le atravesaría. Pero cualquier calibre superior, sin duda lo haría.

Se miró la camisa de vestir que en su día había sido blanca.

«No hay sangre por delante. Es una buena señal».

Rob cayó de rodillas, agarrando las briznas de hierba que había bajo sus manos. Todo parecía estar ocurriendo a cámara lenta. Oyó otro disparo y vio caer la pistola de la mano de Melody. De pronto, el claro estaba lleno de gente. Reconoció a los agentes especiales Vasquez y Ramsay, vestidos con el equipo táctico completo.

Lo siguiente que supo fue que estaba mirando al cielo, que ya estaba clareando. Emma estaba junto a él y le apretaba la mano.

—¿Estás bien? —dijo, sorprendido de lo débil que sonaba su voz.

—Por favor, Rob, no te mueras. Te quiero.

Él rio y luego apretó los dientes por el dolor. Literalmente, podía sentir la bala en su hombro. No era agradable, pero estaba bastante seguro de que no iba a morir.

—Yo también te quiero, Emma. —Se pasó la lengua por los labios—. Por favor, dímelo otra vez cuando no pienses que me estoy muriendo.

Emma asintió mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas.



Emma

—Rob se va a poner bien, Emma. Deja que los médicos hagan su trabajo —repitió Lorraine por quinta vez mientras Emma trataba de regresar al claro donde Rob yacía rodeado por tres médicos.

Tras concluir que estaba muerto, nadie parecía prestar mucha atención al cuerpo de Ford. Dos agentes que Emma no reconoció se habían llevado a Melody a rastras mientras esta gritaba y daba patadas. Esperaba que la mujer consiguiera la ayuda que necesitaba.

El agente especial Ramsay había conducido a Emma hasta la parte trasera de una ambulancia que estaba esperando. Había sido más amable que de costumbre. La había envuelto en una manta y le había entregado una botella de agua. Cuando Emma se había quedado mirándola con confusión, él había retirado el tapón y se la había acercado a la boca, con delicadeza.

Emma tomó un par de sorbos. Tenía la garganta seca y casi toda el agua se le resbaló por el mentón. El agente cogió un pañuelo del bolsillo y le limpió la boca, con cuidado.

—Te vas a poner bien —dijo con gentileza.

Susan apareció detrás de él.

—Gracias a Dios que estás bien, Emma —dijo. Como los demás, tenía pinta de no haber dormido en mucho tiempo.

Todo el mundo estaba siendo excesivamente amable. Emma sabía que estaban preocupados por ella, pero no necesitaba que se comportaran así. Lo que necesitaba era estar junto a Rob y saber la verdad.

—¿Por qué no le están llevando al hospital?

—Primero tienen que estabilizarlo —le explicó Lorraine—. Le traerán aquí pronto y podréis ir al hospital juntos.

—Esa bala estaba dirigida a mí.

—Esa bala no debería haber sido disparada —dijo Lorraine, esta vez con más contundencia.

Natalie y Hunter se acercaron a ellos. Natalie parecía hecha polvo.

—Emma, ¿estás bien? —preguntó.

Emma asintió. Las lágrimas volvieron a acudir a sus ojos.

—¡Me alegro tanto de que estés a salvo, Natalie! No tendrías que... —Hizo un gesto con la mano.

—Necesitaba saber que estabais bien. —Natalie la abrazó—. Lo hemos detenido. —Pareció bascular un poco sobre los pies.

—Te voy a llevar a casa —dijo Hunter enérgicamente mientras abrazaba a su esposa.

Natalie asintió y se apoyó sobre él.

—Vas a acompañarle al hospital, ¿no? Por favor, Emma, llámame cuando haya noticias —dijo.

—Lo haré —le prometió Emma.

Mientras el cuerpo inconsciente de Rob era introducido en la ambulancia, Emma miró el cadáver de Ford. Sabía que había sido un monstruo, en vida, pero ahora simplemente parecía vacío. Emma no quería lidiar con sus sentimientos al respecto. Aún no.

—¿Vais a venir con nosotros al hospital? —preguntó a los agentes del FBI. Ambos sacudieron la cabeza—. Vamos a volver a la comisaría para ocuparnos de parte del papeleo. Luego nos iremos.

Emma sonrió.

—Supongo que debería decir que espero que nunca nos volvamos a ver.

Ese comentario hizo que Ramsay esbozara una sonrisa divertida.

—Pero lo que realmente quiero decir es «gracias».

—Ha sido un placer conocerte, Emma —dijo Lorraine—. Cuídate y cuida también de tu chico.



Emma

Haciendo honor a su palabra, Emma esperó hasta que Rob salió del hospital, dos días más tarde, con el brazo en cabestrillo, antes de repetírselo.

—Te quiero, Rob —le dijo.

Él sonrió y la cogió de la mano. Luego gimió en voz baja. Emma sabía que todavía estaba dolorido.

El doctor Boyle, que había operado a Rob, había dicho que la bala casi había rozado la arteria subclavia. De haber impactado en la arteria, Rob podía haber muerto fácilmente, o al menos haber perdido el brazo.

Incluso ahora, aún era muy pronto para saber si recuperaría toda la movilidad. Pero ese era un puente que cruzarían juntos cuando llegara el momento.

Emma abrió la puerta del coche y le ayudó a entrar. Tenía la cara magullada y puntos sobre el ojo y en el lado de la cabeza. Estaba hecho un desastre.

—¿A dónde vamos? —preguntó. Su mirada daba a entender que acababa de recordar que su barco se había quemado.

—Había pensado que podíamos ir a mi casa —dijo avergonzada.

—Eso suena bien —la interrumpió Rob, antes de que pudiera decir nada más.

—Pero hay algo que debes saber —le dijo. Tragó saliva con nerviosismo. Tenía que decírselo, pero no sabía cómo se lo tomaría.

Rob esperó pacientemente a que hiciera la confesión.

—Puedes contármelo todo, Emma. Lo sabes, ¿verdad?

—No puedo vivir en tu bote.

Rob rio.

—Técnicamente, nadie puede vivir en mi bote, no hasta que haya dejado de ser una prueba en el caso. E incluso entonces...

Emma se pasó los dedos por el cabello rizado, nerviosa.

—No, lo que quiero decir es que no puedo vivir en ningún bote. No es por Ford. O quizá sí. Simplemente, no puedo... no quiero estar tan cerca del agua.

—Entonces lo venderé —dijo Rob tranquilamente.

Emma se quedó mirándolo, con la boca abierta.

—¿Así, sin más?

—Así, sin más. Me gusta tu casa. O puedo conseguir un sitio en la ciudad —dijo rápidamente.

—A mí también me gusta mi casa. —Su voz ganó fuerza—. Me gusta la idea de hacerla nuestra.

Rob asintió.

—Entonces, llévanos a casa —dijo—. Quiero enseñarte un par de cosas sobre las que he estado pensando —añadió. Sus ojos verdes admiraron su cuerpo de arriba abajo. Emma se alegró de haber elegido su vestido favorito.

—Espero que tengan que ver con cómo te echas una siesta —le dijo—. Eso es lo que el doctor dijo que deberías hacer.

—No es exactamente lo que tenía en mente —dijo Rob, pero sonreía mientras Emma encendía el motor.

-- -- -- -- --

Espero que hayas disfrutado leyendo la historia de Emma y de Rob. Si quieres ver un adelanto del tercer libro de la serie de Sharp's Cove, sigue leyendo.

Si te ha gustado este libro y tienes un minuto, por favor, deja una reseña. Las leo todas y las aprecio mucho más de lo que soy capaz de expresar.

Para recibir información sobre mis nuevos libros, pincha aquí: <https://www.jrpace.com/suscribete/>

¡Gracias por leerme!

JR

ADELANTO: LIBRO 3 DE SHARP'S COVE



Jessy

Jessy Long corrió con todas sus fuerzas, ignorando el ligero dolor en su costado, que amenazaba con volverse un pinchazo en toda regla. Llevaba aproximadamente veinte minutos de su carrera diaria de cuarenta. No es que le gustara particularmente correr, pero era una de las cosas que le ayudaba a estar en forma para hacer lo que realmente disfrutaba, que era pasar tiempo en el agua con sus tiburones.

En realidad, no eran sus tiburones de verdad, pero resultaba difícil no pensar en aquel clan en particular como si fuera un poco suyo, pues había invertido todas sus horas disponibles de los últimos cinco meses siguiéndolos de acá para allá. Hasta entonces, había marcado a siete miembros del clan. Había supuesto que se mudarían hacia el sur a finales de verano, pero ya era octubre y aún no habían manifestado intenciones de irse a ninguna parte.

Se estremeció con el aire frío de la tarde y se subió la cremallera de su anorak negro hasta el cuello. Para distraerse del dolor de su costado, se dedicó a admirar el muelle renovado hacía poco. A aquella hora del día, los pescadores y los pocos turistas que quedaban se habían marchado a casa o habían vuelto al hotel.

Jessy prefería correr por la playa, pero cuando la marea estaba alta, correr por el muelle era una alternativa más segura. A veces, en el pasado, había ido al bosque o a las afueras de la ciudad, pero desde que su amiga Emma se había convertido en la rehén de un loco dos meses atrás, Jessy no se había animado a poner un pie en el bosque.

De pronto, oyó un aullido estrangulado frente a ella. Sonaba como algún tipo de animal. Fue tan leve que casi no lo escuchó por encima del ruido de las olas que golpeaban el muelle. Avanzó un par de pasos más corriendo y luego se detuvo en seco cuando lo oyó otra vez.

«No es un animal. Es una persona».

El sonido se repitió de nuevo.

«Viene de debajo del muelle».

Jessy se acercó al borde, cautelosamente, con la mirada aún fija en las altas olas que rompían contra los lados del muelle. Nunca había tenido miedo del agua, pero sentía un sano respeto por el océano. Y allí, agarrándose a la parte inferior del muelle, vio a un hombre siendo golpeado por las olas.

Sus ojos se encontraron y el hombre abrió la boca desesperado justo cuando una gran ola impactaba contra él. Su cabeza se sumergió durante unos momentos, pero no se soltó de la roca. Cuando la ola remitió, su cara volvió a aparecer. Escupió y estuvo a punto de soltar su agarre.

—¡Aguanta! ¡No te sueltes! —gritó Jessy.

Miró a su espalda, con la esperanza de que hubiera alguien allí, pero el muelle estaba desierto.

«La única noche que dejo el teléfono cargando en la mesilla de casa».

Su mente de científica intentó abordar el problema de un modo racional. Sabía que era una locura meterse en el agua sin hacer sonar la alarma antes. Así era como se ahogaba la gente.

«Pero ese hombre no va a poder aguantar mucho más».

«O te metes ahora, o se va a ahogar».

Con la decisión ya tomada, Jessy corrió hasta la boya de rescate más cercana, alegrándose de que el muelle estuviera lleno de ellas y regresó a toda prisa. Se quitó el anorak, las zapatillas y los calcetines, con un ojo aún clavado en el hombre para no perderlo de vista. Caminó directamente hacia el borde, sintiendo la madera fría y mojada bajo sus pies.

Envolvió el cordel del aparato de flotación en torno a su mano y se sumergió limpiamente, cortando el agua como un cuchillo. Jessy no era una gran corredora, pero en el agua se encontraba en su elemento. Permaneció sumergida durante el mayor tiempo posible, nadando paralela al muelle en dirección al hombre, pero sin acercarse a las rocas todavía. Arriba rugía el viento, pero allí abajo todo iba un poco más lento y el mundo estaba en calma.

Esperó el momento en el que acababa de pasar la última ola para salir. La espuma la golpeó en el rostro y se frotó los ojos para no quedarse ciega. Luego nadó con fuerza hacia el lugar donde había visto al hombre, empujando la boya de rescate por delante suyo. Por fin, estuvo lo bastante cerca para agarrarse a las rocas junto a él.

—Por favor —balbuceó el hombre. Jessy pudo verle bien por primera vez. Era mucho más joven de lo que había supuesto al principio; un chico más que un hombre, de dieciséis o diecisiete años, como mucho. Y a pesar de que era más alto y grande que ella, vio que se encontraba exhausto, agarrándose a la roca por pura determinación.

—Voy a sacarte de aquí —dijo en lo que esperaba que fuera un tono tranquilizador. Empujó la boya de rescate hacia él—. Agárrala.

Él sacudió la cabeza y se aferró a las rocas con más fuerza, temblando.

Jessy se dio cuenta de que tendría que convencerle de que se soltara. Las olas estaban embistiéndolos y por muy buena nadadora que fuera, ella también acabaría exhausta si seguían allí mucho más tiempo.

En ese momento, otra ola más grande que la anterior los golpeó. El chico se soltó de las rocas. Jessy se zambulló tras él mientras este daba vueltas en el agua y consiguió agarrarle del pelo antes de que estuviera fuera de su alcance. Tiró con todas sus fuerzas.

—Vamos —dijo, apretando la mandíbula—. Vamos.

Por fin, su cara estuvo fuera del agua otra vez. No gritó ni hizo ningún ruido, solo se contrajo en dolorosas arcadas.

«Al menos ya no tienes que convencerle de que se suelte de las rocas».

Tiró de la parte superior de su cuerpo y colocó sus brazos en torno a la boya de rescate.

—Agárrate ahí —le ordenó—. Prometo llevarte de vuelta.

Alzó la cabeza para buscar la escalerilla más próxima. Estaba a solo cincuenta pies de distancia, pero podrían haber sido cincuenta millas.

«Lo primero es lo primero, alejarnos de las rocas. Luego me preocuparé de la escalera».

Nadó con fuerza, pero sus piernas se movían con lentitud. Podía sentir cómo temblaba mientras su cuerpo trataba de generar algo de calor. No estaba acostumbrada a estar en un agua tan fría sin su traje de neopreno.

Jessy se esforzó por mantener su cabeza y la del joven por encima del agua. Los ojos del chico estaban abiertos y respiraba, pero no hizo ningún movimiento para ayudarla o entorpecerla, solo se agarraba a la boya de rescate con todas sus fuerzas.

Jessy hizo girar al chico justo cuando otra ola les golpeaba, acercándolos de nuevo a las rocas peligrosamente.

De pronto, oyó un grito.

—¡Jessy!

Levantó la cabeza con dificultad para mirar al muelle. En el borde había un hombre alto y corpulento. Jessy reconoció a Darryl Berner, el jefe de los bomberos de la ciudad y su pesadilla personal desde que había llegado a Sharp's Cove.

Que no sintiera su irritación habitual al verle, fue una prueba evidente de lo asustada que estaba



Darryl

El corazón de Darryl Berner casi se detuvo cuando vio el pequeño montón de ropa en el muelle. Sabía que había visto ese anorak de running de color negro en algún sitio. Parte de él sabía, de forma instintiva, que Jessy estaba en apuros. Entonces la había visto en el agua.

Furioso, Darryl saltó de un pie a otro para quitarse las botas y luego se inclinó hacia adelante para deshacerse de su camiseta.

Se forzó a respirar de forma acompasada. A Darryl también se le daba bien compartimentar. Primero sacaría a Jessy del agua y luego le preguntaría en qué diablos estaba pensando para meterse allí.

Mantuvo la mirada fija en las dos figuras que había en el agua, las cuales se estaban acercando peligrosamente a las rocas y se zambulló. Emergió rápido y nadó hacia ellos. Nunca podría haberse convertido en nadador profesional —era demasiado corpulento para ello— pero en aquel momento nadó con fuerza, usando sus grandes manos y largos brazos como remos para que le ayudaran a impulsarse por el agua.

Por fin estuvo lo bastante cerca para lograr ver a la otra persona que estaba con Jessy. Era un chico alto. Darryl supo que estaba vivo por cómo agarraba la boya y por el ligero gimoteo que se le escapaba a cada pocas respiraciones, pero era Jessy la que mantenía su cabeza fuera del agua.

Lanzó una mirada rápida en su dirección. Parecía exhausta, pero por lo demás parecía estar bien. Darryl comprendió que había saltado para salvar al chico.

—Yo lo llevaré —gritó Darryl para que ella pudiera oírle por encima del ruido del viento y del mar.

Jessy asintió agradecida, pero no dijo nada más. Por una vez, no parecía molesta al verle.

«Debe de estar realmente agotada».

Darryl se colocó detrás del chico y pasó el brazo derecho por debajo de uno de sus hombros, inclinándole contra su pecho. Mantuvo los ojos fijos en Jessy, en busca de algún indicio de que estuviera en apuros. En su fuero interno sabía que, si tenía que hacerlo, soltaría a aquel chico para salvarla a ella. Rezó porque no fuera necesario.

No tendría que haberse preocupado. Jessy se movía bajo el agua más como un pez que como una mujer. Darryl vio sus pies pálidos elevándose muy alto en el aire.

Nadó con fuerza hacia la escalerilla, concentrándose en mantener la cara del chico por encima del nivel del agua. Era un atleta de primera, pero le estaba resultando difícil avanzar. No estaba seguro de que Jessy lo hubiera conseguido, pero había algo que sabía con seguridad: aquella mujer cabezota jamás habría dejado que el chico se ahogase.

Alcanzó la escalerilla solo una brazada por detrás de Jessy.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó. Le castañeteaban los dientes.

—¿Qué tenías pensado hacer tú? —preguntó Darryl con sorna.

Jessy bajó la cabeza, humillada. Darryl sintió una punzada de vergüenza.

—Lo siento, eso ha estado fuera de lugar. ¿Crees que podrás subir sola? —Esta vez Darryl habló con más amabilidad.

—Yo... creo que sí. ¿Pero él cómo va a?...

—Lo sacaré, lo prometo. Una vez que estés fuera.

Jessy asintió y empezó a subir. Su pelo oscuro y liso caía sobre su espalda; le llegaba casi hasta la cintura. Darryl nunca se lo había visto suelto antes, porque siempre lo llevaba recogido en una cola de caballo. Cuando ascendió otro peldaño pudo ver con claridad la forma de su culo

bajo los pantalones negros y ceñidos.

«¿Eso es un tanga?».

Darryl sintió un estremecimiento entre las piernas. Un detalle llamativo, pues tenía tanto frío que no sabía si lograría volver a encontrar sus pelotas alguna vez.

El viento se volvió más intenso. Jessy se balanceó momentáneamente y Darryl sintió una punzada de miedo.

—Estoy bien —le dijo.

—Lo estás haciendo genial —le confirmó Darryl—. Sigue subiendo, Jessy.

Por fin, Jessy alcanzó el borde. Su rostro en forma de corazón les observó desde arriba.

«Mi turno».

Darryl sujetó al chico entre sus brazos. Este tenía las extremidades muy largas y aún estaba aferrando la boya; a menos que estuviera dispuesto a arrancársela, Darryl iba a tener que subírla con ella.

Darryl había ascendido miles de escalerillas a lo largo de su carrera. Como parte de su adiestramiento, pero también en situaciones de vida o muerte. Se alegró de su buena condición física y de su entrenamiento, pues gracias a ambos fue capaz de colocar su hombro bajo la cintura del chico y empezar a subir. En el agua, el muchacho no pesaba nada, pero Darryl sabía que en cuanto salieran del agua, la cosa cambiaría. Pasó un brazo por los muslos del chico y se enganchó con el otro brazo libre a la barandilla, impulsándose con una sola mano.

Mientras emergía del agua, sus pesos combinados se incrementaron hasta parecer toneladas. Pesaba más de lo que Darryl había supuesto cuando le había visto en el agua. Ignoró las olas que todavía les golpeaban, sabiendo que no suponían ningún peligro siempre y cuando no volvieran a caer al agua. Sobre su hombro, el chico gimió.

Apretó los dientes y se concentró en los peldaños finales. Esta era la parte más delicada; tenía que encontrar la forma de que el chico llegara hasta el borde, sano y salvo. Alzó la mirada para hablar con Jessy y vio a Adrian Walsh junto a ella con una expresión divertida en el rostro.

—Le cogeré a la de tres, jefe.

Darryl sonrió.

—A tiempo como siempre, Walsh.

Darryl apoyó las piernas del chico firmemente sobre la escalerilla. Tras contar hasta tres, empujó los brazos del muchacho hacia Walsh mientras se sujetaba a la escalerilla con la otra mano. Una vez que Walsh hubo alzado al chico, Darryl se quedó libre y pudo subir.

El viento soplaba con fiereza y le puso la piel de gallina. Darryl buscó a Jessy. Aún estaba de rodillas junto al muchacho, con el agua goteando sobre el suelo.

—La ambulancia está de camino, jefe —dijo Walsh. Había puesto al chico de lado, por seguridad, a pesar de que parecía estar respirando bien.

—Quédate con él, Walsh —le pidió. Se acercó a Jessy y le tendió la mano. Ella la tomó sin rechistar.

«Eso es poco habitual».

La envolvió en un abrazo. Estaba helada. Por un momento, Jessy pareció fundirse contra su cuerpo. Luego sus músculos se pusieron rígidos y se apartó de él.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Parecía que tuvieras frío, encanto —bromeó.

—Pero tú no eres una toalla —replicó ella sin pensar.

—Quítate ese top mojado —le dijo—. Vas a coger un resfriado.

Jessy le sorprendió haciendo lo que le pedía, revelando un sujetador negro de running. Darryl

no pudo evitar preguntarse si todo lo que llevaba era negro. Podría haberla estado admirando durante horas, pero no podía soportar ver su piel de gallina.

Darryl cogió su propia camiseta y la utilizó para secarle los brazos y la espalda, asegurándose de no tocarla en ningún lugar inapropiado. Jessy exhaló un suave siseo a medio camino entre el dolor y el placer.

—¿Mejor? —preguntó Darryl. Ella asintió.

—Gracias —dijo con tranquilidad.

—Solo es una camiseta.

—Sabes a qué me refiero. Gracias por saltar al agua a por nosotros —dijo temblando.

Darryl encontró el pequeño anorak de Jessy en el suelo y se lo puso sobre los hombros, pero aquella ligera pieza de ropa estaba diseñada para proteger del viento, no del frío.

Se agachó para coger su sudadera y se la encasquetó a Jessy antes de que esta pudiera abrir la boca. Era una mujer alta, pero aquella prenda la hacía parecer pequeña.

—Tendrás frío —dijo Jessy.

—Seguro que estaré bien, encanto. —No pudo evitar flexionar los músculos de sus brazos mientras se ponía la camiseta húmeda. Literalmente, era capaz de oler su perfume delicado y dulce en el tejido. Le hizo desear abrazarla de nuevo.

Jessy puso los ojos en blanco.

«Ahí está. Eso ya es más normal».

Estiró la camiseta para cubrir sus pectorales y alzó la mirada hacia ella.

—Y ahora, ¿qué diablos pensabas que estabas haciendo?

En lugar de achantarse, Jessy se irguió en toda su altura. Incluso con aquella enorme sudadera, parecía esbelta y elegante. Le enseñó los dientes.

—Pensaba que estaba claro. Estaba salvándole la vida a ese chico.

AGRADECIMIENTOS

Lo primero, gracias a todos mis lectores, por leer mis historias, y por animarme a traducirlas. Sin vosotros, nada de esto sería posible.

A mis lectoras beta, gracias, como siempre, por leer esa primera versión.

Gracias a V. Sellés por la estupenda traducción, y a Ana Vacarasu por su experta labor de edición y sus comentarios esclarecedores.

A Maria Spada, de *Maria Spada Book Cover Design*, gracias por la portada. Cada una me gusta más que la anterior.

Cualquier error que aún persista es responsabilidad mía, como siempre.